Kate Atkinson

Normas aparte

AdN

Kate Atkinson

Normas aparte

Traducido del inglés
por Puerto Barruetabeña

AdN

Para Larry Finlay

El Vacío

> En aquel día bramará contra ella como brama el mar. Si alguien contempla la tierra, la verá sombría y angustiada; entonces la luz se ocultará tras negros nubarrones.
>
> Isaías, 5, 30

En el principio fue el Vacío. Después llegó la Palabra y con ella empezó el Mundo.

Y de repente, un día, para sorpresa de todos, el Vacío regresó y la oscuridad envolvió la Tierra. Sucedió, para ser precisos, a las 9.12 horas (GMT) del jueves 4 de mayo de 2028.

Lo normal era que el anciano amaneciera antes que el sol, pero ese día no fue así. La noche anterior había estado tomándose algo en el pub El Dragón Verde y por eso se despertó poco después de las siete y de mal humor. No estaba acostumbrado a beber y recordó, lamentándose, la cerveza que se había tomado: una artesana auténtica que fabricaban en la localidad y que se llamaba Old Sheep's Hooves o algo así de estúpido. Su hija le iba a echar la bronca: «Eres demasiado mayor para beber», le diría si se enterara. Ella se negaba a creer que él moriría algún día, mientras que para el anciano despertarse cada mañana suponía una verdadera sorpresa. Era hija única y se llamaba Barbara.

Meg, la perra ovejera del hombre, estaba dormida en la alfombra que había delante de la viejísima cocina de gas Rayburn. Ella también era vieja y él le dio un leve empujoncito con la punta del pie y le dijo con cariño:

—Arriba, perezosa.

La perra levantó la cabeza y lo miró con ojos cansados y legañosos. La mujer del anciano había muerto el año anterior, así que ya solo quedaban él y la ovejera. Hacían buena pareja, al menos eso pensaba la perra.

Él fue dando tumbos por la cocina para coger la cafetera, pero, al hacerlo, se quedó con el asa en la mano.

—Maldita sea, por todos los demonios… —exclamó.

El animal ladeó la cabeza y se lo quedó mirando.

El hombre fue en busca de un destornillador. En aquella casa se podía encontrar cualquier cosa: gomas elásticas, cordel, sellos,

fusibles, bombillas, clavos… Su mujer la había equipado con todo lo que se podía necesitar. En los momentos en que no tenía nada que hacer (y en los últimos tiempos eran bastantes) se devanaba los sesos intentando averiguar si había algo que a ella no se le hubiera ocurrido. Era como un juego (estacas para una tienda de campaña, un mazo, una olla para mermelada), pero todavía no la había pillado en nada.

Su mujer ya no estaba, pero había dejado algo de ella en cada vela, cada colador para el té o cada juego de palillos chinos. Encontrar estos últimos le había costado, pero al final aparecieron guardados en la cómoda del dormitorio del fondo, dentro de una cajita lacada y decorada con motivos chinos, muy adecuado. Fue a buscarlos porque le hacía falta algo para empujar lo que obstruía el desagüe del baño. Ellos nunca habían probado la comida china (¡ni una vez!, ¿por qué no?), así que se preguntó cuándo y por qué su mujer se habría hecho con un par de palillos. Cada objeto que había en aquella casa suponía una pequeña revelación. A veces creía que esas cosas solo se materializaban cuando él las buscaba. ¿Cómo se podía explicar si no lo de esos palillos? Él siempre había sido un hombre práctico, pero ya había tenido ese tipo de ideas extravagantes varias veces últimamente.

La granja se llamaba Grassholm y estaba en lo más alto del pueblo de Hutton le Mervaux desde siempre; nadie recordaba una época en que no estuviera allí. Por fuera no llamaba mucho la atención: un edificio gris y deslucido que se había confundido con el paisaje mucho tiempo atrás. Por dentro, sin embargo, conservaba cierta elegancia, porque habían mimado mucho la casa a lo largo de los años: habían encerado y pulido los suelos de anchas tablas de roble y forrado las paredes del comedor con paneles georgianos que aún seguían intactos. Fuera, los muros cubiertos de líquenes eran robustos y las gruesas tejas de pizarra del tejado mantenían el interior bien aislado. En un rincón del vestíbulo con suelos de piedra hacía guardia un reloj de pie de caoba y caja larga que marcaba también las fases de la luna. En la esfera ponía: «1760. James Thompson. Bristol». Había una moldura con guirnaldas en el comedor y otra con hojas de madreselva y de palmera en el vestíbulo. Las paredes del salón estaban forradas hasta la mitad con madera oscura de roble y la antiquísima cocina de gas Rayburn de color crema trasmitía una sensación de comodidad en el amplio espacio en el que se encontraba.

La granja era propiedad de la familia desde hacía siglos. En la actualidad ya solo les pertenecía la casa; los terrenos se vendieron años atrás. Barbara no tenía interés en hacerse cargo de ellos. Era médico, algo que hacía sentir muy orgulloso a su padre. También

tenía una nieta, Genevieve, e incluso una bisnieta, Mabel, a la que le habían puesto ese nombre por la madre de su esposa. Era una niñita muy graciosa y le recordaba a su mujer. También era un poco bruja. Bueno, ya lo había dicho…

Se llevó el café al jardín de atrás y la perra lo siguió, ansiosa. Últimamente no le gustaba perderlo de vista.

El jardín tenía muros en dos de sus lados, para protegerlo del mal tiempo que venía de las colinas. En el tercero había un grueso seto de espino que le quitaba el viento al banco que había junto a él. Aquel lugar era acogedor y femenino, los dominios exclusivos de su mujer. Ella había cuidado con mucho mimo los guisantes de olor, las dalias, las tradicionales rosas inglesas y todas las verduras y hierbas que crecían bajo el sol. No se podía decir que comieran mal cuando estaba ella. Pero después el anciano se limitaba a comprar pasteles de carne en el supermercado de Richmond y a veces incluso solo comía alubias de lata, sin calentar ni nada. Y, para ocuparse del jardín, venía del pueblo una chica que se llamaba Taby, que con su mono de trabajo y la cabeza rapada tenía una apariencia andrógina. Ella tenía todo tipo de opiniones sobre las cosas, todas interesantes aunque él no las compartiera, pero se llevaban bien. A la perra también le gustaba.

Se sentó en el banco para tomarse su café. Había margaritas y diminutas violetas salpicadas por el césped. Debían de haber crecido después de la última visita de Taby.

—Bonitas —le dijo a la perra. El animal no necesitaba que se complicara con la gramática.

El anciano no había tenido una vida que le dejara tiempo para sentarse al sol sin hacer nada. La perra gimió bajito, preocupada por algo. Él le acarició la cabeza con los nudillos. ¿Quién sabía qué pensaban los perros? Deseó que la suya pudiera hablar.

Hacía calor para la hora del día que era. Y había mucho silencio. Había más de trescientas ovejas de raza Swaledale en las colinas y la misma cantidad, o más, de corderos. Sus balidos eran la relajante música de fondo de la vida del anciano, pero esa mañana no estaban haciendo ni el más mínimo ruido.

Tampoco cantaban los pájaros. La perra estaba sentada a sus pies, muy atenta, esperando que se diera cuenta de que pasaba algo. Él levantó la vista y sintió alivio al ver un par de golondrinas tempranas volando alto en el cielo, planeando gracias a una corriente de aire cálido.

La perra se levantó y empezó a arañar la puerta del jardín. Antes podía saltar por encima del muro sin dificultad.

—Muy bien, vieja amiga —concedió el anciano—. Es hora de dar

un paseo.

Salieron por la puerta de atrás y fueron directos a la colina. Era una subida dura y tanto él como ella estaban un poco agarrotados por la artritis. La perra hacía mucho que había dejado de cuidar al rebaño. En ese momento las ovejas estaban bajo la supervisión de otro perro más joven.

Una vez tuvo que incinerar a un rebaño entero por culpa de la fiebre aftosa, una pira enorme de carneros y corderos asados. No pudo evitar llorar. Entonces tenía otra perra. Se había preguntado varias veces qué pensó el animal cuando vio arder al rebaño entero.

Meg era una perra muy concienzuda y a veces todavía sentía la necesidad de azuzar y arrear a las ovejas, aunque ese día no hizo ningún intento de guiar a las del campo de más arriba. Tal vez porque ninguna de ellas se movía. Cuando se acercaron, el anciano vio que estaban todas tiradas.

—Pero ¿qué les pasa? —murmuró y miró a la perra, que era la experta en comportamiento ovino. Ella sacudió las orejas, pero, aparte de eso, se la veía tan perpleja como él.

Parecía que una mano gigante había tumbado al rebaño. Cuando era niño (hacía tanto tiempo que ya no parecía su vida, sino una historia), le regalaron un arca de Noé de madera y le asaltó el recuerdo, inesperado y repentino, del placer que sintió al poner en fila a los animales y después hacerlos caer a todos como fichas de dominó, desde los enormes elefantes hasta los diminutos ratones. ¿Qué pasó con aquella arca? Al final todo se perdía y solo alguna vez se encontraba.

Ocurría algo malo. El anciano sintió que el corazón se le aceleraba en el pecho y necesitó un momento para comprenderlo: estaban todas muertas. Había cadáveres de ovejas hasta donde le alcanzaba la vista. Echó a correr lo más rápido que le permitió la artritis para bajar de nuevo la colina («Ten cuidado», oía que le decía la voz de Barbara en su cabeza).

Fue al pueblo y aporreó la puerta de El Dragón Verde. El dueño abrió con una escopeta en la mano y, durante un instante, el anciano se preguntó si ese hombre se habría vuelto loco y habría acabado con las ovejas. La perra se coló entre sus piernas y accedió al interior.

—¿Vas a entrar? —preguntó el dueño.

Vio que el pub estaba atestado y la gente se había reunido en grupitos, como suele hacerse después de un desastre. Alguien gritó su nombre y él saludó con poca convicción, pero llamó a la perra para que volviera y decidió irse.

Le sonó el teléfono. Ese sonido, no sabía por qué, le pareció más urgente de lo habitual.

Era Barbara.

—Es increíble —balbuceó.

—¿Lo de las ovejas muertas? —aventuró el anciano.

—No —dijo su hija—. Lo de la gente muerta. Personas muertas por todas partes. Tantas que no hay forma de contarlas.

Genevieve, la hija de Barbara y nieta del anciano, estaba en el supermercado Waitrose cuando sucedió aquello (después se denominaría El Vacío, pero aún no había recibido ese nombre). Acababa de dejar a Mabel en el colegio. De repente el tiempo empeoró y se vio obligada a buscar refugio.

Había mentido para conseguir que admitieran a la niña en ese colegio (uno de primaria anglicano); dijo que ambas vivían en Heworth, con su madre («Entonces, ¿vais a venir a vivir conmigo otra vez?», comentó Barbara, que consiguió, admirablemente, mantener la expresión neutra). Genevieve había perdido su empleo un año antes y en ese momento, con tanto tiempo libre, se dedicaba a frecuentar la zona que rodeaba el colegio (las tiendas, las cafeterías, la biblioteca), un poco paranoica por si había figuras de autoridad anónimas espiándola con intención de sacar a la luz su fraude («Existen», decía su madre).

Para conseguir algo de dinero, Genevieve acababa de vender su coche, así que, con el fin de refugiarse de la lluvia, tuvo que entrar en un sitio en el que no se podía permitir comprar nada de lo que había en los expositores. Cogió una sandía en miniatura, dura y redonda como una bala de cañón, y siguió recorriendo los pasillos sin rumbo hasta el expositor de las flores, donde sacó un pequeño ramillete de gladiolos de un cubo metálico. Pensó que debería coger una cesta, aunque esos dos artículos no pesaban tanto como para necesitarla. En una situación normal no compraría ni sandías ni gladiolos y coger una cesta suponía una especie de compromiso. Empezó a experimentar ese tipo de angustia existencial subyacente que conocía bien y que en los últimos tiempos sentía cada vez que tenía que tomar una decisión.

Desde donde estaba, junto al expositor de flores, Genevieve veía muy bien las puertas de cristal de la entrada al supermercado. Seguía lloviendo con fuerza. ¿Debería salir y echar a correr? No podía quedarse allí toda la mañana. (¿Por qué no? Seguro que otras personas lo hacían.) Observó las puertas automáticas que se apartaron, muy amablemente y obedeciendo a un impulso invisible, para dejar entrar a una mujer de mediana edad musculosa, que se veía que pasaba

mucho tiempo en el exterior, vestida con ropa impermeable de pies a cabeza, lo mejor para aquel clima. Detrás de ella vio a otra mujer (mayor, encorvada y retorcida) que se acercaba a las puertas muy despacio, haciendo un esfuerzo heroico. Iba arreglada, con un abrigo de *tweed* y un gorro de lana, y llevaba una bolsa para la compra en una mano y en la otra un paraguas que sostenía sobre su cabeza de una forma un poco extraña. Seguramente una vez fue una niñita como su hija, con un carácter estoico pero llena de esperanza, el pelo enmarañado y las manos pegajosas de mermelada (siempre, ¿cómo lo hacía?). Pequeña por fuera, pero enorme por dentro. Mabel algún día sería una anciana también. Y Genevieve no estaría allí para cuidarla. Se le desbocó el corazón al pensarlo.

Una ráfaga de aire húmedo se coló por las puertas abiertas y le provocó un escalofrío. Y ese frío trajo consigo una extraña premonición, algo casi primitivo. Le llegó un olor a violetas y se preguntó si estaría teniendo un derrame cerebral (su madre decía que «las alucinaciones olfativas» a veces acompañaban a la isquemia). Todavía tenía la sandía en una mano y blandía los gladiolos con la otra, como si estuviera a punto de ensartar algo con ellos. Fruta y flores, ofrendas típicas en un templo. Devolvió las segundas al cubo y se fijó en que la anciana se paraba para cerrar el paraguas y sacudirle el agua. Las puertas se cerraron otra vez antes de que la mujer tuviera tiempo de cruzarlas. Oyó un sonido muy delicado (¡ping!), como si María Antonieta acabara de pedir un pastel haciendo sonar una campanilla (su despido había dejado a la imaginación de Genevieve sin nada que hacer, libre para divagar).

Y de repente el mundo se oscureció. Por completo, como si alguien hubiera apagado el interruptor del sol. Y debió de desenchufar algo también, porque, además, se extinguieron todos los diminutos destellos de colores de los pilotos de las máquinas y dejaron de oírse los zumbidos y rumores que indicaban la existencia de vida electrónica. Las alarmas de incendios, las cajas registradoras, los congeladores, las neveras y los rociadores contra incendios se quedaron sin vida. No había luces de emergencia ni nada que despidiera una mínima luz que supusiera un leve consuelo. Tampoco se colaba ni un leve rayo de luz del día por las puertas automáticas. Había oscuridad total dentro y fuera. Durante un momento Genevieve creyó que se había quedado ciega de repente, y eso que no iba camino de Damasco.

Metió la mano en el bolso y buscó a tientas el teléfono. También estaba apagado.

Tras lo que pareció un silencio muy largo, tan total y absoluto

como la oscuridad, la gente empezó a verbalizar su desconcierto. Sonó un patético y bajito «¿Hola?» desde algún lugar cercano a su hombro derecho. «A ver, ¿quién ha apagado las luces?», dijo algún aspirante a gracioso.

También se oyó la voz de un niño pequeño, inquisitiva más que asustada, pero que de todas formas puso nerviosa a Genevieve cuando dijo solo: «¿Mamá?».

«¿Hay alguien ahí?» preguntó otra persona, como si estuvieran todos participando en una sesión de espiritismo. Una mano le rozó el pelo y aquello le recordó al Túnel del terror del parque de atracciones junto al mar de su infancia. Era como si estuvieran jugando una inquietante partida de la gallinita ciega, regida por normas de una rectitud burguesa extrema. Una voz autoritaria se elevó por encima de las demás y recomendó a todo el mundo que mantuviera la calma, aunque, en opinión de Genevieve, nadie había entrado en pánico. Alguien chocó con ella («Perdón, perdón») y se le resbaló la sandía de la mano. La oyó caer con un golpe seco y después rodar, como un planeta que un dios descuidado hubiera desechado.

Al parecer ella no era la única que pensaba que había perdido la vista de repente. «¿Estoy ciego?», preguntó alguien, como si estuviera probando cómo sonaba decirlo en voz alta.

Genevieve pensó en *El día de los trífidos*. Parecía improbable. ¿Y qué era más probable, una invasión desde el espacio exterior por unas plantas extraterrestres asesinas o un eclipse total de sol? Aunque lo segundo se podía prever, era un acontecimiento esperado, no una calamidad bíblica repentina, ¿no?

El «pulso solar». Había leído algo sobre eso en un periódico meses atrás. Tenía que ver con las erupciones solares. Se produciría un aumento de la actividad de las manchas solares y eso provocaría tormentas geomagnéticas que desconectarían las comunicaciones por satélite y causarían apagones en la Tierra. ¿Especulación o realidad? No lo recordaba. Desde que perdió su trabajo, había desarrollado una tendencia al catastrofismo.

Pero un instante después, tan de repente como se había apagado, todo volvió a encenderse. La gente parpadeó ante el inesperado asalto a sus retinas de las luces del techo y miró a su alrededor confusa, como si estuviera esperando que algo hubiera cambiado durante su inesperado viaje a lo más profundo de la noche en pleno día. No fue así, todo estaba igual que antes. También afuera regresó la luz diurna. Un abrir y cerrar de ojos, eso había sido todo. Un parpadeo del universo.

El supermercado se reinició y el aire volvió a llenarse de los

zumbidos y los ruiditos que hacían los insectos robóticos cuando las grandes neveras y las cajas registradoras volvieron a la vida. Las puertas automáticas recuperaron su ritmo de apertura y cierre. Varias personas se apresuraron a dirigirse a la salida, pero la mayoría de los clientes, tras dudar un segundo, retomaron sus compras. De repente comenzó un concierto de tonos de llamada de móvil. Genevieve supuso que todo el mundo quería compartir su experiencia en la oscuridad con los demás. En el pasado habrían escrito cartas detalladas, aunque el suceso ya se habría olvidado para cuando esas misivas llegaran a manos de sus destinatarios. Su teléfono, que todavía tenía en la mano, vibró. Era su madre para preguntarle si estaba bien.

—Gracias a Dios —exclamó y colgó al instante.

Los clientes que habían salido del supermercado estaban arremolinados junto a las puertas, con cara de horror. Genevieve vio a la anciana tumbada de lado en el suelo de hormigón, con el gorro de lana caído y una expresión pacífica en la cara, aunque la fuerte lluvia seguía cayendo sobre ella. Se acercó corriendo, se agachó y le buscó el pulso (otra vez esa palabra). Su madre, que era médico, había insistido en que su hija aprendiera todo lo necesario sobre primeros auxilios («Nunca sabes lo que puede pasar»). Genevieve se levantó y se encontró a su lado a la mujer de mediana edad que iba tan bien preparada para la lluvia.

—¿Ha llamado alguien a una ambulancia? —preguntó y la señora que iba vestida con ropa impermeable (pero que nunca volvería a salir de casa, hiciera el tiempo que hiciese) se limitó a levantar el brazo y señalar, como una profeta silenciosa, la calle de afuera.

Entonces fue cuando ella se dio cuenta de que la conmoción de la multitud no era por la anciana, sino por un horror mucho más grande.

Por todas partes, mirara donde mirase, había gente tirada en el suelo, como si les hubiera dado a todos un ataque de narcolepsia. El vendedor de la revista *Big Issue*, que siempre andaba pululando junto a la entrada del Waitrose, estaba hecho un ovillo, como un niño pequeño, al lado de las hileras de carritos. Una mujer joven se había quedado en medio del paso de cebra, todavía agarrando el asa de una sillita con un bebé que, igual que la anciana, parecía que se estaba echando una buena siesta. La señora mayor rumana que pedía limosna en la puerta de la tienda todos los días se había desplomado, con la mano aún extendida para recibir las monedas. Había un hombre y su perro tirados en la acera, juntos. Era como una nueva Pompeya.

Algunos coches habían chocado con otros en la oscuridad y unos cuantos se habían desviado hacia un lado de la carretera. En una

parada cercana se veía un autobús con las puertas abiertas para dejar subir a los pasajeros. Todos los que había dentro parecía que se habían dormido en su asiento y la gente que iba a subir se había quedado justo donde estaba, formando una cola ordenada, como si fueran fichas de dominó caídas. El conductor seguía tras el volante del autobús fantasma, con la cabeza vencida hacia delante, como si estuviera dando una cabezada mientras esperaba a que subieran los pasajeros más rezagados. Las puertas automáticas intentaban cerrarse, pero se lo impedía el cuerpo inerte de una mujer tendido sobre un escalón, todavía con el bonobús en la mano.

Nadie se despertó. Nadie se puso en pie y sacudió la cabeza, desconcertado por el hechizo repentino que le había afectado, pero que ya se había roto. «Están todos muertos», pensó Genevieve. Todos. ¿De qué? ¿Gas? ¿Un ataque terrorista? (¿En York?) ¿Algún dispositivo acústico, como el que tienen en los barcos para repeler a los piratas? (De nuevo, ¿en York?) ¿O es que todos se habían suicidado en masa con algún veneno, obedeciendo a alguna orden incomprensible, mientras ella pensaba en el precio de la sandía?

Volvió a llamar a su madre, pero cuando le respondió, ella solo murmuró algo sobre «un triaje» y colgó.

Pero… no todos estaban muertos. Ninguno de los que estaban en el interior del Waitrose había fallecido, por ejemplo, y cuando Genevieve miró a su alrededor vio que había gente que seguía viva dentro de algunos coches, en las tiendas y en otros autobuses. Todas las personas que habían permanecido en un interior. Tras unas puertas cerradas. Mientras que todos los que estaban fuera…

Dios bendito… ¡El patio del colegio! Mabel. Genevieve se tambaleó al pensarlo, como si hubiera recibido un golpe real, físico. Trastabilló y estuvo a punto de tropezarse con el cuerpo de un hombre que todavía llevaba en la mano inerte un paquete de beicon. Echó a correr, empujando a los vivos y esquivando a los muertos, con la agilidad de la jugadora de *hockey* del equipo regional que fue en sus tiempos.

—Entonces… —empezó a decir Genevieve vacilante, porque no quería despertarle recuerdos alarmantes—, ¿qué ha pasado en el cole?

—Los pequeños tenían miedo —dijo Mabel.

—Tú eres pequeña también.

La niña hizo una mueca.

—No lo soy. La señora Gillette ha dicho que hemos sido muy valientes.

Se habían producido bajas periféricas. El guardia de tráfico escolar que estaba de turno y un ayudante de profesor que llegaba tarde. Y

Genevieve había tenido que esquivar el cuerpo del subdirector, tirado justo delante de las puertas del colegio. Un fumador que había pagado un precio muy alto por su vicio.

Mabel y ella se fueron corriendo a casa. Por si volvía a pasar.

Comieron alubias de lata con tostadas. Genevieve miró por la ventana y vio un gorrión que se posó en la casita para pájaros del jardín comunitario de su casa. Empezó a picotear nervioso las miguitas que uno de sus vecinos ancianos echaba todas las mañanas. ¿Por qué se habían librado los pájaros? Una vecina de edad avanzada estaba despatarrada en el camino con su pequeño terrier al lado, tan fiel en la muerte como lo había sido en vida. Genevieve pensó que enterrar a todos esos muertos iba a ser un problema.

—¿Qué? —preguntó Mabel.

—Nada.

En la televisión, presentadores y expertos no hacían más que hablar del apocalipsis. Lo ocurrido fue algo a nivel mundial y duró exactamente cinco minutos. Un suceso cataclísmico, más sobrecogedor por su atrocidad que nada que hubiera ocurrido nunca antes en el planeta, como medio millón de Krakatoas o cien mil Hiroshimas. «El fin de la civilización como la conocemos.» El mayor desastre desde la desaparición de los dinosaurios. La peste negra había acabado con un tercio de la población mundial, pero solo había matado a personas (¡solo!), mientras que la Oscuridad (así la llamaban en esos momentos) no había discriminado a la hora de elegir a sus víctimas.

Habían perecido miles de millones de animales de granja que estaban libres en los campos; solo los cerdos y los terneros estabulados habían sobrevivido. Los niños que estaban en las zonas de juegos y en las calles habían fallecido, pero se habían salvado los peores pedófilos y asesinos porque vivían encerrados en la cárcel. Los mineros que buscaban diamantes lo habían esquivado, pero los marineros de los barcos pesqueros no. Los más pobres habían muerto en grandes cantidades. En las enormes extensiones de chabolas de Karachi, Lagos o Ciudad del Cabo recogían los cadáveres con buldóceres. La mitad de la población de África y de la India había desaparecido. Todos los animales del Serengueti, la Antártida y los bosques tropicales de Malasia también.

Los aviones habían caído del cielo como pájaros acribillados, aunque algunos se habían salvado milagrosamente porque habían quedado planeando mientras duró el apagón y después recuperaron la

energía y pudieron seguir su viaje. Ciclistas, paseadores de perros, equipos de críquet, gente que tomaba el sol, turistas en el Gran Canal. La princesa Ana. El primer ministro. Todos muertos. En Estados Unidos la mayor parte de la gente estaba durmiendo cuando pasó la primera vez, aunque al parecer solo hacía falta una ventana abierta (aunque fuera nada más que una rendija) para que la Oscuridad se colara. Nadie se explicaba cómo habían sobrevivido los pájaros.

Había muchísimas teorías. Eran, en orden de popularidad: un ataque relámpago extraterrestre; un nuevo tipo de plaga; un sacrificio de Dios; uno de Gaia; un agujero en el continuo espaciotiempo (esta es la que después evolucionaría hacia la teoría de El Vacío, por supuesto); un aumento (o un descenso brusco) del magnetismo de la Tierra; o unas miasmas venenosas que emanaban de Venus. «Una prueba terrible», dijo el arzobispo de York, al que se criticó por ser demasiado bíblico. «Hay fuerzas demoníacas implicadas», aseguró el papa, lo que alarmó a todos, no solo a los católicos.

Por todo el planeta la gente provocó disturbios, saqueó y se hizo con reservas de suministros básicos. Como haría cualquiera. Genevieve pensó en todas las cosas útiles que podría haber comprado en el Waitrose cuando estuvo allí y tuvo la oportunidad. A esas alturas las estanterías estarían vacías, ya no quedaría nada, ni la sandía más cara.

No solo habían quedado los pájaros, también las abejas. Nadie entendía por qué, pero todos se sentían agradecidos (la polinización y demás). Muchos científicos, que habían sobrevivido porque estaban encerrados en sus laboratorios, no tardaron en ponerse a buscar la razón para el ilógico poder de permanencia de los pájaros y las abejas (nadie previó el problema en que acabarían convirtiéndose).

La recién ascendida viceprimera ministra apareció en antena, disfrutando del poder que le daba el cargo, e instó a todo el mundo a que mantuviera la calma y no entrara en pánico. Sonaba como el hombre del supermercado. Se invocó el espíritu del Blitz. Genevieve apagó la televisión.

—¿Volverá a pasar? —preguntó Mabel.

—Espero que no.

Pero se repitió. Al día siguiente el universo parpadeó otra vez. Y muchos de los muertos en aquella ocasión fueron personas que estaban enterrando a los que murieron durante el primer parpadeo.

Duraba cinco minutos y ocurría cinco minutos más tarde cada día. Como un reloj. La gente agradeció la regularidad. «Se pueden sincronizar los relojes con su hora.» Pero, al mismo tiempo (por así decirlo), las implicaciones de esa precisión casi mecánica eran

inquietantes. Algunas personas aseguraban que oían un tintineo de campana justo antes de que ocurriera, pero, a pesar de que se hizo una investigación exhaustiva, nadie encontró pruebas de su existencia.

La gente que quedó se adaptó. Las últimas ascuas de las congregaciones religiosas que quedaban recibieron un soplo de vida, porque muchos recurrieron a la religión para buscar respuestas, mientras que otros se hundieron en la apatía.

Genevieve se preguntaba qué harían si un día la oscuridad llegaba, pero no se iba de nuevo.

Quedaban cinco minutos para El Vacío de ese día. El anciano estaba cansado de revisar ventanas y puertas en busca de grietas o agujeritos, de mirar el reloj James Thompson del vestíbulo (su reloj de muñeca se rompió y no se molestó en llevarlo a arreglar), de tener miedo a todo. Habían tenido la oportunidad de empezar de nuevo en el mundo, pero estaban fracasando inevitablemente. Su hija Barbara estaba muerta, pillada por El Vacío mientras intentaba ayudar a alguien. Aunque su nieta y su bisnieta todavía estaban vivas, gracias a Dios.

La perra gimió con tristeza. Él intentó leerle la mente. ¿Qué querría ella? Más o menos lo mismo que él, supuso.

—Vamos, vieja amiga —dijo y ambos salieron al jardín.

Una sombra pasó sobre sus cabezas. Un enjambre gigante de abejas, insectos que se habían convertido en un maldito problema últimamente.

La perra montaba guardia a su lado, esperando con confianza lo que iba a pasar. El anciano extendió la mano y le acarició la cabeza.

—No te preocupes, Meg, vieja amiga —la tranquilizó—. Todo pasará muy rápido.

Resultó que el reloj James Thompson iba atrasado, así que, cuando El Vacío llegó, los pilló desprevenidos.

Un día en el hipódromo

El caballo gris, que pasó caminando con desgana junto a Franklin en la ronda de presentación, no parecía un buen candidato. Tenía la cabeza gacha y un aire triste, como si hiciera tiempo que hubiera llegado a la conclusión de que la existencia era un absoluto sinsentido. Si hubiera podido hablar, habría clavado la mirada hastiada en Franklin y le habría dicho: «No sé ni por qué me molesto». El caballo se llamaba Arthelais y era una posibilidad remota, que tenía las apuestas 100 a 1 en su contra; había hecho ocho salidas, pero nunca se había clasificado: un perdedor de cabo a rabo. Ya tenía un casco en la fábrica de pegamento. Franklin suspiró. Él iba siempre con el gris.

Llevaba apostando a los perdedores toda la tarde. El propio acto de hacer una apuesta le alteraba el ritmo cardíaco, como si se produjera una fluctuación en la corriente eléctrica de su cuerpo. Era jugador. No tenía adicción a las carreras de caballos, solo sentía una atracción irrefrenable. Cada apuesta era un nuevo comienzo y todas las veces había una oportunidad. Y, como Franklin sabía bien, las oportunidades eran la materia a partir de la que, mucho tiempo atrás, había construido el universo un grupo de monos que intentaban escribir un soneto shakesperiano en unas máquinas de escribir antiguas.

Llovía como si el cielo tuviera goteras, una llovizna norteña, de las que iban calando muy sutilmente hasta el fondo del ser. Había llovido a cántaros toda la noche y por eso declararon de forma oficial que la pista del hipódromo estaba en condiciones difíciles, lo que provocó que varios entrenadores retiraran sus caballos en las carreras anteriores.

Aquel no era un hipódromo de los que se consideraban exclusivos. Los caballos que corrían en aquella pista eran los peores de su categoría, estaban a un paso del matadero, y en el aire flotaba el olor a hamburguesas y cebolla quemada. La mitad de la gente que pululaba por allí mostraba más interés por el bar que por lo que ocurría en las carreras. El día anterior, por el contrario, había estado en Knavesmire, en York, donde corrían *jockeys* y caballos de fama mundial en las carreras programadas. Y en aquel lugar a lo que olía por todas partes era a dinero: fortunas de Londres y del petróleo de Oriente Medio, nada que ver con los grupos de empresarios regionales que se reunían

de vez en cuando para hacer apuestas conjuntas y darles a sus mujeres el día libre, que era lo que lo rodeaba en aquel momento.

En York el dinero fresco fluía a borbotones, pero allí lo que se veía eran billetes sucios que salían arrugados de los bolsillos de atrás de la gente. Pero en ambos hipódromos las mujeres eran similares. Caras o baratas, habían salido de casa vestidas de una forma tan poco práctica que le habría extrañado incluso a su madre. Era todo por aparentar, suponía Franklin, el teatrillo del hipódromo. Una cosa más que apreciaba su alma aficionada al vodevil.

Algunos de sus mejores recuerdos de infancia estaban relacionados con los hipódromos. Era uno de los pocos lugares en los que se sentía en casa. Dos días antes había estado en Ripon, al día siguiente iría a Wetherby y después a Thirsk. Una *tournée* por el norte, como un artista o un poeta lakista. Tenía una semana de vacaciones y así era como había elegido pasarla.

Detrás del caballo gris apareció uno negro enorme que se llamaba Nobody's Darling. No tenía un gran palmarés que lucir (cuatro salidas el año anterior y solo una clasificación), pero era un animal negro brillante, sin timidez a la hora de mostrar su personalidad, que no dejaba de poner los ojos en blanco, como un mal actor intentando fingir malicia. A Franklin le trajo a la mente al caballo de Dick Turpin, Black Bess. El día anterior, antes de las carreras, había ido al museo del Castillo de York, donde se enorgullecían de tener una celda en la que el propio Dick Turpin había pasado su última noche en este mundo antes de que lo colgaran en Knavesmire, que ya era un hipódromo entonces, pero que a la vez funcionaba como lugar de ejecuciones. Bestias en la pista y en la horca. Y lo más seguro es que no se diferenciaran mucho.

Franklin se tumbó en el camastro de hierro e intentó imaginarse cómo sería estar ahí, esperando la ejecución. Ser el hombre condenado.

—¿Está bien? —le preguntó una voz infantil.

Él abrió los ojos y encontró a un niño bastante pequeño a su lado, mirándolo con el ceño fruncido.

—Depende de lo que tú consideres «bien» —contestó.

—Me llamo Hawk —se presentó el pequeño y le tendió una mano.

Franklin se incorporó con dificultad, se sentó (la cama de un hombre condenado era incomodísima y supuso que era algo buscado a propósito) y le estrechó la mano que le ofrecía. Había algo en aquel niño, muy serio y a la vez con muchas ganas de complacer, además de extremadamente bien educado, que le recordaba a él cuando tenía su edad.

—Yo soy Franklin —respondió. El niño parecía demasiado pequeño para andar por ahí solo—. ¿Has venido con alguien? —preguntó.

—Depende de lo que usted considere «alguien».

Sí, sin duda le recordaba a él. La conversación no continuó porque un par de turistas estadounidenses eligieron justo ese momento para entrar en la celda en busca del fantasma de Dick Turpin.

—No está aquí —señaló Hawk servicial.

Cuando era niño, Franklin jugaba muchas veces a ser forajido. Se plantaba delante de los amigos de su madre y exclamaba, en lo que él creía que era un tono muy amenazante, a pesar de su ceceo infantil: «¡La bolsa o la vida!». El grupo de amistades de su madre era bastante heterogéneo y vulgar y estaba formado sobre todo por miembros de la realeza de poca importancia, estrellas de la pantalla británicas y gente extravagante de toda clase. Todos ellos respondían sin dudar a sus amenazas y le entregaban sus baratijas y algunas monedas, un botín que lo hacía sentir exultante, porque era una señal tanto de atención como de recompensa, cosas que él notaba que le faltaban y mucho. «Qué mono», oía que decían todos cuando se alejaba cabalgando sobre su imaginario Black Bess.

Los que debían vigilar su moral no se esforzaron demasiado para dirigirlo hacia el estrecho y recto camino de la honorabilidad. Su madre era famosa por haber estado implicada en un turbio escándalo sexual cuando era joven («La inmoralidad de la alta sociedad, cariño», decía en su defensa, como si eso supusiera alguna diferencia) y su padrastro Ted (uno de los muchos que había tenido, pero su favorito con mucha diferencia) al final resultó no ser más que un impostor.

La vida de Franklin, *ab ovo,* se podía resumir en pocas palabras. Treinta y ocho años, uno setenta y cinco, sesenta y ocho kilos. Ojos azules, pelo castaño. Soltero y siempre con mala suerte en el amor. Franklin era su segundo nombre; nunca le decía a nadie el de pila, si podía evitarlo. Algunos se preguntaban si se llamaba así por Benjamin Franklin o por Franklin Delano Roosevelt, pero lo cierto era que se lo habían puesto por el hotel en el que fue concebido por su padre, Guy Fletcher, y su madre, Patti Faye, que se llamaba The Franklin y estaba en Knightsbridge. El nombre de su madre era tan falso como su personaje; ella, que nació y se crio en un pequeño pueblo de Lincolnshire del que había renegado hacía cuarenta años, se llamaba en realidad Brenda Cox. Franklin nació en una clínica suiza bajo la atenta supervisión de un doctor con el absurdo nombre de Hans Faustus, bajo el bondadoso y luminoso signo de leo. Su padre se había quemado vivo en el Gran Premio de Austria tres semanas antes.

La madre de Franklin nunca lo mantuvo en un colegio el tiempo suficiente como para que le pusieran un mote; lo más cerca que estuvo fue cuando lo llamaron «ese fresco de Franklin», que poseía cierta sonoridad que garantizó que se popularizara. Su escritora favorita era Jane Austen (le gustaban los libros), y su película, *El libro de la selva,* que vio por primera vez a la impresionable edad de seis años en compañía de una *au pair* danesa que se llamaba Margarethe de la que estuvo enamoradísimo, seguramente porque contaba con un suministro de caramelos que parecía no acabarse nunca.

El increíble infortunio de Franklin era consecuencia, por supuesto, de una larga estirpe de antepasados con mala suerte, hijos únicos de otros hijos únicos de otros hijos únicos anteriores, etcétera. Al final se había reconciliado con la idea de que, por muchas veces que girara la rueda de la fortuna, él siempre se encontraría irremediablemente pegado al lado más desfavorecido, como un chicle a la suela de un zapato.

No tenía ningún color favorito, aunque, cuando insistía alguna novia, y había tenido muchas, pero todas lo habían dejado por su falta de compromiso con el futuro (no el de la relación, sino en general), decía que era el azul. Lo mismo ocurría con las flores, aunque su respuesta habitual era las violetas o las campanillas de invierno. La verdad era que le gustaban los narcisos, pero le preocupaba que la gente lo tomara como una alusión a su carácter. Él no era nada vanidoso, pero, por desgracia, daba la impresión de serlo. Franklin no le daba mucha importancia al atractivo porque era el hijo guapo de dos progenitores guapos y había sido testigo en primera persona del desastre que podía producir la búsqueda de una belleza que no encerraba ninguna verdad.

Su infancia fue caótica y se dividió a partes iguales, más o menos, entre unos periodos de tedio y otros de excesos. O vivían absurdamente acomodados, alojados en una opulenta suite del Savoy, con unas espectaculares vistas del Támesis, o eran absurdamente pobres e iban dando tumbos de un refugio dickensiano a otro.

Como lo habían criado sin objetivo ni propósito, a Franklin le costó encontrarlo más adelante en su vida. Era un hombre de paja azotado y arrastrado por los vientos del cambio. A veces tenía la sensación de que solo existía en la periferia de la vida de otros, no en el corazón de la suya («Marginalización existencial», decía Amy Brinks, como si supiera de lo que hablaba, pero Franklin estaba casi seguro de que se había inventado el término).

Se pasó toda su vida con la impresión de que algún día se vería puesto a prueba, que surgiría de la nada algún reto (una guerra, una

búsqueda, un desastre) y que él se crecería ante él, no se quedaría dudando y sin hacer nada. Esa sería la definición de su persona y así se encontraría a sí mismo. Pero ¿y si no pasaba nunca, si no llegaban a ponerlo a prueba ni le pedían nada? ¿Tendría que pedírselo a sí mismo? ¿Y cómo se hacía eso?

El caballo gris era el número cuatro. «Número cuatro, la cama, cuatro esquinitas tiene mi cama». Franklin trabajó en un bingo mientras estudiaba. Recibió una educación fragmentaria, en instituciones muy diferentes; solo consiguió entrar en una universidad de tercera, principalmente porque su madre «cenó» con el vicerrector en un reservado de un exclusivo restaurante («Es lo menos que podía hacer, cariño»), y al final se graduó (por los pelos) en Literatura inglesa.

Además de ser locutor de bingo, trabajó en muchas otras cosas para pagarse los estudios universitarios, porque su madre no lo ayudaba económicamente. Era una mujer que se había pasado toda su vida adulta viviendo de los secretos de otras personas y de su escabrosa reputación. «Tienes que verlo así, cariño; de esa forma te has creado un perfecto currículum de escritor», decía (eso lo afirmó después de que él se graduara en la universidad y durante el breve y delirante periodo en el que Franklin pensaba que algún día escribiría la Gran Novela). Su madre hacía mucho que había adoptado una forma de hablar muy afectada, típica de una viuda indolente. Solo cuando estaba muy sorprendida recuperaba las vocales largas propias de su verdadero pedigrí, procedente de las llanuras agrícolas inglesas, pero eso sucedía muy pocas veces. «Toda esa experiencia fregando platos y demás te será muy útil cuando te pongas a escribir sobre la vida real», insistía su madre. Ella había dejado atrás la vida real hacía mucho tiempo y Franklin ni siquiera estaba seguro de haberla tenido alguna vez.

La sala de bingo en la que trabajaba era un lugar pequeño y pasado de moda en la costa sur y hacía mucho que la había engullido una cadena de comida rápida. Era el tipo de sitio donde la gente gritaba los apodos de los números («Diecisiete… ¡el barco velero! Cuarenta y cuatro… ¡los tacones!») y los premios eran mantas eléctricas baratas y teteras cromadas. El «uniforme» de Franklin era un jersey negro que había tejido la mujer del propietario, con unos pompones de colores en los que había bordado números con lana negra. En aquel momento le resultaba muy vergonzoso, pero lo recordaba con cierto cariño y deseó tenerlo aún en su armario. Esa prenda le proporcionaba una identidad indiscutible, algo que estaba claro que sentía que le faltaba. En cuanto se ponía ese jersey, con los pompones que se sacudían, todo

el mundo sabía quién era: el locutor del bingo. «Treinta y tres… la edad de Cristo. Treinta y cuatro… el garrote.»

«Cuatro, cierra la puerta que se escapa el gato», dijo para sí cuando el caballo gris se alejó. No tenía ni idea de por qué (su mente era un vertedero de datos inútiles; trabajaba en televisión y le gustaban los libros), pero sabía que el cuatro era el único número que, en inglés, *four*, tenía el mismo número de letras que la cifra que denotaba. Los cuatro elementos: aire, tierra, fuego y agua. Las cuatro estaciones: primavera, verano, otoño e invierno. Los cuatro jinetes del apocalipsis: la guerra, el hambre, la peste y la muerte. El cuatro era el número de la suerte de su padrastro Ted, aunque nunca le contó por qué. Franklin no tenía números que le dieran suerte, solo algunos que no se la daban.

Percibió el olor fantasmal de Ted en el aire húmedo: un aroma a whisky, a puro y a un producto pasado de moda que se ponía en el pelo, brillantina o algún tipo de pomada. Si se esforzaba, todavía era capaz de oír su voz («Toma, amiguito, te invito a una apuesta»).

Ted se había creado una personalidad extraña y anacrónica y se comportaba la mayor parte del tiempo como si acabara de bajar de un avión Spitfire, aunque la II Guerra Mundial ya había terminado cuando él nació. Aseguraba que había sido comandante en el Ejército, pero, pasado el tiempo, Franklin se dio cuenta de que eso era aún más improbable que su afirmación de que estaba emparentado con la realeza, solo que por el lado malo.

Hubo un verano en que viajaron juntos en el coche de Ted, un Hillman Super Minx, por todo Kent, su «antiguo territorio», como decía él. Siempre afirmó orgulloso que era un «hombre de Kent», una de las pocas cosas que debía de ser verdad. Bajaban la capota del Hillman y volaban felices por toda la región, con el viento de la libertad azotándoles la cara y jugando a gritos al veoveo con carteles de pubs («¡El León Azul: cuatro patas, cuatro puntos!; ¡El Cisne Negro: dos puntos!») hasta que paraban para «tomar una libación bien merecida»: sidra para Ted y una cerveza con limonada para Franklin. «Cerveza para el joven caballero, querido amigo», le decía siempre Ted al dueño. Su forma de actuar recordaba a la de Falstaff. Él era demasiado pequeño para beber, pero eso no le preocupaba a ninguno de los dueños de los pubs. Ted parecía conocerlos a todos por el nombre de pila.

«Por el Jardín de Inglaterra», brindaba Ted, alzando su vaso de pinta para entrechocarlo con el de media pinta de Franklin en El Viejo León Rojo (cuatro patas) o en El Perro y el Pato (seis patas). Los

recuerdos que tenía Franklin de ese periodo eran tan felices que era como si estuvieran brindando por el mismísimo jardín del Edén. El idilio con Kent. El paraíso perdido.

Cuando él tenía once años, Ted fue en el Hillman hasta el Distrito de los Lagos y se esfumó dejando atrás nada más que un montón de ropa (sorprendentemente bien doblada) a las orillas del lago Windermere, una salida de escena que parecía muy adecuada para un hombre al que buscaban por fraude en cuatro continentes. Pasaron los años y Ted nunca volvió a emerger, así que Franklin al final concluyó que debía de haber oído las campanadas a medianoche por última vez. Pero, aun así, incluso a esas alturas, a él no le habría sorprendido que de repente volviera a aparecer: «Hola, amiguito».

Ted fue el único adulto en la vida de Franklin que al menos intentó enseñarle algo. Cosas como: «Dos de cada tres caballos nunca ganan una carrera» o «solo el tres por ciento de los caballos son grises, ¿sabes?». Y algo que afirmaba con mucha solemnidad: «Recuerda, hijo: para navegar, volar o follar lo mejor es alquilar, por todos los santos».

La madre de Franklin casi nunca le explicaba nada. Creía en una especie de arbitrariedad existencial («Porque sí, cariño») que siempre lo dejaba a la deriva en medio de un mundo extraordinario. Ojalá hubiera contratado a una sensata niñera de Norland en vez de a una sucesión de *au pairs* extranjeras descuidadas cuya idea de una salida educativa era llevarlo a ver las tiendas de Oxford Street.

Franklin pensaba que a nadie le podía sorprender que su vida fuera un desastre. Debería haber pasado sus años de formación aprendiendo sobre el interés compuesto y el sistema de fontanería doméstica, yendo a campamentos de *boy scouts* y a escuchar en concierto *The Young Person's Guide to the Orchestra*, no recibiendo lecciones, en el recinto para socios del hipódromo de Epsom sobre las sutilezas de las apuestas con hándicap y las complejidades de las acumulativas («La Heinz: quince dobles, veinte triples, quince cuádruples, seis quíntuples y una séxtuple: cincuenta y siete apuestas en total. Y "lana" significa dinero, hijo»).

Hacía veintisiete años que había desaparecido, pero Franklin todavía lo recordaba con cariño. También Ted iba siempre con el gris.

La Gran Novela de Franklin, que empezó tras su graduación, fue un intento de producir un «texto de ficción» basado en la teoría del caos. Lo tituló: *¿Y si…?*

—Estoy intentando recrear los fractales en forma de ficción —le explicaba a todo el que quería escucharlo (y no eran muchos)—. Una

narración que se bifurca sin fin, porque no se basa en elegir, sino en hacer «todas las elecciones posibles».

»La noción del azar y la coincidencia —se imaginaba Franklin pontificando, sin darle importancia, en algún «sarao» literario en el futuro—. Un texto basado en una dinámica no lineal, una exploración borgiana de mundos paralelos.

Pero la realidad era que resultaba casi imposible explicarle la estructura de su novela a nadie, porque ni siquiera se aclaraba él mismo. Incluso en ese momento, después de tantos años, solo pensar en ella le producía unas incómodas palpitaciones de aversión y deseo. Todavía vivía con esa maldición; la copia de seguridad, que estaba en un viejísimo disquete guardado bajo llave en un cajón, tenía el poder de acosarlo como el latido de un corazón delator sacado de una pesadilla.

—En pocas palabras —le dijo una vez a una chica en una cocina de una fiesta—, primero hay una narración, que podemos llamar A. Esta se divide en dos: AB y AC. Después AB se divide en ABD y ABE, mientras que AC lo hace en ACF y ACG, y así sucesivamente, *ad infinitum*.

—¿Y qué pasa cuando te quedas sin letras del alfabeto? —preguntó la chica—. Las letras no son infinitas como los números.

Franklin agitó la mano y salió por la tangente.

—Empiezas de nuevo: AAB, AAC… —contestó e inspiró hondo, deseando explicar la brillantez de su idea—. Por ejemplo, un hombre va por la calle. Vamos a llamarlo John.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —Sintió que había elegido a la chica equivocada para explicarle su importante obra.

—¿Y por qué no lo llamas Franklin?

—Vale, si así te resulta más fácil… —cedió—. Bien, pues Franklin va caminando por la calle y o lo atropella un coche al cruzar la carretera y lo llevan a un hospital, o entra en una librería. Si lo llevan al hospital, o tiene que someterse a meses de cirugías ortopédicas, durante las que gana fortaleza y paciencia, o las lesiones resultan ser menos graves y se enamora de su terapeuta ocupacional. En la historia sobre la fortaleza y la paciencia, al final sale del hospital y decide dedicarse a ayudar a los demás. En la historia en que se enamora, él…

—¿Te refieres a Franklin?

—Sí. Franklin se casa con su terapeuta, sienta la cabeza, tiene hijos…

—Lo que a su vez lo llevará, como no puede ser de otra forma, a la traición, el divorcio y la depresión.

—Puede ser. Mientras, en la librería, o conoce a una enigmática mujer con la que tiene una aventura muy apasionada, o descubre un libro raro y misterioso que parece tener la clave de un secreto que acabará con el mundo, y por eso inicia una laberíntica y peligrosa aventura tras la que obtendrá grandes riquezas y mucha sabiduría. Y así sucesivamente, *ad infinitum*.

—*Ad nauseam*.

—Gracias. El caso es que al final el texto se convierte…

—Prefiero morirme ahora mismo —respondió la chica que estaba en una cocina de una fiesta.

¿Y si…? pretendía ser una demostración literaria de la premisa de que un mínimo acto inicial podía resultar en consecuencias de gran alcance. Cuando Franklin empezó el libro, no tuvo en cuenta que uno de los (muchos, muchísimos) inconvenientes de ese texto era que, aunque tenía principio, por desgracia nunca llegabas al final (porque la chica que estaba en una cocina de una fiesta se equivocaba: el alfabeto sí que era infinito).

Lo escribió (de una forma un poco maníaca, algo así como *El resplandor*) durante una agradable estancia invernal en Cape Cod, en una casita de verano vacía que pertenecía al nuevo marido de su madre, un hombre de cuyo nombre ni se acordaba (ni ella tampoco… ¿Carl? ¿Barney?). La novela tenía más de setecientas páginas cuando la tiró a un contenedor de un callejón de Boston. A veces se preguntaba qué habría pasado con ella. ¿Habría acabado en un vertedero de alguna parte? ¿O algún trabajador de la limpieza encontró un montón de páginas huérfanas y lo cogió por curiosidad («Madre mía, Mikey, ¿de verdad le vas a echar un vistazo a esa basura que escribió Dios sabe quién?»)? ¿O algunas páginas rebeldes salieron volando como alas sin cuerpo, aterrizaron en el parabrisas de un coche y fueron la causa de un terrible accidente?

¿Y el hombre que conducía el coche sufrió lesiones terribles, de las que se recuperó poco a poco, y al final se casó con su enfermera en urgencias? ¿O simplemente pasó lo que era de esperar y murió? Y así se detuvo la rueda que podría haber seguido para siempre.

(«¿Y pensabas que eso iba a vender? ¿Que la gente querría comprar ese libro?», le preguntó Amy Brinks.)

Cuando volvió de Estados Unidos, Franklin se alojó en casa de Patrick y Ed, antiguos compañeros de piso de la universidad, que entonces vivían en Bristol. Eran unos frikis de la tecnología y unos piratas informáticos muy vagos que nadie sabía cómo habían conseguido graduarse en la universidad con sobresaliente, porque no hacían nada

aparte de estar todo el día sentados en su piso atestado, con las cortinas echadas, tomando drogas y jugando a la consola. Sus costumbres no habían cambiado mucho desde entonces, excepto porque en ese momento se dedicaban a diseñar videojuegos a los que jugaban otros.

—Vaya —exclamó Franklin—. ¿Vosotros diseñasteis *Dead or Deader*?

—Cuesta creerlo, ¿verdad? —respondió Ed entre risas.

También era difícil de creer que vivieran en una casa bastante buena, llena de todo tipo de dispositivos y juguetes. Todos los juegos en los que estaban trabajando entonces incluían derramamientos de sangre masivos y estaban dirigidos casi en exclusiva a consumidores varones jóvenes. Franklin se pasó varias semanas tirado en el sofá del salón de su casa de Brighton, probando prototipos de juegos para ellos (entraba dentro de su público objetivo, después de todo). Incluso le pusieron un sueldo de la empresa, así que le pagaban por dedicarse a lo que habría estado haciendo de todas formas seguramente. Pero, después de un tiempo, la atracción de pasarse el día pegado a la consola, perpetrando sin parar actos aleatorios de violencia, empezó perder la gracia. Tras una jornada concreta de aburrimiento extremo masacrando zombis y ocupándose también de un vampiro muy malvado, a Franklin se le ocurrió que había un enorme vacío en el mercado de los videojuegos.

—¡Las mujeres de mediana edad! —le dijo emocionado a Ed mientras cenaban, muy tarde, su ración de alcohol—. Piénsalo: es un grupo demográfico enorme.

—¿Las mujeres de mediana edad? —repitió Ed, dubitativo—. ¿Como mi madre?

—¡Claro!

—Pero ella no juega a los videojuegos.

—¡Justo! Podríais titularlo *Aventura clásica*.

—¿*Aventura clásica*? —preguntó Patrick.

—Sí, como «novela clásica» —continuó Franklin—. Podríais utilizar las obras de Austen. Empezando por *Orgullo y prejuicio*, obviamente, y después *Emma, Sentido y sensibilidad*… Han hecho películas de todas; eso es una ventaja para que las entienda la gente. *Persuasión*, que tal vez no es tan popular, pero es su mejor libro, en mi opinión. No sé si incluiría *La abadía de Northanger,* porque podría funcionar o salir fatal. Y luego están las Brontë —añadió mientras se iba animando—. *Villette* y *Shirley* podrían resultar un poco complicadas… George Eliot, Elisabeth Gaskell… Y siempre podéis recurrir al siglo XVIII si os atascáis. O al XX, por qué no. ¡Woolf! Los obstáculos a los que se

enfrenta la señora Dalloway a lo largo del día. Los problemas para llegar al faro. Las olas infinitas. ¡Y los rusos! Además, todos esos están ya libres de derechos. En serio, confía en mí, Patrick. En Austen, el objetivo, el fin, siempre es casarse; en las Brontë, no tanto y en los rusos, nada que ver.

—¿El objetivo del juego es «casarse»? —A Ed le estaba costando mucho entender el concepto, pero Patrick lo aceptó con una especie de entusiasmo maníaco.

—Sí —le explicó Franklin—. Y todos los personajes buenos se ven recompensados con amor y dinero. Piénsalo como algo parecido a Lara Croft, pero con abanicos y muebles antiguos. Y sirvientes. Para avanzar tienes que librarte de toda la competencia, de tus… ¿Cómo los podríais llamar? Los «pretendientes rivales».

Patrick soltó una fuerte carcajada.

—Estás como una cabra, Franklin, ¿lo sabías?

¡Ping! El sonido inoportuno de la llegada de un mensaje. Lo ignoró. No paraba de recibir mensajes y correos del trabajo, tanto si estaba en la oficina como si no. Nadie, aparte de Amy Brinks, parecía saber lo que significaban las palabras *vacaciones* o *fuera de la oficina*. («Ya sé que tienes el aviso de "Ausente por vacaciones", Franklin, pero es que necesito comprobar…». Todo el rato así).

Tras el fracaso de su carrera como Gran Novelista primero y como diseñador de videojuegos después, por fin abandonó el sofá de Patrick y Ed y encontró un trabajo en una emisora de radio local, punto de partida desde el que fue ascendiendo como un salmón a contracorriente hasta las vertiginosas alturas de su puesto actual como productor de la serie *Green Acres,* de la Northern TV, de gran éxito durante muchas temporadas, con su característica mezcla de ambiente violento y acogedor, como si *Los Soprano* se hubieran instalado en el escenario rural de las Brontë y todos los guionistas tuvieran estudios de comunicación audiovisual. Solo después de hacer la entrevista para el trabajo en *Green Acres*, Franklin se dio cuenta de que lo habían confundido con otra persona. Eso era lo que pasaba, suponía él, cuando tu carácter no había acabado de cuajar, que podías ser cualquiera. Aunque, de todas formas, ¿aquello de verdad contaba como entrevista?

—Si fuera un tipo de bocadillo, ¿cuál sería?

Franklin se preguntó si era una pregunta con trampa. En vez de decir un «sándwich club con pollo» o «uno de cóctel de gambas», se

quedó pensando: ¿estarían buscando a alguien que reaccionara rechazando sus intentos de etiquetarlo? ¿Alguien que se levantara y dijera: «¡Que le den a todos los rellenos del pan, yo no soy un bocadillo!»? Se trataba de personas liberales y artísticas del mundo de la televisión, así que era posible. Sus oficinas eran tímidamente modernas: había una máquina de *pinball* en el hueco de la escalera y un trozo de césped en medio del vestíbulo (algo demasiado raro para que Franklin lo asimilara del todo). Porque, contra toda lógica, las oficinas centrales de la Northern TV estaban en Londres.

—Es de verdad, no césped artificial —comentó la recepcionista—. *Déjeuner sur l'herbe*. Todos los miércoles se reúnen a la hora de comer y hacen un pícnic ahí. Les parece algo muy rompedor, pero no es más que hierba.

Franklin se preguntó si una vaca podría pastar allí. Sería un activo útil tras un desastre global, por ejemplo.

—Y yo tengo que cortar eso que llaman césped una vez a la semana —se quejó la recepcionista—. Hay un cortacésped en el armario de los suministros. Aunque yo no dejo de recordarles que eso no está entre las funciones de mi puesto. Al verme nadie diría que tengo un máster en Relaciones Internacionales de la Universidad de St Andrews.

Seguramente era la persona más descontenta que había conocido Franklin en su vida. «Bueno, nadie diría que eres recepcionista tampoco», estuvo a punto de decir, pero se contuvo. Lo que sí dijo fue que al menos no tenía que cuidar de una vaca también, con el problema del ordeño y demás.

—Mejor no darles ideas —dijo ella entre dientes.

Él ni siquiera estaba muy seguro de para qué trabajo lo estaban entrevistando (por error). Sam, un conocido que trabajaba en la cadena, le había dicho que «se pasara por allí» porque estaban «buscando gente». Franklin esperaba conseguir empleo como guionista de *Green Acres,* pero hasta el momento no había podido sacarle el tema a la gente que le hacía la entrevista.

—Ah, usted es Frank Fisher, encantado de conocerlo —le dijo un hombre con una barba estilo Van Dyke.

—Fletcher —corrigió Franklin con una sonrisa—. Me llamo Franklin Fletcher.

—Sí —contestó otro hombre (Geoff), como si Franklin hubiera confirmado lo que había dicho el otro en vez de corregirlo, y continuó—: No nos vea como un equipo de entrevistadores «tradicional». —Hizo el gesto de las comillas con los dedos—. Solo queremos tener una conversación con usted, Franklin, para ver si podría encajar aquí.

Geoff llevaba unos zapatos rojos. A él le sorprendió lo difícil que le resultaba tomar en serio a un hombre con un calzado así. Las otras dos personas que lo estaban entrevistando de una forma no tradicional eran el hombre con la barba estilo Van Dyke (Johnny), al que no volvió a ver nunca más, y una mujer que se llamaba Vera, que tenía gafas de montura gruesa y una melena tan tajante que parecía cortar si te acercabas demasiado. El nombre, el pelo y las gafas le echaban por lo menos veinte años encima, algo que Franklin solo descubrió unas semanas después, cuando se despertó en una cama a su lado y la vio sin gafas y con el pelo disparado de tal forma que parecía haber recibido una descarga eléctrica en algún momento de la noche (y dudaba que fuera consecuencia de la relación sexual algo torpe que habían mantenido). Dio por hecho que su nombre no habría cambiado también de la noche a la mañana, pero resultó que en realidad se llamaba Emma.

—Cualquiera se puede llamar Emma —refunfuñó ella, buscando a tientas sus gafas en la mesita de noche—, pero Vera es un nombre que te hace destacar, todo el mundo te recuerda. —Franklin nunca usaba su nombre de pila justo por eso, pero no se lo dijo—. Vera está tan pasado de moda que resulta moderno —añadió la mujer, se puso las gafas y lo miró como si quisiera asegurarse de quién era.

—¿Has probado alguna vez a ponerte lentillas? —preguntó él.

—Dios… Si todos los que me han dicho eso alguna vez me hubieran dado una moneda, sería rica.

Había conseguido evitar cortarse con el pelo de Vera, pero no que ella le clavara los codos y las rodillas. Franklin nunca se había metido en la cama con una mujer tan huesuda; había sido como acostarse con un esqueleto bastante irritable.

La pregunta del bocadillo seguía en el aire. ¿Debería contestar algo un poco metafórico, como «el héroe», por ejemplo? Pero era típico de Estados Unidos y, además, tal vez no les gustara esa demostración de arrogancia. Aunque podía ser que apreciaran justo esos dos detalles. ¿O debería optar por algo retro, como huevo y berros, ensalada de pollo de la coronación, o queso crema y dátiles con pan blanco? Todos ellos los recordaba con cariño de su infancia, de cuando, durante un periodo corto de tiempo, su madre prescindió de las *au pairs* extranjeras y lo dejó en las manos calientes y húmedas de su asistenta. El compañero más fiel de su infancia fue un monito de juguete muy manoseado que se llamaba Mitch y que ya era viejo cuando ella lo encontró en otra de las casas que limpiaba, después de que alguien lo tirara. El mono llevaba un jersey rojo y amarillo que le había tejido la

asistenta expresamente para él. Franklin no tenía ni idea de qué pasó al final con el mono, pero todavía se acordaba de él a veces.

Las personas que no lo estaban entrevistando parecían el tipo de gente que comía bocadillos posmodernos, aunque a él no se le ocurría cuál sería su favorito. Algo con canguro o pulpo, quizás. Después pensó en *Green Acres;* ¿qué tipo de bocadillo comerían en ese enclave rural ficticio? ¿Algo contundente, como rosbif con mostaza? ¿O tal vez jamón con ensalada?

En cuanto respondió, los tres se miraron y formaron un círculo en el que se inició una discusión en voz baja. Vera miró a Franklin con cara de especulación.

—¿Sí? —dijo la recepcionista cuando salió del ascensor y entró en el vestíbulo.

—En el lugar de donde yo vengo, «sí» se considera una respuesta y no una pregunta —puntualizó Franklin.

—¿La mujer anteriormente conocida como Emma le ha hecho la pregunta del bocadillo?

—Sí.

—Pero qué tonterías se le ocurren. ¿Ha conseguido el trabajo?

—No lo sé, me han dicho que ya me llamarán.

Franklin ya casi estaba saliendo por la puerta cuando la recepcionista preguntó de nuevo:

—¿Y qué bocadillo ha dicho?

—El rústico.

—Buena respuesta —aseguró Amy Brinks.

Un bocadillo fue el responsable último de la muerte de su padre. Franklin tenía una foto suya sonriendo, feliz y sin preocupaciones, junto al McLaren M19A que conducía en el momento de su muerte, dos horas después, en el circuito Österreichring. Era piloto de reserva (su estrella todavía estaba emergiendo), un sustituto de última hora para otro conductor que se había quedado atrapado en un atasco por culpa de un choque múltiple de camino a Heathrow; por eso no había llegado a coger el vuelo a Viena. Aquel accidente, con varios vehículos implicados, lo causó un camión que patinó, volcó y desperdigó su carga de lavabos de cerámica por toda la carretera. El camionero intentó evitar el choque contra un Ford Consul que tenía delante y que vio demasiado tarde porque se distrajo al ir a coger un bocadillo. Franklin se preguntó en ese momento qué tipo de bocadillo sería, algo que nunca antes había pensado que mereciera la pena saber.

¡Ping! Franklin miró el teléfono. Ben, uno de los directores, le estaba escribiendo mensajes desde el set de rodaje: «No deja de cambiar sus frases y está destrozando la escena de Año Nuevo en el pub». Estaban en agosto, pero ya habían rodado los capítulos de Navidad: un nacimiento en circunstancias dramáticas, la ruptura de un matrimonio… Lo habitual. Para Año Nuevo habían preparado un incendio en El Perro y la Rata, y ya sería la tercera vez que se quemaba el pub en toda su historia. Merrydown, que así se llamaba el pueblo de ficción, por improbable que resultara, era un lugar que sufría la peor de las suertes: bombas, accidentes de avión, asedios, pistoleros locos, asesinatos. Nadie en su sano juicio viviría allí.

El «verdadero» Merrydown, donde rodaban, era un pueblo que se llamaba Hutton le Mervaux y lo bautizaron así los normandos. A la entrada y la salida del pueblo había dos enormes piedras que marcaban sus límites. Una decía «Bienvenidos a Hutton le Mervaux, el corazón de The Dales», y la otra, «Bienvenidos a Hutton le Mervaux, el hogar de *Green Acres*».

El lugar tenía todo lo que cualquiera desearía: una escuela, una iglesia, una tienda, un salón de té, un puentecito de piedra sobre un río y un pub, El Dragón Verde, que servía una cerveza que se fabricaba en la localidad. También había un terreno comunitario, en el que pastaban unas cuantas ovejas ornamentales. Era el ideal viviente de un pueblo, el prototipo de población rural. «Como *The Prisoner*. O Summerisle. Te quemarán vivo si alguna vez quitan la serie», había dicho Amy Brinks.

¡Ping! Otro mensaje de Ben: «¡Tienes que volver y echarle la bronca!». Se refería a Phoebe HopeWaters, más correctamente, a *dame* Phoebe HopeWaters (que Dios ayudara a cualquiera que se olvidara del título), la corpulenta actriz que les había caído encima a todos ellos hacía tres meses. (¡Todo lo que hubo que reescribir, Dios santo! Noches enteras de trabajo solo para encajarla como la madre biológica, desaparecida hacía mucho tiempo, de Marella Hogg, que fue adoptada nada más nacer.) Nadie entendía muy bien qué hacía allí Phoebe. «Si McKellen participó en *Coronation Street*, yo puedo hacer *Green Acres*», anunció con muchas ínfulas ante el elenco entero, reunido para contemplar su imponente presencia (todos se pasaban el día adulándola, pero en el fondo la odiaban). Franklin no pudo evitar fijarse en que el maquillaje se le agrietaba a la altura de las arrugas que tenía alrededor de la boca. Olía a rosas y a algo rancio, como si se estuviera pudriendo poco a poco bajo los vestidos recargados y voluminosos.

¡Ping! Otro mensaje lleno de furia de Ben: «Y de la trama del

secuestro del hijo de Malvina Berry ni hablamos. El bebé de atrezo parece un cerdito de plástico. Necesitamos uno que parezca auténtico».

«Pregúntale a los de *Llama a la comadrona* dónde consiguieron los suyos», sugirió Franklin.

Suspiró y apagó el teléfono.

Los caballos ya estaban abandonando la zona de la ronda de presentación. Franklin, que se había situado cerca de la salida, vio acercarse al gris. ¿De verdad iba a desperdiciar su dinero con un jamelgo tan poco vistoso? Era la última carrera del día y ya estaba pensando en qué iba a hacer después. En el cine local ponían una película de Skylar Schiller. La había conocido poco antes. *Dame* Phoebe estaba rodando con ella cerca del set de *Green Acres* y arrastró a la pobre chica para que la acompañara a «conocer a mis amigos», según dijo. Skylar (con esa familiaridad pensaba en ella) fue muy amable, nada diva. Incluso hizo de extra sin frase en la serie. Era tan buena actriz que, cuando se emitió el episodio, nadie la reconoció. Estuvo a punto de darle su número de teléfono, una evidente idiotez. Ella era una gran estrella de Hollywood y aquello no era *Notting Hill*.

Otra opción era ir a un pub, sentarse y pasar el rato ignorando los mensajes de su teléfono.

El caballo gris pasó a su lado. Entonces giró la cabeza y lo miró. Franklin se sorprendió por el inesperado contacto visual y aún más cuando el animal le habló. Separó los labios rosas y carnosos para dejar al descubierto unos dientes enormes y dijo:

—Vamos, hijo, apuesta cien libras por mí, no te vas a arrepentir.

Se estaban haciendo unas cuantas apuestas de última hora junto a la pista. Nobody's Darling iba ya 4 a 1. El caballo gris seguía 100 a 1. Franklin consideró ese nuevo giro de los acontecimientos. Lo de los caballos que hablaban solo se veía en las comedias de televisión y en los cuentos. Y no eran reales, se obligó a recordar. Así que tenía que haberse vuelto loco. Y lo más alucinante no fue que el animal le hubiera hablado, sino que sonó igualito que Ted.

Miró al caballo gris acercarse letárgicamente al cajón. Nadie que estuviera en sus cabales apostaría ni un chelín por un animal como ese. Nobody's Darling, por el contrario, llegó al cajón casi flotando a pesar de las malas condiciones de la pista.

Se abrieron las puertas y todos salieron corriendo a sesenta y cinco kilómetros por hora, con los corazones acelerados y en medio de un

estruendo de cascos. En la pantalla gigante por la que todos seguían la carrera, Franklin vio que el gris había salido lento, con paso trabajoso, y que se unió al grupo que iba a la cola. Durante unos momentos lo perdió de vista; no lo distinguía. Pero, para cuando el grupo llegó a la mitad de la pista, el gris iba tan retrasado que se había olvidado ya de él todo el mundo, excepto Franklin.

Y en ese momento, aunque hasta entonces no había mostrado ni la más mínima inclinación hacia la velocidad, el caballo gris de pronto subió una marcha y empezó a avanzar por el exterior de la pista, recuperando terreno como si estuviera en una carrera completamente diferente, en otra dimensión del tiempo y el espacio en la que el suelo no estaba tan blando, lleno de charcos y resbaladizo y el dinero del premio hacía que el esfuerzo de correr mereciera la pena.

Tenía patas veloces y también debía de contar con un corazón enorme dentro del pecho, porque avanzó constante y con valentía, alcanzó a los dos líderes y, con mucho esfuerzo, se fue situando a su altura centímetro a centímetro. Entonces la línea de meta apareció ante ellos. El tiempo, como todo el mundo sabe, es relativo y depende de la situación del observador. En ese momento empezó a ir más lento. El viento cesó, las banderas dejaron de ondear, incluso la lluvia se paró un instante mientras el mundo contenía la respiración. Entonces el caballo gris metió la directa y el tiempo empezó a contar de nuevo cuando el animal estiró el cuello, fuerte y moteado, y logró la victoria solo por una nariz.

La grada estalló. A nadie le importó que Nobody's Darling, que significaba «el preferido de nadie», hiciera honor a su nombre después de que lo adelantaran a veinte cuerpos de la meta.

Hubo una foto *finish* antes de hacerlo oficial y, cuando salieron los resultados, se produjo otro estruendo por parte de la heterogénea multitud, aunque ninguno de los que la formaban había apostado por el gris. Puede que fueran holgazanes y chusma ociosa (Franklin se incluía en esa categoría) sin nada mejor que hacer con su vida que ir al hipódromo un día laborable, pero reconocían las verdaderas agallas en cuanto las veían.

Franklin se abrió paso a empujones hasta la línea de meta, ansioso por volver a ver de cerca al caballo gris. («¿Por qué?», se preguntó. «¿Para volver a hablar con él? Qué absurdo.») El *jockey* se bajó de la silla y fue a la sala de pesaje mientras un mozo se llevaba al animal. Franklin llegó a su lado e intentó llamar la atención del equino, pero sin éxito. La criatura, que apenas había sudado, era indiferente a su victoria y no tenía nada más que decir.

Franklin se fue al aparcamiento. Cien libras en una apuesta de 100 a 1. Diez mil libras. Había ganado. El satisfactorio y grueso fajo, compuesto por billetes grasientos (dinero sucio), ya estaba guardado en su cartera. Tal vez se había vuelto loco, pero al menos su suerte había cambiado. «Nada es gratis, hijo», oyó que le decía la voz de su padrastro. Y no era el caballo parlante, sino el Ted que seguía en su cabeza.

Cuando llegó a su coche, encontró a un perro sentado en el suelo, junto a la puerta del conductor. Muy atento, como si lo estuviera esperando.

—Hola, chico —saludó Franklin. Le gustaban los perros; eran poco complicados.

—La verdad es que soy una chica —contestó la perra.

Un espíritu olvidadizo

A Mandy se le había olvidado algo. No sabía qué (obviamente, o no se le habría olvidado), pero lo que fuera rondaba por la parte más oscura y profunda de su memoria, fuera de la vista, sacándola de quicio. Como una bestia en la jungla que se niega a dar la cara y salir a la luz de la fogata del campamento. Era algo importantísimo, que la reconcomía y la atormentaba, intentando visibilizarse, manifestarse. Un recuerdo como un gran león de melena dorada esperando para cobrar vida.

Antes de estar muerta, Mandy tenía una memoria prodigiosa. La gente recurría a ella antes que a Google; cuando había alguna duda sobre qué, a quién o cuándo alguien había dicho algo, iban a preguntarle a ella. Jonathan siempre le decía cosas del estilo de:

—¿Quién es ese tipo que me ha estado dando la lata? ¿Lo conozco de algo?

A lo que Mandy respondía:

—Es Roger Peacock. Hablaste con él en la reunión con el electorado del 12 de abril de 2017 y le prometiste que habría una investigación sobre el caso de su mujer, Andrea Peacock.

—¿Y la ha habido?

—No.

Jonathan trabajaba en ese momento en el Ministerio de Sanidad. Mandy llevaba con él una eternidad, desde los tiempos en que no era más que el ayudante de un viceministro y los dos compartían un despacho que parecía un armario atestado en lo más profundo de la Cámara. De hecho, no era raro que cada mañana ella encontrara excrementos de ratón en su mesa cuando le quitaba la funda a su Amstrad. Ambos se sentaban el uno frente al otro en un escritorio viejísimo, tan juntos que sus rodillas de vez en cuando se tocaban, algo que los hacía sentir incómodos a los dos (él no era así; todos los demás parecía que sí, pero Jonathan no. Al menos no con Mandy).

Tenía diecisiete años cuando empezó a trabajar, armada con sus títulos y certificados de secretariado y un brillo de labios de color fucsia, pensando ya con cierto cariño nostálgico en la juventud despreocupada y alcohólica que había dejado atrás y había cambiado por encadenarse a un dictáfono («Querido David: En relación con los descubrimientos del subcomité…»).

No había ningún teclado que Mandy no conociera bien. Había aprendido a escribir a máquina en una enorme Olivetti clásica, se graduó con una eléctrica con rueda de margarita y después utilizó otra con una ventanita en la que se veían pasar las palabras ante los ojos como si fuera una cinta de teletipo. Con el tiempo llegó el Amstrad de antes, con su diminuto cursor que parpadeaba y que seguía todos sus movimientos como un celoso ojo color esmeralda, y al final tuvo un ordenador de sobremesa Dell con una pantalla que habría podido estar perfectamente en un cine. Por supuesto, en la actualidad Jonathan tenía un despacho enorme y una legión de empleados, pero Mandy Barrowman, de soltera Watson, todavía era su mano derecha, su perro faldero y, de vez en cuando, incluso su conciencia. También su chófer particular. Aunque ya no lo era, ¿verdad?

Estar muerta era un estado permanente más que un fin en sí mismo. Incluso más allá de la muerte las grandes preguntas seguían ahí: ¿la existencia tenía algún significado? ¿El príncipe Alfie había encontrado una mujer adecuada? ¿Kenneth, el príncipe heredero, se había reconciliado con su futuro como rey? (Mandy era una fan incondicional de la familia real.) Y, lo que era más importante, ¿descubriría quién mató a Josh Ackroyd en *Green Acres*? Pero ¿todavía le importaba? Sí, por raro que pudiera parecer. Resultaba interesante que algunas cosas no cambiaran solo porque hubieras muerto.

Había intentado ver la televisión una vez en South Shields, en la casa de una mujer mayor, y otra en la sección de aparatos electrónicos del Currys de Newcastle, pero ni en el modesto aparato de la anciana ni en las infinitas hileras de televisores planos logró enterarse de lo que estaba pasando. Tampoco oía nada, solo un murmullo, como si estuviera intentando escuchar una radio muy baja, y resultaba frustrante. Le pasaba lo mismo con los periódicos. Había repasado la larguísima sucesión de portadas del kiosco del Metro Centre, pero las palabras eran como jeroglíficos y el mundo y sus acontecimientos resultaban ininteligibles para ella. Eso sí, desde que estaba muerta había aumentado su vocabulario: *ininteligible* y *jeroglífico* eran palabras que Mandy nunca antes había necesitado emplear.

Tenía ganas de volver a casa, al compacto chalé adosado de ladrillo que Greg y ella compraron en Ilford cuando se casaron, pero estaba atrapada en el norte, sin saber cómo ni por qué. El distrito de Jonathan estaba allí; tal vez eso explicara su aislamiento geográfico. Viajaba mucho con él en tren desde Westminster hasta su distrito y se alojaba en la casa que su jefe tenía allí (nada que ver con eso, de verdad). Allí dormía en una habitación para ella sola, pero Jonathan no había cambiado la decoración desde que la utilizaban sus hijos

cuando iban a verlo, así que todavía tenía un papel de pared con naves espaciales y planetas, además de muebles baratos cubiertos de pegatinas y marcas de pinturas de cera.

Él también tenía familia en el norte, un hermano en Ilkley, pero no estaban de acuerdo en nada y el ego de Jonathan había establecido una especie de lucha a muerte entre hermanos, así que no era probable que hubiera ido nunca a verlo allí (no sabía cómo lo conseguía, pero, incluso cuando él iba a visitar a su familia, ella acababa acompañándolo. «El papeleo nunca descansa», decía él. Aunque la verdad era que sí, que lo hace cuando te mueres, menos mal).

Su jefe había ido muchas veces al norte en los últimos tiempos; había elecciones en el horizonte y temía que no lo volvieran a votar. Habían surgido ciertas dudas sobre su economía. Mandy sabía que ella podría responder a algunas de esas preguntas («podría haber respondido», en el pasado, pero nadie la iba a interrogar a esas alturas, ¿verdad?). Tal vez su tren tuvo un accidente cuando iban al norte: un fallo en el cambio de agujas, una colisión frontal, un descarrilamiento. ¿Cómo podía ser que recordara su vida, pero no su muerte? ¿Y debería usar el presente al hablar de sí misma? El tiempo ya no obedecía a las normas convencionales. Se preguntó si era como en esos cuentos de hadas en los que te encontrabas de repente, sin saber cómo, en una tierra encantada donde te quedabas durante años y años, pero cuando volvías a casa comprobabas que solo habían pasado unos segundos. Tal vez dejaría atrás aquel lugar tras unos cuantos eones, se iría y cruzaría la puerta de su casa sin más. Entonces Greg apartaría la vista de la televisión y diría, como siempre: «Cuánto has tardado. Estaba a punto de mandar un equipo de búsqueda».

Lo más perturbador era la falta de control en ese estado, en el que solo revoloteaba de un lado a otro, como un envoltorio de caramelo abandonado que no para ni un segundo. O, por el contrario, se quedaba quieta durante lo que parecía una eternidad, posada en un ala del Ángel del Norte. Otro dato interesante: cuando estás muerta, también necesitas dormir. Y es un estado muy solitario. Le parecía una pena no haber podido llevarse con ella, al menos, a su gata, que tenía un nombre tan evidente como Kitty, *gatita* en inglés. Los egipcios conocían el valor que tenía la compañía de un gato en la otra vida, por eso los enterraban con ellos en sus tumbas, ¿no? (¿Vivos? A Kitty eso no le habría gustado nada.) ¿Y no había una diosa egipcia que tenía forma de gata? Si así era, no estaba allí. En aquel lugar no había ningún dios.

Mandy se preguntó si en algún momento vería a sus padres de

nuevo en el otro mundo. Su padre, Bill, se dedicaba «a los seguros», lo que significaba que iba de puerta en puerta, a merced de los elementos, encorvado hacia un lado porque cargaba con un pesado maletín de cuero, algo que a lo largo de los años tuvo consecuencias para su columna, que se curvó como un árbol empujado por el viento. La madre de Mandy, Carol, era vendedora de cosméticos Avon. «Aquí viene la dama de Avon», anunciaba su padre cuando ella llegaba a casa con su enorme maleta de muestras. A ella se le daba mejor vender que a él. Pero ya no vendían nada ninguno de los dos. Murieron juntos, quince años atrás, dentro de su pequeña caravana Sprite Alpine, a causa de una intoxicación por monóxido de carbono. Habían metido la barbacoa portátil dentro del habitáculo para huir de unos diminutos mosquitos escoceses que lo invadían todo en Kyle of Lochalsh. Los periódicos se hicieron eco de la investigación. Según palabras del forense, supuso una buena lección para todos los caravanistas.

Pero ellos no estaban. Allí no había nadie. Absolutamente nadie. Al llegar, no fue nadie a saludar a Mandy, nadie se ofreció a hacerle una visita guiada ni le dijo: «¿Te traigo una taza de té y un pastelito de vainilla? Y, por cierto, ¿qué perro te gustaría tener ahora que estás aquí?». Esas preguntas resumían todo lo que ella esperaba del cielo antes de llegar.

Jonathan acababa de perder su puesto en el Gobierno y estaba en la oposición cuando Mandy conoció a Greg. A ella le faltaban solo unas semanas para cumplir veinte años y su mejor amiga, Jacqui, la invitó a una cena con baile en un hotel de Croydon. Eran los tiempos en que se llevaban esas cosas. Hacía muchos años que no iba a una velada de esas. La cena fue mediocre y consistió en unas tajadas de cordero asado recalentadas con patatas duquesa y guisantes de lata, seguidas de un *trifle* con el bizcocho empapado en jerez, en porciones individuales, que tenía demasiada gelatina. Mandy se estaba preguntando si sería muy maleducado por su parte irse en cuanto acabara la cena cuando, como si hubiera intuido su dilema, el cuarteto de músicos empezó a tocar una versión bastante pomposa del *Should I Stay Or Should I Go?* de los Clash y Greg apareció a su lado y la invitó a bailar.

Él lo hacía fatal, pero era un chico delgado y chulito de veintitrés años, con una buena dentadura y el pelo bonito, que la miraba a los ojos cuando le hablaba. En aquel momento reconoció que debería haber aspirado a más. Debería haber bebido hasta atontarse cuando tenía veinte años y haberse acostado con todos los tíos que se le

cruzaron en vez de esforzarse por aprender a cocinar con el libro *Complete Cookery Course* de Delia Smith. Todavía cocinaba su «tortilla a la saboyana». Bueno, ya no, claro. Los muertos tenían hambre, pero no de comida.

Greg trabajaba en la escala de gerencia intermedia de la cadena de grandes almacenes John Lewis y le iba bastante bien. Habló mucho del tema cuando fue a Croydon a conocer a sus padres. «Tu pretendiente», lo llamaba su padre. Greg llevaba un traje y una corbata a la moda, pero que parecían para un funeral. Lo había comprado todo en los almacenes de su empresa («Veinticinco por ciento de descuento para empleados, señora Watson»). Parecía «bastante listo», según palabras de su madre, aunque no era fácil saber qué quería decir ella con eso. La madre de Mandy llevaba tiempo deseando que su hija se fuera de casa para que su padre por fin aceptara la jubilación anticipada que le habían ofrecido (una forma encubierta de decir «despido») y los dos pudieran irse en su caravana Sprite Alpine a recorrer Gran Bretaña («¿Has ido alguna vez de viaje en caravana, Greg?»). Y había que ver cómo había acabado aquello.

Se sentaron a tomar «una cena formal», algo que antes en aquella casa se llamaba simplemente «la cena», pero la madre de Mandy estaba intentando impresionar a Greg, cuando las cosas deberían haber sido al revés; al menos eso pensaba ella. Carol Watson sirvió su famosa pasta con atún al horno, que el chico elogió, como era de esperar. «Está delicioso, señora Watson», dijo con una cortesía que todavía estaba aprendiendo, pero que pronto perfeccionaría y que después perdería por completo cuando la mediana edad acabó con todas sus esperanzas y ambiciones.

«¿Sabes cuál es el ingrediente secreto, Greg?», preguntó la madre de Mandy, sonriendo bobalicona y con una coquetería nada propia de ella provocada, sospechaba su hija, por la embriagadora idea del veinticinco por ciento de descuento.

Después de la pasta con atún al horno («¡Copos de maíz, Greg! Ese es el ingrediente secreto») llegó la tarta helada Viennetta («Vamos, Greg, date un capricho») y al final su madre lo invitó a echarle un vistazo a los álbumes de fotos familiares de los Watson.

—Muy atractiva —dijo él al ver una foto de Mandy emperifollada para un baile del instituto, al que fue embutida en cuero negro ajustadísimo, haciendo un homenaje a la metamorfosis de Olivia Newton-John en el final de *Grease*. A esas alturas le parecía increíble, porque ya tenía muchas dificultades para meterse en una talla 42. Las caderas no mienten.

—Parecía una morcilla —comentó su madre riendo.

—Gracias —dijo Mandy.

—Pues a mí no me lo parece —comentó Greg, contradiciendo solo un poco a su futura suegra, aunque los dos acabarían aliándose en contra de Mandy en muchas ocasiones—. Yo la veo muy sexi.

Mandy notó, más que vio, la mueca que hacía su padre al oír esa palabra, que nunca antes se había pronunciado en aquella casa, tan reticente a esos términos. Por el contrario, ella se sintió ridículamente halagada por esa alabanza (otra nueva palabra de esa otra vida tan rica en vocabulario que tenía).

La pareja se casó un año después. Mandy llevó un vestido de novia de confección y su única dama de honor fue su amiga Jacqui, que se sentía una parte importante de aquella boda por haber sido quien la invitó a aquella fatídica cena con baile. Las dos se pasaron la mañana en la peluquería local, sentadas cada una delante de un espejo, mirando cómo les rizaban y les sujetaban el pelo cada vez más arriba para crear unos recogidos que habrían sido la envidia de María Antonieta. Y a Mandy al final la coronaron con un tocado con diminutas perlas. «Preciosa», declararon Jacqui y la peluquera al unísono.

El día de su despedida de soltera, ella y un montón de amigas fueron al gabinete de una vidente, que vivía en un chalé en un callejón sin salida, para que les hiciera «una lectura». Mandy nunca había creído en esas cosas. Ni en la otra vida, ni en los fantasmas, ni en las predicciones con bola de cristal. Para ella solo existía su vida actual y después se acababa todo. ¿Cuántas veces se había oído decir en voz alta (y mentalmente) que «la vida no es un ensayo»? De pronto le parecía que sí que lo había sido. Excepto porque la actuación final no fue para tirar cohetes. Y además no hubo público.

Mandy se imaginó que todas se sentarían en círculo en el salón de la vidente como si estuvieran en una sesión de espiritismo, pero lo que pasó fue que esperaron en un saloncito (flores de tela, persianas de lamas de madera en las cristaleras y cierto aroma a desinfectante) mientras Shona (así se llamaba la vidente) las recibía, una por una, en el dormitorio de las visitas, como si fuera a someterlas a una íntima revisión médica. Mientras esperaban su turno, picaron unos cacahuetes salados de un cuenco que les había sacado la mujer y hablaron en voz baja a la vez que admiraban (o justo lo contrario) a los tres hijos de la vidente, retratados en fotografías escolares enmarcadas que colgaban de la pared.

Mandy no se imaginaba cómo sería tener hijos y resultó que no llegaría a tenerlos. Al principio Greg quiso retrasar la paternidad (la hipoteca, viajar, etcétera).

—Un bebé es demasiado caro —decía todo el tiempo.

A lo que ella siempre contestaba:

—No digas tonterías, los bebés son gratis.

Pero Greg ganó aquella batalla. Cuando por fin se decidieron a tener familia, descubrieron que no podían. ¿Qué se le iba a hacer?

—¿Y si adoptamos? —sugirió Mandy, porque para entonces estaba bastante segura de que no había bebé en el mundo que no le pareciera bien.

Pero Greg se estremeció y dijo:

—¿El hijo de otro hombre? No creo que pueda, Mandy, lo siento.

—También sería el hijo de otra mujer —señaló ella.

Pero Shona, la vidente, no vio nada de eso en su futuro. O sí y no dijo nada.

Por fin llegó su turno y Mandy entró en el dormitorio de invitados de la vidente, donde las dos se sentaron, cada una en un extremo de la cama individual, lo que aumentó la sensación de que allí se iba a llevar a cabo un examen médico de forma inminente. Le llamó la atención el papel pintado con estampado de *toile de Jouy* con el que estaba decorada la pared de la habitación. La escena rural representada, habitada por gente del siglo XVIII (ovejas, templos clásicos y pícnics infinitos), le resultaba muy atractiva. Incluso había cestos con gatitos.

Shona era una mujer con la apariencia más normal que se pudiera imaginar (no llevaba un pañuelo en la cabeza ni pendientes largos con forma de moneda, solo un jersey de cuello vuelto de lana de oveja y una falda que reconoció porque era de Next). Y tenía un leve acento escocés. Le pidió a Mandy que mezclara las cartas del tarot y después las fue colocando, boca arriba, en un semicírculo sobre la vieja colcha de chenilla. Tampoco hizo aspavientos del tipo «¡Huy, el ahorcado!». De hecho, no dijo el nombre de las cartas en ningún momento, solo le cogió la mano derecha entre las suyas y cerró los ojos, algo que a ella le resultó un poco inquietante. Aunque fue peor cuando los abrió y dijo:

—Oh. —Nada más, como si estuviera sorprendida.

Cuando Mandy repitió su exclamación con tono de pregunta, Shona se rio y añadió:

—Oh. Nada más. —Pero parecía desconcertada.

—Continúe —pidió Mandy y se inclinó hacia ella. De repente tenía muchas ganas de conocer su diagnóstico.

—Bueno, sé que esto suena un poco a tópico —continuó la vidente—, pero te veo teniendo un encuentro asombroso con un desconocido —añadió.

—¿Cuándo? —preguntó ella. Se iba a casar tres días después, eso no le dejaba mucho margen para encajar a otro hombre, fuera desconocido o no.

—Me temo que eso está en manos de las parcas del destino —contestó Shona.

Mandy se fijó en que había dicho «las parcas», en plural, y se las imaginó sentadas, tejiendo y fumando, mientras tomaban sus decisiones.

Después todas se reunieron en el saloncito del pub más cercano, fumaron, bebieron martinis de vodka y se rieron de sus «lecturas». Ella se sintió satisfecha al comprobar que a ninguna de las otras le había dicho que iba a tener un encuentro asombroso con un desconocido.

De camino a casa compraron patatas fritas y Jacqui dijo: «Esto es vida, ¿eh, Mandy?», y ella pensó en su fuero interno que tenía que haber algo más que eso, pero por el momento se conformó con ir taconeando por la calle con unos zapatos demasiado altos y una bolsa de patatas empapadas en vinagre en la mano.

El regalo de boda que le hizo Jonathan fue un vale para Marks & Spencer, algo que, a pesar de su banalidad, le resultó enternecedor; sabía que habría supuesto un gran esfuerzo para él porque siempre era ella quien se ocupaba de sus regalos. Mandy y Caroline, la esposa de Jonathan, curtida en todo tipo de batallas, conspiraban juntas en Navidad y en los cumpleaños para que Caroline siempre recibiera algo que quería y que tuviera un precio exorbitante, una forma de castigo vengativo contra Jonathan por las horas que pasaba en Westminster, en el «despacho sagrado», como lo llamaba Caroline. Ambas se llevaban muy bien porque compartían los mismos problemas, que se podían resumir en una sola palabra: Jonathan. «Va a acabar contigo, Mandy. Te tiene todo el día corriendo de acá para allá como pollo sin cabeza», decía muchas veces.

«Cómprate algo que te guste, un capricho», le dijo Jonathan cuando le dio la tarjeta regalo de Marks & Spencer, pero lo que ella se compró fue un juego de edredones y una lámpara para su nueva casa de Ilford. La ropa de cama hacía mucho que se había desgastado y la lámpara se rompió cuando se la tiró a Greg después de que perdiera todos sus ahorros apostando a un caballo, lo que a ella le resultó muy sorprendente, porque nunca antes lo había visto jugar, ni siquiera apostar en el Grand National. En su defensa dijo que le habían dado un soplo que había salido «De boca del caballo. Literalmente, Mandy. Te juro que me habló». «Se ha vuelto loco», pensó ella. Tal vez era demencia temprana. Pensó en el divorcio. Incluso lo consultó con una abogada, una mujer muy amable que tenía una forma de tratar a la

gente tan agradable como la de una enfermera de cuidados paliativos. «Ahora tiene que pensar en sí misma, señora Barrowman.»

Las cosas estaban cambiando. Mandy había empezado a «transformarse» en cosas. A veces era particulada, una palabra que había aprendido en los programas sobre crímenes de la televisión. Se estremeció y se volvió una gota de lluvia gruesa y temblorosa. Al estrellarse contra la acera «se transformó» en ella. Un adoquín gris resbaladizo y oscurecido por el agua. De piedra sedimentaria, si no se equivocaba. Eso no lo sabía antes. «Soy una roca», pensó Mandy.

Le llegaba el olor de la tierra sobre la que descansaban las piedras y del metal de las tuberías que iban por debajo de la ciudad y las cosas desagradables que pasaban por ellas, como el gas y las aguas residuales, y oía el zumbido de la electricidad que pasaba por los enormes cables que había al lado. Más abajo descansaban esqueletos quebradizos y descoloridos: medievales, vikingos, romanos. Había estado en York muchas veces, pero nunca se había «transformado» en esa ciudad. Había sitios peores, se dijo. Cualquiera de las ciudades incultas y postindustriales del norte, por ejemplo, alguna de las que representaba Jonathan, que llamaba a sus ciudadanos «la sal de la tierra» en público y «gorrones en constante búsqueda de subsidios» en privado. Nadie podía decir que él fuera una buena persona.

Se topó con un enorme bloque de caliza magnesiana y vidrio de colores: una catedral de piedra y aire. La de York. Un minuto estabas recogiendo un paquete en tu puerta y al siguiente te habías convertido en una gárgola que vomitaba agua. ¿Un paquete? ¿Había sido un paquete? (¿Era una puerta?) Intentó aferrarse al recuerdo del paquete y la puerta, pero fue como si estuviera agarrando a un tigre por la cola, y de repente, sin previo aviso, empezó a dar la hora con el estruendoso repiqueteo de sus enormes campanas y todo lo demás desapareció en medio del atronar de su propio tañido.

Un momento después lo oía y veía mejor todo, como si el estruendo de las campanas hubiera aclarado algo. Y eso era nuevo: estaba en un hospital, en un quirófano. No, no era un quirófano, era un depósito de cadáveres. Había un forense, un ayudante y un par de agentes de policía, todos con bata y mascarilla. Y allí en medio, el centro de atención de todos, estaba Mandy, como un bacalao frío y húmedo sobre la encimera de metal de la pescadería. El forense dijo al ayudante: «Bisturí para seccionar el cerebro, Dougie, por favor».

Ver su cuerpo reducido a sus partes anatómicas le produjo una

sensación rara. Había muchas partes de ella que no había visto nunca antes; sabía que estaban ahí, por supuesto (los riñones, los pulmones, los intestinos, etcétera), pero verlos era diferente. Le sorprendió sentir una curiosa sensación de cariño por su grasa subcutánea. Había albergado mucha hostilidad contra ella en el pasado, pero en ese momento le gustó ver cómo acolchaba y protegía los vulnerables órganos internos de su cuerpo.

La más joven de las dos agentes parecía a punto de vomitar. El forense la miró y preguntó:

—¿Es la primera vez?

Ella asintió con mala cara. «La mía también», pensó Mandy. La otra policía le dio a su colega una palmadita comprensiva en la espalda y le dijo:

—Una se acostumbra, Lauren.

A lo que la tal Lauren respondió:

—Supongo que sí, jefa.

—Tome una gragea de violetas.

Había cierta controversia sobre la etimología (otra palabra nueva) de *gragea*. Las dos mujeres tenían un fuerte acento del norte, así que Mandy supuso que había vuelto a Tyneside. York era lo más al sur que había estado. La Gran División Norte-Sur existía incluso en la otra vida.

Cuando el forense le sacó el corazón, a ella le dieron ganas de exclamar: «Tenga cuidado con él», algo que de hecho le dijo a Greg en los primeros tiempos de su relación, aunque, siendo sincera (algo que resultaba más fácil cuando estabas muerta), lo que hizo fue repetir algo que había leído en un libro en un intento por hacer que su relación con Greg fuera más pasional de lo que era. Toda su vida juntos había sido tan prosaica como aquel vale de Marks & Spencer. Una ráfaga de tristeza revolvió el aire y Lauren se estremeció.

Cuando terminó la autopsia, volvieron a cerrar a Mandy con una costura muy fea que incluso ella habría hecho mejor. Si hubiera sido más rápida, habría podido colarse otra vez en el interior de su cuerpo, algo así como ponerse un abrigo extraño, pero se distrajo con el agradable aroma del cuello de Lauren, que durante un momento casi prevaleció sobre el olor a carnicería que dominaba aquella sala. Violetas otra vez: April Violets, de la marca Yardley, si no se equivocaba, un aroma muy pasado de moda para una mujer tan joven. Era el perfume que llevaba su abuela.

Inspiró profundamente ese aroma y se convirtió en tierra cubierta de hierba y violetas. Una abeja iba por allí zumbando de forma ensordecedora y sintió las cosquillas que le producían sus patitas y los

pelillos cubiertos de polen de aquel cuerpo que reverberaba. Mandy se acababa de reconciliar con la idea de que se había convertido en un campo (había cosas peores, volvió a pensar) cuando la voz del forense volvió a arrastrarla a la sala de la morgue.

—Pues eso es todo lo que puedo decirles: herida de bala en la cabeza. ¿Te apetece un café, Dougie?

¿Herida de bala? ¿Le habían disparado? ¡Un momento! Le dio un vuelco el corazón, como una tortita en una sartén, y no el que había dejado caer en una bandeja de acero inoxidable Dougie (con muy poco cuidado, la verdad), sino el que todavía sentía como si latiera en su interior. Pero… ¿un disparo? Intentó hacer más preguntas, pero habían salido todos del depósito.

La puerta, el paquete. «Piensa, Mandy.» Le abrió la puerta a alguien, una persona que le dijo: «¿Me puede firmar la entrega, señora Barrowman?». ¿Quién era? ¿Un mensajero? ¿Y qué era el paquete cuya entrega había firmado y dónde estaba? Era un hombre, seguro. Su némesis, comprendió en ese momento; el «encuentro asombroso con un desconocido» que había profetizado Shona tantos años atrás. El recuerdo estaba ahí, lo único que tenía que hacer era arrastrarlo para traerlo hasta la luz que emitía la fogata.

¡Sí! ¡Había ido al norte en tren!, recordó. El gran éxodo desde Westminster el jueves por la noche, en la East Coast Line, con todos aquellos políticos en primera clase y pasándoselo muy bien. «Cruzando la Gran División Norte-Sur», decía a menudo Jonathan al pasar por la estación de Grantham sin hacer parada (eso fue antes de que existiera dicha gran división, claro). Comieron algo caliente (pasta vegetariana para Mandy y pollo para Jonathan) y él se bebió varias botellitas de vino tinto. «Vino de tren», comentó con cara de asco, pero se lo bebió de todas formas. «Se me ha ocurrido hacer unas cuantas visitas a domicilio este fin de semana», anunció; ella supuso que tendría que ir con él, como siempre, su fiel perrito faldero («Te estás quedando atrás, Mandy»). Estaba enrojecido por el alcohol y despreocupado. ¿Qué pasó después? Era posible que ella se durmiera; había tomado algo de vino de tren también…

Pero entonces se vio arrancada de allí de nuevo de una forma tan brusca que tuvo incluso un ataque de vértigo.

Ella siempre había pensado que estaría bien volver al mundo en forma de árbol, un gran roble inglés que fuera el hogar de un montón de criaturas diminutas, pero eso debía de ser muy complicado. Aquello era mejor. Era estupendo. Y no tenía que hacer ningún esfuerzo. Sentía calorcito, como si se hubiera convertido en una bolsa de agua

caliente blandita y cubierta de pelo. Notaba un agradable ronroneo en la garganta. Estaba enroscada en una cama. Movió un poco la nariz. Sacudió la oreja. Entonces abrió un ojo y vio a una mujer descansando en la cama. La miró con curiosidad durante un rato. Solo el suave subir y bajar del pecho indicaba que estaba dormida y no muerta.

Mandy se levantó, se desperezó, se arqueó y estiró la columna poco a poco. Sacó y guardó las uñas. Era muy flexible. En los últimos cinco años ella no había hecho nada de ejercicio, solo una clase de pilates para principiantes, pero de pronto se sentía ágil y ligera como una bailarina. Y total y asombrosamente preciosa. Divina incluso. ¡No tenía ni idea de que Kitty se sentía así!

¡Y tenía mucha hambre! Estaba famélica, de hecho. Entornó los ojos. Necesitaba carne. Tendría que despertar a la mujer. Le tocó la cara con la pata. «Despierta, esclava», pensó y de repente sintió un horrible impacto, como si un puño invisible se hubiera estrellado contra ella, y al instante se encontró por fin enfrentándose al enorme león de melena dorada de su recuerdo, la bestia de la jungla.

—Lo tenemos en las cámaras de seguridad, jefa, podemos seguirlo durante casi todo el viaje. Este es su coche, ¿lo ve? Lo han captado en el centro de la ciudad, pero después aparece en la A1058 y girando hacia Jesmond Park East. Otra lo grabó en Melbury Park Road, donde está la casa de Jonathan Kingshott. Él también tiene cámaras en su domicilio. Esta es la de la puerta. En ella se ve a Roger Peacock y a Mandy abriéndole la puerta. Y ahí se oye el ruido… Un momento, voy a subir el volumen.

—¿Qué dice él, Lauren? Me estoy quedando sorda.

—Será su avanzada edad, jefa.

—Jaja.

—Dice: «¿Me puede firmar la entrega, señora Barrowman?», así que supongo que se estaba haciendo pasar por mensajero.

—¿Y qué más dice? ¿«Me está escribiendo todas esas cartas…»?

—«Me ha escrito todas esas cartas, pero no se ha hecho nada».

Y era cierto. Mandy le había escrito por lo menos veinte cartas en nombre de Kingshott. Tuvo mucha paciencia con el señor Peacock. Fue incluso amable.

—¿Hace cuánto tiempo que murió su esposa?

—Andrea. Varios años ya, jefa. Llevaba mucho tiempo con ese resentimiento. Intentó demandar por mala praxis, pero la cosa no llegó a nada.

—¿Y lo fue? ¿Una mala praxis?

—La investigación concluyó que no. Mandy no era más que una

secretaria, no era culpa suya.

—Y no había nada entre ellos, ¿verdad? Entre Mandy y Kingshott.

—Una relación estrictamente profesional, jefa. Él es un poco idiota, ¿no? Ella y la esposa eran amigas… Y ahí está, ¡mire! El arma, ¿la ve? Peacock la tenía escondida detrás del paquete. No se ve cómo dispara, pero se oye el ruido. Es muy bajito, solo un pop, nada más.

Las dos policías se encogieron un poco cuando Mandy cayó al suelo como un ave muerta en una cacería.

—Pobre Mandy.

—Lo sé, jefa. Tú estás a lo tuyo, ocupándote de tus cosas, y, de repente, ¡bang! Se acabó.

—Bien, pues vamos a detener al señor Peacock.

*

Se sintió como un globo que había estado atado y de repente lo soltaran para que ascendiera libre. Era una sensación extraordinaria. No sabía qué había pasado ni por qué, pero era libre. Ya no era la lluvia, ni la acera. No era una gata, ni un campo, ni la ciudad de York, sino ella misma en estado permanente, nada de ir de acá para allá, cambiando sin parar. Vivía en un pequeño templo neoclásico (o al menos en las proximidades). Había muchos salpicados por aquel paisaje formado en su mayor parte por arroyos y suaves colinas. Se veían rebaños de ovejas esponjosas por todas partes y, aunque Mandy paseaba a menudo entre ellas con un bonito cayado de pastor en la mano, no tenía que ocuparse de cuidarlas. Había un hombre con un rastrillo y otro con una azada y los dos aparecían todo el rato, pero no se los veía hacer nada propio de la agricultura. Nadie hacía ningún trabajo en realidad, todos se limitaban a pasear rodeados de un grupo de personas afines.

Las mujeres llevaban vestidos hermosos y los delicados pies envueltos en zapatos exquisitos. Los hombres vestían pantalones de montar y muchas veces también tricornio. Había muchos árboles, urnas grandes llenas de flores y unos cuantos arcos de piedra en ruinas pero muy bonitos (Mandy sospechaba que no eran los restos de un edificio antiguo, sino solo elementos de adorno, pero allí daba igual). Había un par de terriers de pelo rizado trotando entre las ruinas y también algunos sabuesos muy dignos para cazar, aunque nadie lo hacía, ni tampoco mataban nunca nada. Uno de esos perros rastreadores tan dignos le había cogido cariño a Mandy; siempre estaba tumbado en el suelo a su lado y de vez en cuando, durante toda la eternidad, levantaba la cabeza para que lo acariciara. Había

también (y eso era algo especialmente agradable) varias niñas muy bien educadas que se sentaban en la hierba a jugar con unos gatitos que salían de unas cestas.

Mandy hacía muchos pícnics con sus nuevos amigos, con quienes la conversación siempre era entretenida, aunque banal. Había una mujer que no conocía con una cinta en el cuello que en ocasiones tocaba un laúd y, de vez en cuando, alguno de los hombres se quitaba el tricornio e hincaba la rodilla para declararle su amor eterno (algo que molestaba al perro tan digno), a lo que ella solo respondía riéndose bajito y cogiendo un melocotón de una fuente de porcelana de Sèvres que nunca se vaciaba porque una mano invisible la rellenaba cada noche. «Esto sí que es vida», se dijo Mandy.

Hechizada

Había una vez una reina que gobernaba un país entre el amanecer y el anochecer. Pero su corazón albergaba un gran dolor, porque no tenía hijos. Junto a su cama había una cuna que permanecía vacía desde hacía muchos años. Estaba hecha de plata, tenía piedras preciosas engastadas y una almohadita rellena de plumón de cisne. Había hecho falta el trabajo de mil gusanos de seda durante todo un año para fabricar los hilos con los que se había hecho el colchón, pero ningún bebé había dormido en aquella cuna.

La reina decidió ir a pedirle ayuda a una mujer sabia que vivía en lo más profundo de un bosque cercano. Viajó hasta allí desde el palacio, ataviada con sus mejores galas: un vestido de terciopelo y zapatillas de satén bordadas. Se adornó el pelo con rubíes y diamantes y de su cuello colgaban ópalos tan grandes como huevos de petirrojo. Se desplazó hasta allí en un coche de caballos magnífico, cubierto de oro y tirado por seis corceles negro azabache, acompañada por un séquito de sirvientes, además de los dos fieles canes que siempre escoltaban su carruaje, Nosewise y Holdfast, unos elegantes perros de caza que podían correr de la mañana a la noche sin cansarse y que lucían unos collares hechos del mejor y más suave cuero rojo español.

El carruaje se detuvo delante de la humilde morada de la mujer sabia, una choza hecha de ramas de alerce y sauce, y de él salió la reina (que, por cierto, se llamaba Imogen). La mujer la saludó con todas las cortesías imaginables, le indicó que entrara y le pidió que se sentara junto al fuego y tomara una taza de la infusión de ortigas que estaba preparando.

La reina no perdió el tiempo y se puso a contarle a la mujer sabia que el deseo más profundo de su corazón era tener un hijo. Como pago le ofreció los ópalos tan grandes como huevos de petirrojo que llevaba y sacudió el pelo para que cayeran también los diamantes y los rubíes, que se desperdigaron por el suelo. La otra mujer se echó a reír, dijo que no quería ninguna de las riquezas de la reina y le ordenó a su gato (un precioso animal negro que se llamaba Vinegar Tom) que recogiera las joyas con la boca y se las devolviera a su propietaria. El animal hizo lo que le mandó y dejó las piedras preciosas a los pies de la reina, que se quedó maravillada ante lo que acababa de presenciar, porque nunca antes había visto un gato que hiciera lo que su dueña le

pedía.

—Solo quiero una cosa a cambio —anunció la mujer sabia—. Que me prometa algo.

—Cualquier cosa —respondió la reina.

Entonces le dijo que debía matar a la primera criatura viviente que se encontrara cuando saliera de su choza.

La reina lo pensó solo un segundo antes de acceder; no suponía un gran sacrificio por su parte y por fin tendría el hijo que deseaba. Además, pensó que la primera criatura viviente que vería al salir sería una avispa, una hormiga o una araña, porque había cientos en ese bosque y no le costaría nada matar alguna.

Cuando aceptó, la mujer sabia le arrancó una pluma a una gallina que estaba sentada junto al fuego, sin que nadie se fijara en ella. Después extrajo una rama quemada del fuego y para terminar sacó una bellota del bolsillo del delantal y le dio las tres cosas a la reina. A continuación le explicó que servirían para guiar a su hija en un viaje lleno de peligros que tendría que realizar algún día para romper un hechizo.

—¡Una hija! —gritó la reina, aplaudiendo encantada e ignorando esa mención a la amenaza de la brujería.

En ese momento la mujer sabia sacó un huevo de debajo de la gallina, se lo entregó y le dijo que lo pusiera dentro de la cuna de plata junto a su cama, y por la mañana tendría un bebé. La reina cogió el precioso huevo y se lo metió en el corpiño para mantenerlo caliente. Luego, tras agradecérselo una y mil veces, se preparó para despedirse.

—Recuerde su promesa —advirtió la mujer sabia, y le puso en la mano una daga hecha con un acero afiladísimo fabricada por el mejor herrero de Toledo—. Si su mano vacila, mi señora, le sobrevendrá una gran tragedia.

La reina cruzó el umbral y miró alrededor en busca de una hormiga o tal vez un gusano, pero la primera criatura viviente que vio fue su perro Holdfast, que se acercó corriendo a recibirla. Con mano temblorosa, la reina lo agarró del collar y le puso la daga en el cuello, pero tenía un corazón demasiado bondadoso para matar a una criatura inocente que nunca había hecho daño a nadie y a la que además le tenía mucho cariño, así que abrió la mano y dejó que la daga cayera al suelo.

Al instante se oyó un terrible sonido agudo y un segundo después desapareció el magnífico carruaje con los seis caballos negros y el séquito de sirvientes, además de Nosewise, el compañero de Holdfast. Solo permaneció a su lado este, que la reina seguía agarrando del

collar, pero el suave cuero español se había convertido en una cadena oxidada. La reina bajó la vista y se dio cuenta de que ya no estaba vestida con terciopelo y satén, sino que iba descalza y llevaba un vestido viejo y raído que avergonzaría incluso a una de sus fregonas. Pero le quedaba un consuelo: el precioso huevo seguía bien protegido entre sus pechos.

Holdfast soltó un aullido de tristeza por la pérdida de su compañero, pero la reina dijo:

—Vamos, quedémonos con lo bueno y volvamos a casa.

Recogió la daga (que de repente era de un hierro basto) y se la metió en la manga, porque quién sabía qué peligros podían ocultarse en el bosque.

Hacía mucho que había caído la noche y se perdieron varias veces, pero al final lograron vislumbrar el castillo. Para entonces ella iba cubierta de barro, estaba llena de arañazos causados por las espinas y tenía hojas y ramitas enredadas en el pelo. Además, sus pobres pies estaban sangrando y llenos de ampollas. Holdfast no había llegado mucho mejor: ya no era el perro de pelo brillante que corría junto al carruaje de su ama, sino que estaba cubierto de abrojos y tenía el hocico lleno de barro.

Las enormes puertas de madera del palacio estaban cerradas, así que la reina tocó la campana que había fuera para llamar al centinela.

—Soy yo, la reina, Imogen —se presentó, pero el guardia no la reconoció.

Le ordenó que despertara a los sirvientes, pero, cuando llegaron, se rieron de ella y la llamaron impostora. Algunos incluso le tiraron piedras y coles podridas.

«Oh, me ha maldecido una bruja y ahora me tengo que enfrentar al infortunio», pensó. Así que volvió al bosque, sumida en la tristeza, con Holdfast a su lado. Poco después se dio cuenta de que no podía avanzar ni un paso más. Se detuvo y le dijo al perro:

—Mi fiel amigo, vamos a pasar aquí la noche.

No tenía cuna de plata, ni almohada de plumas de cisne, ni colchón de seda para el huevo, pero la reina buscó por allí y encontró en el suelo un nido de zorzal que todavía estaba forrado con el plumón del animal. Sacó de su corpiño el huevo, todavía caliente, y lo depositó dentro.

—Esta es una cuna tan buena como la otra de plata y adornada con piedras preciosas —le dijo a Holdfast—. Vamos a dormir, mi fiel amigo.

La madre de Florence, Clare, se había vuelto patosa hasta niveles

ridículos desde que nació su último bebé, seis meses atrás. Ella bromeaba diciendo que su cerebro había quedado «perjudicado». Tenía los pechos enormes y daba la sensación de que no hacía nada más que dar de mamar. A Florence le daba un poco de repelús. Si a su madre le hubieran dado un huevo, con su delicada cáscara, para que lo incubara entre ellos, sin duda en pocos minutos habría acabado espachurrado y su contenido le habría embadurnado todo el *escote,* una palabra que Florence había aprendido hacía poco; antes de saber su significado habría pensado que era algo relacionado con la clase de dibujo del colegio («A ver, chicas, quiero que utilicéis un escote para hacer un proyecto artístico»).

A Florence no le gustaban las manualidades; su madre decía que era «cienciófila» y, cada vez que su hija la oía decir eso, no podía evitar puntualizar que esa palabra no existía. La niña tenía quince años y todavía no se podía decir que tuviera escote, pero se sentía agradecida por ello. No le gustaba la idea de ir mostrándolo para llamar la atención, como hacían sus compañeras del colegio. Tenía compañeras de clase que ya eran veteranas en el mundo de los selfis y no paraban de poner morritos y posar como si su vida dependiera de ello. Un pasatiempo trivial, en opinión de Florence. Muchas de ellas ya no eran vírgenes. Ella pretendía morir virgen, sobre todo para compensar la pródiga fecundidad de su madre, pero también porque le parecía un propósito muy puro y noble. Ser doncella. Le gustaba la palabra.

Era una chica muy intensa a la que le costaba comprender a cualquiera que no quisiera estudiar todo lo que pudiera para convertirse en médico, astrofísico o ingeniero. «No deberías ser tan crítica», le decía su padre. Era ministro de la Iglesia y entraba dentro de sus funciones decir cosas así; por eso la mayoría de sus hijas tenían tendencia a ignorar sus consejos. Su padre era el reverendo Matthew Dent, pero cualquiera diría que su nombre era «Llámame Matthew» por la cantidad de veces que se lo decía a todo el mundo, con la vana esperanza de propiciar un ambiente informal.

Florence llevaba el pelo recogido en unas trenzas rebeldes y por eso no era de extrañar que en el colegio la apodaran Greta. No la molestaba, porque ser la hija mayor de un miembro del clero rural era una circunstancia que la convertía en rara de nacimiento, y de todas formas Greta era una de sus heroínas. También lo eran Millicent Fawcett, Rosalind Franklin, Billie Eilish y Juana de Arco.

—Un grupo muy variado —dijo su madre al enterarse.

—Tengo mis reservas en cuanto a Juana de Arco —añadió ella.

Florence formaba parte de la humillante cantidad de hijos de los

Dent, que se amontonaban como podían en la vicaría del pueblo, que era demasiado pequeña para todos ellos. Eran cinco niñas en total: de mayor a menor, Florence, Alice, Edith, Phyllis y Cecily. El último de la camada era Theo, que tenía siete años menos que su hermana más pequeña, Cecily («¡El último empujoncito!», exclamó su madre riendo cuando tuvo a su hermano. ¡Qué asco!). Florence y Alice compartían habitación, igual que Edith y Phyllis. Cuando nació Cecily, la metieron en un armario. «No es un armario, es un trastero», decía su madre. Pero después tuvieron que recolocarlos a todos para hacer sitio al último y Cecily acabó en un armario de verdad («¡Que no es un armario!»), ¡mientras que Theo tenía una habitación para él solo! Era más que evidente que era el príncipe de la familia.

Su madre aseguraba que él fue su último intento de darle un hijo varón a su padre, como si las niñas fueran un fracaso colectivo. Aunque Matthew decía que no le importaba si era niño o niña, cuando descubrieron que era un varón, decidieron ponerle el nombre de Theodore, que significa «regalo de Dios». Alice se quejó de que a ninguna de ellas le hubieran puesto Theodora, ¿y por qué no? («Dios se lo habría pensado dos veces antes de darnos un regalo como vosotras», fue la respuesta del reverendo). El nombre de Theo fue un tema que provocó mucha discusión entre las hermanas en el momento del bautizo. «Dios, son como un maldito aquelarre», oyó Florence que le decía su madre a su padre después de verlas a todas aireando sus quejas a la vez.

La gente que no conocía a Matthew y, por tanto, no sabía que pertenecía a la Iglesia anglicana, creía que los padres de Florence eran muy católicos o egoístas. «Más bien lo último», contestaba siempre ella. La superpoblación, la escasez de recursos en el planeta, la pobreza global… Ninguna de esas cosas parecía importarles a sus irresponsables padres.

—¿Y si tú o tus hermanas llegáis a encontrar la solución para alguno de esos problemas? Entonces merecería la pena haberos tenido, ¿no? —se defendía su madre.

—También puede ser que todas tus hijas se conviertan en asesinas en serie cuando crezcan —contraatacaba Florence («¿Y crees que eso puede pasar? ¿Todas, las cinco?» fue el comentario que hizo su padre).

Por fin Imogen se sumió en un sueño profundo, consecuencia del cansancio, siempre vigilada por Holdfast. Las criaturas más tímidas del bosque se acercaron y la miraron con curiosidad. Cuando el perro les contó lo que les había ocurrido, todos les juraron lealtad a la reina y a su hija.

Cuando amaneció, ella se despertó con el canto matutino de los pájaros. Se incorporó y se frotó los ojos, aún somnolienta, creyendo durante un segundo que estaba en su cómoda cama del castillo, pero enseguida recordó lo ocurrido y vio a Holdfast esperando pacientemente junto al nido de zorzal. «¿He conseguido por fin lo que mi corazón tanto desea?», exclamó.

Tendría que ser un bebé muy pequeño para caber en un nido de zorzal, ¿no? Theo era diminuto cuando nació (pesó poco más de dos kilos), pero aun así no habría cabido en un nido de ese tamaño. Ni en el de un águila, la verdad, aunque tampoco es que hubiera ese tipo de pájaros donde vivían, «en medio de la nada», como calificaban a aquel lugar el triunvirato adolescente que formaban Florence, Alice y Edith; desde que acabaron la escuela primaria, para ir al instituto tenían que coger todos los días un autobús que las llevaba a la ciudad más cercana, que quedaba bastante lejos. Era una «buena escuela» solo para chicas, en su mayoría niñas blancas y de clase media, un detalle muy reprochable (al menos en opinión de Florence). «Para eso tanta educación», refunfuñaba ella. («Eres demasiado dogmática», decía Clare con un suspiro).

En aquel momento no tenían colegio por las vacaciones de verano y su madre esperaba que salieran de la casa atestada y camparan por el entorno rural.

—¿Para hacer qué? —preguntaron todas con pocas ganas.

—Tener aventuras —sugirió ella, como si vivieran en un libro de Enid Blyton—. Subir a los árboles, robar manzanas, hacerles cosquillas a las truchas.

¿Cosquillas a las truchas? ¿Es que se había vuelto loca?

—Mejor no robéis nada —murmuró su padre.

Las niñas mayores deseaban tener una ajetreada vida urbana con carreteras asfaltadas, tiendas de ropa, ruido de sirenas, olor a comidas exóticas y chicos mayores pasando en coche con las ventanillas abiertas y una música muy alta y obscena atronando en el interior. «Una vida real», lo calificaba Florence, que, a pesar de su expreso deseo de ser vestal, en el fondo anhelaba en secreto algo más salvaje y peligroso. A diferencia de la ciudad, el campo olía a boñiga de vaca, al diésel de los tractores y a algo indefinible que se pudría en algún granero.

—Pero qué cosas decís. Huele a espino, a tierra recién removida y a corderos —aseguraba su madre.

—¿A qué huelen los corderos? —preguntó Florence. Ella había estado rodeada de corderos toda la vida y nunca los había asociado

con un olor en particular. Eran… bueno… corderos sin más.

—A lana, a eso huelen —aclaró Clare—. Y a inocencia.

Los corderos no acababan silenciados en la casa de los Dent, porque su madre había establecido un régimen autocrático en el que decidió que los niños se iban a criar siendo vegetarianos; por eso las cenas en su casa consistían en un bucle continuo de pasta integral, estofado de alubias y sopa de lentejas.

La dispersa congregación de su padre estaba básicamente compuesta por señoras mayores, frágiles como cáscaras de huevo, cuyas preferencias musicales se limitaban a coros galeses y Michael Ball. Sus casas olían a violetas y a carne picada frita. El reverendo Dent pasaba mucho tiempo ayudando a sus feligreses: rellenaba formularios, organizaba entregas de alimentos o buscaba fontaneros. A veces incluso les arreglaba alguna cosa él mismo. ¿Es que no era deber de un ministro de la Iglesia ayudar a los necesitados: los hambrientos, los adictos o los sintecho? ¿No trataba de eso el sermón de la montaña? Florence lo había escuchado ya un montón de veces.

—Dios, se ha puesto a citar la Biblia otra vez —oyó que le decía su madre a su padre.

—Y encima no lo hace bien —apuntó él.

La «buena escuela» la pagaba un fideicomiso para su educación que había hecho su abuela. Era una mujer a la que apenas conocían, porque unos años atrás hubo algún tipo de pelea, un *distanciamiento* (esa palabra le gustaba). Cuando les hablaron de ese dinero, todas quisieron conocer los detalles del origen de esa fortuna ancestral.

—¡Herederas! —exclamó Edith con tono de ensoñación.

Phyllis repuso que deberían olvidarse de tanta educación y gastarse el dinero en otras cosas.

—Por encima de mi cadáver —contestó su madre, como era de esperar.

Theo había superado todos los problemas derivados de haber nacido prematuro; de hecho, a esas alturas se había puesto enorme tras haber consumido a Clare durante sus primeros meses. Cuando fueron todas a verlo al hospital, se arremolinaron alrededor de la incubadora («No os apiñéis tanto, niñas») y se quedaron mirándolo. Era minúsculo.

—Es un peso pluma —explicó su padre con cariño.

—Parece una gamba gigante —concluyó Florence.

—Todos los bebés no pueden ser tan grandotes como tú, Florence —replicó su madre.

—Seguro que no es tu intención provocarme dismorfia corporal ni nada parecido —contestó su hija.

Clare comentó que muchas veces, en los cuentos, los bebés eran «extraordinariamente diminutos».

—Pulgarcita dormía en una cáscara de nuez y Pulgarcito también, claro. *Le Petit Poucet* en Francia, *Däumling* en Alemania, *Issun-bōshi* en Japón… Todos ellos son manifestaciones del arquetipo infantil, pero con poderes obtenidos gracias a su concepción mágica y antinatural.

—No creo que la concepción del nuestro fuera antinatural —comentó su padre—. Mágica tal vez. —Y se rio mirando con amor a su mujer.

—¡Puaj! —exclamó el triunvirato adolescente al unísono y Edith hizo el gesto de vomitar.

Su madre las ignoró por completo y siguió hablando de los arquetipos infantiles y el *homúnculo,* fuera lo que fuese. «Bla, bla, bla…», pensó Florence. Clare antes era profesora de Estudios Medievales en la universidad, pero dejó su vocación más o menos cuando nació Phyllis. «Y eso que era profesora titular», decía su padre con admiración. A partir de entonces se dedicó a cocinar, encurtir y hacer mermeladas y fermentados que nadie era capaz de comerse. También se ocupaba de los pollos y de un huerto recalcitrante que tenían, todo cosas que se le daban bastante mal, porque era evidente que estaba mejor preparada para las torres de marfil del academicismo que para ser madre de seis hijos a jornada completa. (¡Seis! Al decirlo en voz alta sonaba peor.)

«¿Y cómo demonios se las arreglará Clare?», se preguntaba la gente con extrañeza. Y la respuesta de Florence siempre era la misma: «No haciéndoles ni el más mínimo caso a sus hijas». Y también contratando, por un sueldo muy bajo, a una sucesión de chicas del pueblo que conseguían el trabajo básicamente porque aseguraban que les encantaban los niños. Pero los hijos de los Dent… A las pocas semanas descubrían que esos no les gustaban tanto. *Gamberros, brutos* y *demonios* eran epítetos que dejaban esas chicas tras su estela cuando se largaban.

En su época de profesora, su madre impartía una asignatura sobre historias folclóricas y cuentos de hadas. En opinión de Florence («No hay nada sobre lo que no tengas una opinión particular», le decía a menudo su padre), no era un tema adecuado para la universidad. Los cuentos de hadas eran cosas para leer de pequeño, no para estudiar ya de adulto. Ella los abandonó en cuanto pudo; de hecho, había dejado de lado casi toda la ficción y prefería libros que describían la realidad, como los de biología o astronomía. «Te estás convirtiendo en una Gradgrind en miniatura», le dijo su madre. «Y si leyeras novelas sabrías de quién te hablo», añadió, aunque Florence sí que lo sabía,

porque estaban estudiando *Tiempos difíciles* para los exámenes del Certificado General de Educación Secundaria. «Madre mía, Florence, cuántas cosas tienes que decir sobre el libro», exclamó su profesora cuando lo trataron en clase.

Su madre también había escrito libros, aunque costara creerlo al verla paseando entre las hileras de acelgas y coles mustias cantando canciones infantiles, con Theo apoyado en la cadera. *Los cuentos de hadas tradicionales en el contexto de una hegemonía femenina subversiva;* ese era su mayor éxito, si se podía calificar así.

—Era un trabajo académico, no estaba dirigido al gran público —explicó su madre.

—Una verdadera lástima, maldita sea —respondió Florence. Era una pena que Clare no hubiera creado un personaje que tomara el relevo del Harry Potter de las narices y así se hubieran hecho millonarios.

—¿Has dicho «maldita», Florence? —preguntó su padre con voz engañosamente suave.

—Yo soy la encarnación de esa palabra —respondió ella entre dientes.

«¿Por qué no sales? Si sigues todo el día dentro de casa, te vas a volver traslúcida», comentó su madre cuando la vio mirando por la ventana de su dormitorio.

Ella estaba bronceada porque pasaba mucho tiempo al aire libre. En aquel momento llevaba su uniforme habitual de verano: sandalias Birkenstock y un vestido de algodón holgado. Tenía el pelo suelto y le caía por la espalda, algo poco adecuado para una mujer de su edad.

Florence intentó leer el libro de su madre porque creía que era su deber como hija, y además quería saber lo que era la *hegemonía* (descubrió que ella no tenía de eso). Ese mismo deber hacía que los domingos fueran todos a la iglesia, donde constituían la mayoría de la congregación. «Por eso han tenido tantos hijos», decía Alice. Era cierto; si no estuviera su familia ocupando el primer banco, casi no habría nadie para escuchar los sermones de su padre. Pero las bodas eran otra cosa. Las futuras novias hacían cola para asegurarse un hueco para casarse en St Cuthbert, que era una iglesia muy bonita.

—Es muy hipócrita, por su parte y por la tuya —sentenciaba Florence.

—A mí no me lo parece —contestaba su padre—. ¿Por qué no va a poder tener la gente una bonita boda en una iglesia con encanto para recordar?

¡Pero qué tolerante era! A ella la ponía de los nervios («¿Hay algo

que no tenga ese efecto?», le habría gustado saber a su madre).

La escasa asistencia a los oficios religiosos y la falta de clérigos eran las causas de que su padre tuviera que hacerse cargo de varias iglesias y dar misa en todas ellas por turnos. Al menos no obligaba a sus hijos a acudir a las más lejanas, aunque a menudo ese mismo deber filial hacía que Florence se sintiera obligada a acomodarse en el asiento del copiloto del viejo Vauxhall y acompañar a su padre a donde le tocara ir: St George, St Martin, St Michael y Todos los Ángeles.

—¿Todos los Ángeles? —se extrañaba cada vez que iban allí—. ¿Te sabes el nombre de todos? —No se los sabía—. Por Dios, pero ¿qué tipo de ministro de la Iglesia eres?

—Uno cansado —respondía él.

Pero su padre siempre llevaba chocolatinas en los bolsillos, así que al menos recibía alguna recompensa por su esfuerzo. Y Florence tenía una voz bonita y podía dirigir y reforzar el coro irregular que formaban los miembros de sus congregaciones al cantar, casi sin aliento, *Nuestra esperanza y protección* o el himno que fuera («¿Podrías no utilizar esa coletilla todo el rato, hija?»).

Después, a veces iban a casa de alguna de las ancianas feligresas, que olía a violetas y carne picada frita, donde tomaban un café instantáneo con mucha leche y comían pastel Battenberg industrial, galletas de mantequilla caseras o incluso sándwiches: rebanadas de pan blanco cortadas en triangulitos y con un relleno de color rosa que su padre devoraba como si fuera un animal al que hubieran privado de la carne, pero que a Florence le parecía que debía rechazar, aunque le habría gustado probar uno. «Es vegetariana», se excusaba siempre su padre y las ancianas la miraban de arriba abajo, hacían preguntas sobre el tema con interés, como si eso significara que pertenecía a una nueva especie, y se ofrecían a cocerle un huevo diciendo: «Huevos sí comes, ¿no?».

Su madre nunca los acompañaba en las visitas a los sitios más alejados. «Con una iglesia es suficiente», decía. Ella era atea empedernida, pero no le importaba sentarse a oír misas y sermones con una sonrisa beatífica en la cara («Tengo la cabeza ocupada haciendo listas»). Una absoluta hipocresía, en opinión de Florence, pero su madre decía que no importaba si ella creía en algo o no. ¿O es que pensaban que su padre se creía todas las cosas que tenía que decir en el púlpito?

—Bueno, más o menos —contestó él, sin ahondar en el tema, y después comentó algo sobre que el techo de St Cuthbert estaba a punto de hundirse. Como Florence no le dejó escaquearse («Siempre con ganas de discutir»), él añadió con un suspiro—: Se puede tener fe

y no creer. Por ejemplo, yo tengo fe en que mis hijas serán personas buenas y tolerantes cuando crezcan, pero no tengo por qué creerlo.

La reina soltó una exclamación de felicidad al ver que, durmiendo en el nido, había una niña tan perfecta como la luna llena y más preciosa que todos los tesoros del mundo. La envolvió con una piel de conejo que le había traído Holdfast…

«¿El perro despellejó al conejo por sus propios medios?», se preguntó Florence. «¿Y quedó la piel limpia? ¿No tendría sangre, tendones y quién sabe qué más?» Holdfast y Nosewise eran nombres de perro auténticos en la época medieval, eso le había dicho su madre. El suyo tenía uno más común, Poppy; se lo puso Cecily, a quien le encargaron esa tarea como compensación por tener que dormir en un armario («¡Que no es un armario!»). Era un terrier mestizo optimista, aunque bastante tonto, que había encontrado su padre en un anuncio de Gumtree y que había adquirido en un impulso, sin pensarlo demasiado.

Poppy, junto con un gato, dos hámsteres, un ratón y media docena de pollos, contribuía al revuelo que había siempre en aquella casa. Todo eso aparte de un loro gris africano que había sido el «querido compañero» de una anciana de la parroquia de St George que su padre visitaba en sus rondas. Cuando ella murió, resultó que, en su testamento, le dejó a Charlie en herencia.

«Por encima de mi cadáver» fue la respuesta de su madre, pero él se sintió obligado a aceptarlo porque fue «su último deseo antes de morir y demás».

Cuando llegaron la enorme jaula y su exigente ocupante, Florence no pudo resistirse a decirle a su madre: «No te veo con pinta de cadáver todavía».

La reina volvió al castillo, pero esta vez entró por la puerta de servicio. Tampoco la reconocieron. Después de mucho suplicar para que le dieran un trabajo, le encargaron la tarea de encender las muchas chimeneas del castillo. Por la noche dormía junto a las ascuas del hogar de la cocina con su hija a su lado, entre las hojas de col y las cáscaras de huevo que desechaban.

Llamó a su hija Aoife. La niña crecía cada día más fuerte y más hermosa. Las cocineras le tenían cariño y siempre le guardaban dulces y bizcocho de jengibre. También alimentaban al fiel Holdfast con los huesos que quedaban tras los suntuosos banquetes que se hacían en el

castillo. La hermana de la reina, Irene, era quien gobernaba el reino entre el amanecer y el anochecer, pero ni siquiera ella fue capaz de reconocer a su hermana Imogen. Una vez, sucia y ennegrecida por el hollín de los fuegos y las chimeneas, se tiró a los pies de Irene cuando pasaba a su lado, pero ella le ordenó a un lacayo que se llevara de allí a «esa desdichada».

En cuanto tuvo edad suficiente, Aoife empezó a trabajar en las cocinas fregando ollas, sartenes y platos grasientos que traían desde el gran salón tras las comidas. Era un trabajo duro, pero nunca se quejó, porque su madre le había enseñado que trabajar con alegría hacía que, incluso la tarea más dura, se volviera más llevadera. Así que ella era una niña muy alegre y obedien…

—Venga ya… Eso te lo estás inventando —repuso Florence.

—Nada nuevo bajo el sol —suspiró su madre y la ignoró.

Florence no supo muy bien lo que quería decir con eso, pero tampoco tenía interés en preguntar. Estaban en el descuidado jardín una tarde de verano que alargaba las sombras. Era uno de esos raros momentos de paz. Theo estaba dormido en su moisés bajo una enorme hortensia. Ya casi no cabía en él, era como un cacahuete gordo apretado dentro de la cáscara. Alice estaba tumbada en su cama leyendo y Edith jugaba al escondite con Cecily y Phyllis al lado, en los terrenos de la iglesia. Cecily sabía permanecer escondida muchísimo rato. Florence estaba convencida de que algún día no iban a lograr encontrarla.

Su madre estaba leyendo un libro que había encontrado en un viejo baúl metálico en el desván. Ese lugar estaba lleno de restos de la vida de los reverendos que habían precedido a Matthew. Unas viejas raquetas de tenis con cuerdas de tripa de gato y una hamaca enrollada intentaban atraer la atención de alguien en medio de un montón de cajas con platos desparejados, enormes teteras de metal, un tapiz sin terminar y un azucarero galvanizado. Al parecer nunca se le había ocurrido a nadie deshacerse de todos esos trastos.

Su madre muchas veces rebuscaba por allí y volvía a bajar la escalera desvencijada con algo asqueroso en la mano: un cojín comido por las polillas, un sombrero de fieltro viejo o libros que hacía décadas que nadie leía. Y con razón: eran tratados teológicos, atlas con mapas desfasados o novelas de Walter Scott.

—Cuando enseñaba, me pasé muchísimo tiempo buscando este libro en librerías de segunda mano —explicó su madre, agitándolo triunfante mientras bajaba como podía por la escalera del desván. Después se sentó en una vieja silla de playa desvencijada que

amenazaba con hacerse pedazos en cualquier momento y se puso a leer en alto pasajes de uno de los cuentos del libro («La niña robada») mientras Florence, que estaba tirada en el césped haciendo un sudoku endiablado, intentaba ignorarla.

«Un día, cuando Aoife ya no era una niña, pero tampoco una mujer todavía, su madre se puso enferma. La llamó y le dijo que pronto se quedaría sola en el mundo y que había llegado la hora de contarle que ella no era una fregona, sino la hija de una reina, y que a las dos las había hechizado una bruja. Por eso Aoife tenía que realizar un peligroso viaje para conseguir romper el hechizo que pesaba sobre ellas.

»Entonces Imogen sacó del bolsillo de su delantal la pluma que le había arrancado la bruja a la gallina, el palo quemado que había sacado del fuego y la bellota, y se los dio. "Estos objetos te mantendrán a salvo", aseguró. Aoife estaba superada por el dolor, pero su madre le dijo: "No llores, porque tienes muchos retos por delante para recuperar tu verdadero lugar en el mundo. Y no estarás sola, porque te acompañará mi fiel perro, Holdfast".»

—¿Ese perro no tendría que estar muerto ya? —preguntó Florence.

—Es un animal de cuento. Tiene normas aparte —aseguró su madre—. Es casi como una historia tradicional —continuó, feliz—. El *leitmotiv* de la princesa encantada y el hechizo que hay que romper. Siempre se da una dinámica interesante entre la hegemonía aristocrática y los practicantes de la magia y la sabiduría popular, es decir, las reinas y las brujas. La clase baja, la que lanza los conjuros, es pobre, pero muchas veces es la que ostenta el verdadero poder, porque vive fuera del…

—Fascinante —murmuró su hija. Con tono irónico, claro.

—Estoy muy cansada —anunció su madre y cerró los ojos.

Sus padres estaban cansados todo el tiempo. Eran unos flojos, en su opinión. A Clare se le cayó el libro de las manos y aterrizó en la hierba, así que no terminó de leer el cuento; una lástima, porque entonces se habría enterado de algo que habría evitado que un suceso terrible le ocurriera a su familia en un futuro cercano.

Pero su sueño quedó interrumpido por un alarido horrible que llegó de allí al lado, y Florence y su madre tuvieron que saltar el muro y entrar corriendo en el cementerio para rescatar a Phyllis, que, mientras corría a toda velocidad, se había chocado con una lápida, una de las antiguas que tenía una calavera y dos tibias.

Para cuando curaron a su pobre hermana ya había llegado la hora de la cena (macarrones con queso). Pronto tocó irse a la cama y nadie se dio cuenta de que el bebé seguía en su moisés bajo la hortensia.

Cuando por fin alguien se acordó de él, todos salieron corriendo para ver si seguía allí, y, a pesar de la predicción de Edith de que Theo «seguramente ya estará muerto», el niño estaba vivito y coleando, tumbado tan contento contemplando los grandes ramilletes de flores en la penumbra del atardecer.

Iban a traer a una *au pair*. Ya habían probado con todas las chicas del pueblo y al final la misteriosa abuela distante había «aflojado» el dinero para pagar a una chica de fuera.

—La mejor ayuda para las madres —comentó Florence.

A lo que su padre replicó:

—No, creo que eso es el Valium.

Su madre se apuntó a una agencia en internet. La web tenía un montón de fotografías de potenciales candidatas y toda la familia Dent se reunió alrededor del ordenador que había en la sacristía para examinarlas. El que tenían en casa ya iba de camino a una muerte lenta y dolorosa y en el de la sacristía iba mejor la banda ancha, pero allí tenían que soportar unas temperaturas árticas aunque fuera pleno verano.

Su madre vetó a todos los chicos, murmurándole a su marido algo sobre «hormonas adolescentes». Florence rechazó a todas las chicas guapas porque intentarían apartar a su padre del camino de la rectitud, como hacían siempre las *au pairs,* al parecer, a lo que él respondió: «Ojalá tuviera yo tiempo para tentaciones».

Evidentemente, no era tan sencillo como meter a una en la cesta y hacer el pedido; tenían que pasar por un montón de filtros para demostrar qué tipo de familia eran. En momentos como aquel resultaba muy útil que su padre fuera reverendo, explicó su madre. Solo había que mencionarlo y ya no hacía falta presentar referencias, algo que no era fácil de conseguir.

Al final, de la variopinta oferta de nacionalidades y personalidades que se les presentó, eligieron a una chica de Polonia que se llamaba Wiktoria. Tenía carné de conducir, formación en primeros auxilios y era socorrista titulada. Le gustaban las cosas habituales (los niños, los animales, cocinar, pasear por el campo) y lo mejor de todo era que quería «ser útil».

Cada día que pasaba, su madre estaba más pálida, así que Aoife se decidió a iniciar su viaje. Los sirvientes del castillo le prepararon un hatillo con pan, queso y manzanas para que se lo llevara. Imogen le dio una daga de hierro basto. Todos se despidieron de ella y

derramaron muchas lágrimas cuando la vieron cruzar las puertas del castillo y adentrarse en el mundo que había más allá.

—Oh, pobre de mí, que no voy a volver a ver a mi hija —se lamentó la reina.

Aoife caminó durante mucho tiempo, hasta que el sol ya estaba muy alto en el cielo, y entonces le entró hambre.

—Vamos a sentarnos a comer algo, querido Holdfast —dijo.

En cuanto se acomodaron en la orilla de un lago, cubierta de hierba, apareció un zorro trotando por el camino. Era muy bonito, con un pelaje rojo precioso y una llamativa cola peluda.

—Buenos días —saludó Aoife.

El animal inclinó la cabeza y respondió:

—Buenos días para ti también, princesa.

A ella le sorprendió que supiera quién era.

—Llevo todo el día pasando hambre. ¿Me darías un poco del pan y el queso que llevas? —pidió.

—Claro —respondió ella.

Holdfast gruñó amenazador ante ese animal que rivalizaba con él por la atención de su ama, pero la princesa lo mandó callar. Cuando el zorro terminó de comer, dijo:

—Eres la primera persona que ha sido buena conmigo y por eso, a cambio, te voy a guiar en los primeros pasos de tu viaje.

Aoife le dio las gracias muchas veces y le besó la encantadora cabeza rojiza.

—Ah, pero primero tienes que pescar en el lago una carpa gorda para cenárnosla todos juntos —propuso el zorro.

Pasaron en su compañía toda la tarde mientras la princesa tiraba la caña una y otra vez hacia las oscuras aguas del lago. Por fin consiguió pescar una carpa enorme. La cocinaron sobre un fuego de ramitas de manzano y, cuando la abrieron, ella encontró un anillo de oro.

—Póntelo en el dedo, princesa —le indicó el animal—, y, si me necesitas, hazlo girar tres veces y acudiré.

Para sorpresa de Aoife, después los llevó hasta una choza en el bosque hecha de ramas de alerce y sauce.

—Esta es la casa de la bruja que os hechizó a tu madre y a ti —contó el zorro—. Ella te dirá qué debes hacer.

La princesa se despidió de él dándole muchos besos en su cara peluda, para profundo enfado de Holdfast.

—Ah —exclamó el zorro antes de irse—, lleva siempre contigo una manzana. —Sacó una de su bolsillo (llevaba un bonito chaleco de *tweed*) y se la lanzó.

Llena de temor, Aoife llamó a la puerta de la choza. La bruja la

invitó a entrar con una leve reverencia.

—Buenas tardes, buena muchacha —saludó. Luego le ofreció una infusión de ortigas y le pidió que se sentara junto al fuego—. Te diré lo que debes hacer, aunque primero tienes que darme algo.

«Pero si no tengo nada que darle», pensó Aoife, pero miró alrededor, vio a una vieja gallina pelirroja sentada junto al hogar y se le ocurrió.

—Puedo devolverle su pluma a tu gallina.

—Muy bien, eso servirá —aceptó la bruja—. Para hacer desaparecer el hechizo que pesa sobre ti debes traerme un bebé.

—¿Un bebé?

—Eso es. Un niño rechoncho. Me siento sola aquí y deseo tener compañía. Entonces tu madre y tú quedaréis libres del hechizo y ella sanará de su enfermedad.

—Muy bien —respondió Aoife.

—Pero, si rompes tu promesa —advirtió la bruja—, tu madre morirá sin remedio y tú quedarás bajo el efecto de una maldición para siempre.

Unos días después estaban todos en el piso de arriba persiguiendo a uno de los hámsteres que se había escapado cuando sonó el timbre.

—¡Es ella! ¡Es Wiktoria, estoy segura! —gritó Phyliss, asomándose por la ventana para mirar.

Todos bajaron corriendo (excepto Florence, que lo hizo con gran parsimonia, porque no quería que la curiosidad le hiciera perder la dignidad). Las demás se arremolinaron alrededor de su madre de tal forma que casi no podía ni abrir la puerta.

En el umbral había una chica que no era mucho mayor que Florence. A su lado estaba sentado un perro grande, un detalle que resultaba tan emocionante como la propia llegada de la chica. Ella solo había llegado a la mitad de la escalera cuando la vio. Estaba comiendo una manzana con un aire indiferente que no pudo evitar admirar. Tiró el corazón al jardín sin mirar y estuvo a punto de darle a uno de los pollos.

—Eres Wiktoria, ¿verdad? —preguntó su madre, intentando zafarse de sus ansiosas hijas.

—La verdad es que prefiero que me llamen Aoife.

—¿Aoife?

—Aoife. Aoife. Se pronuncia «Eefur». Bien, ¿dónde está el bebé?

El indiscreto encanto de la burguesía

Franklin conoció a Connie una noche frente al ayuntamiento de Leeds. Llovía, ella se resbaló y se cayó en la acera, y él la ayudó a levantarse y le ofreció refugiarse bajo su paraguas. Él casi nunca llevaba; el que tenía lo había encontrado el día anterior tirado en la calle, como una invitación. «Fue muy romántico. Como algo sacado de una novela de Forster», diría ella después, cuando les describió el encuentro a sus padres.

Franklin pasó por casualidad con aquel oportuno paraguas cuando Connie salía de un recital de Beethoven, pero, por culpa de su estado de turbación, nada propio de ella, tuvo la impresión de que él también había asistido al concierto.

—Ha sido maravilloso, ¿verdad? —le dijo quince minutos después, en un bar cercano—. Qué complicados son los últimos cuartetos de cuerda de Beethoven —añadió mientras bebía con mucha delicadeza una copa de *merlot*.

—Pero qué gratificantes —contestó Franklin, que se esforzaba por beber de una forma igual de delicada. Él no había ido a un concierto de música clásica en su vida ni había oído ningún cuarteto de cuerda de Beethoven, ni de los últimos ni los anteriores, algo que en aquel momento lamentaba. Pasó caminando por delante del ayuntamiento porque tenía el coche en el taller. Llevaba allí dos días; habían surgido problemas para conseguir una pieza, que al final habían tenido que enviar desde el extranjero. Había muchos giros en esa crónica que ofrecían la posibilidad de que todo hubiera tenido un resultado diferente. ¿Y si la pieza de su coche no hubiera estado retenida en un puerto francés? ¿Y si hubiera cogido el autobús, parado un taxi o llamado a un Uber en vez de volver a casa andando? ¿Y si Connie hubiera mirado el pronóstico del tiempo antes de salir de casa esa mañana y, al ver que iba a llover, no se hubiera puesto los zapatos nuevos con suela de cuero, sino un calzado más práctico que no resbalara?

—Pero qué gracioso eres, Franklin —dijo ella cuando él le presentó esa variedad de escenarios alternativos mientras los dos comían huevos revueltos a la mañana siguiente—. Menuda cantidad de «y si…». El destino solo tiene un camino —añadió con tal confianza que Franklin decidió que ella era la persona que podría llenar el vacío que

había en su vida, en el lugar donde debería residir la certidumbre.

Connie parecía tener muchas ganas de compartir los detalles de su vida con él. Tenía treinta y dos años, había estudiado en el Ladies's College de Harrogate y después en Cambridge, y en ese momento trabajaba en el Departamento de Marketing y Publicidad del West Yorkshire Playhouse.

—¿Has visto algo allí últimamente?

—Claro —mintió—. Voy a menudo.

Siguió contándole que era la segunda de tres hermanas: Patience, Constance y Faith. Su madre, a la que ella llamaba «mami», al parecer era muy religiosa y también practicante.

—¿Y cómo es que no os puso a ninguna Charity? —preguntó Franklin.

—No lo sé —contestó Connie—, pero, si llegas a conocer a mami, mejor no menciones la palabra *hope*.

Su madre se llamaba Prudence, una virtud más en el repertorio de la familia de la chica (el señor Kingshott no participaba de esa nomenclatura).

—Patience es chelista en la Northern Symphony Orchestra y Faith es residente de urgencias en el hospital Royal Victoria de Newcastle. Papi es cirujano cardíaco en el St James de Leeds. Mi madre se dedica a —en ese momento Connie hizo el gesto de las comillas con los dedos, algo que a Franklin lo sacaba de quicio— «hacer buenas obras». También le gusta mucho la jardinería. Sus rosas son legendarias. ¿Y qué me cuentas de tu familia?

Él, por desgracia, solo tenía un progenitor y no quería dar muchas explicaciones.

—Solo tengo a mi madre, me temo —contestó—. Está —hizo el gesto de las comillas también— «viuda».

Franklin se sorprendió cuando, menos de una hora después de su primer encuentro, se encontró en el suelo laminado de haya del piso de Connie, casi desnudo y besándole las palmas arañadas, en una extraña combinación de primeros auxilios y juego preliminar. Su delicada forma de beber vino, lo de Beethoven y su apariencia general, tan recatada, le habían hecho pensar que ella no era el tipo de chica que besaba en una primera cita, mucho menos una que se quitara la ropa antes incluso de meter la llave en la cerradura de la puerta. Se lo comentó después, cuando estaban tumbados, sudorosos y enredados sobre el felpudo, que ponía «Cuidado con el gato», y ella se rio.

—Claro que no soy ese tipo de chica, pero no todos los días caes a

los pies de alguien, literalmente.

Franklin se sintió alarmado y halagado a partes iguales por la velocidad de esa conclusión emocional.

El gato en cuestión (Kitty) era una criatura negra y gorda que los había estado observando todo el rato, algo de lo que él se había percatado y que lo hacía sentir incómodo.

—Por algo tengo ahí la advertencia de «cuidado con el gato» —señaló Connie con toda la razón.

Resultó que Connie era una chica de trato fácil que nunca en su vida había tenido que preocuparse por nada, aparte de si los zapatos planos le hacían las pantorrillas gordas. También era «casi vegetariana», hacía pilates dos veces a la semana y jugaba en un equipo de *netball*. Franklin fue a ver un partido y se asustó de lo agresivas, incluso brutales, que eran todas las jugadoras.

Connie también era muy bien organizada y no dudaba de sí misma ni lo más mínimo. Para él, que siempre estaba sumido en un nihilismo aprensivo, esa última resultaba una cualidad muy atractiva. Además, tenía un pelo castaño y liso que parecía que nunca se enredaba, el tipo de piel inmaculada que solo se consigue con una conciencia limpia y el aliento le olía un poco a menta siempre, a cualquier hora del día.

Franklin no estaba seguro de lo que veía Connie en él, aparte de su buena apariencia, algo que seguro que para ella era importante, porque deseaba tener unos cuantos hijos y no querría que le salieran feos. Lo que Franklin ansiaba con todas sus fuerzas era normalidad, o lo que él se imaginaba que era eso: una esposa, hijos, una casa y un perro, aunque no necesariamente en ese orden.

Si se hubiera casado con Connie, ya tendría su segundo hijo y su primer perro. Su vestido de novia, fabuloso y carísimo, estaría colgado en el armario del dormitorio de invitados, metido en una funda de plástico con cremallera, como un cadáver, y a él le preocuparía pagar la hipoteca, mientras que ella no dejaría de pensar en sus pantorrillas gordas (Franklin ya podía ser sincero y decir que, en efecto, las tenía más bien gruesas, por culpa, casi seguro, de tanto *netball*).

Un par de semanas después fueron a un concierto que daba la orquesta de la hermana de Connie. El programa (una sobria sinfonía de Mahler) acabó suponiendo una prueba de resistencia para Franklin. Patience y los otros músicos estuvieron muy serios todo el rato, como exigía la ocasión.

—Impresionante, ¿verdad? —exclamó Connie cuando por fin

terminó.

—Una gran implicación en la interpretación —comentó él tras el concierto, en el restaurante Wagamama.

Habían entrado entre bambalinas para que Connie fuera a felicitar con muchos aspavientos a Patience. Al parecer, su hermana no se tomaba bien los cumplidos ni cuando estaba de buen humor, pero esa noche se la veía muy taciturna.

—No se ha enamorado nunca —explicó Connie—. Y eso está empezando a hacer mella en su carácter. Es una pena que no todo el mundo tenga tanta suerte como yo por tenerte. —Al instante cambió de tema y adquirió un tono extraño y un poco amenazante mientras enrollaba los fideos del ramen con los palillos—. Si fuera absolutamente necesario, si no tuvieras elección, ¿qué preferirías ser: muy muy bajo y muy muy alto?

—Alto, supongo.

Connie estaba siempre haciéndole ese tipo de preguntas enigmáticas: «Si tuvieras que elegir, si tu vida dependiera de ello, ¿qué preferirías ser: muy muy delgado o muy muy gordo?» («Gordo»).

Muchas de esas dudas existenciales se basaban en una infinita serie de dilemas éticos. Por eso Franklin sabía que era una prueba que acabaría fallando en algún momento.

—¿Renunciarías al sentido de la vista para salvarme la vida?

Esa era delicada.

—Sí —respondió con rotundidad («No», pensó).

—Si la única forma de salvarme la vida fuera que te cortaran una pierna, ¿lo harías?

—¿Solo una? Sí.

—Vale. ¿Y si fueran las dos?

También le gustaba añadir infinitas variaciones al tema original.

—Si fueras una verdura, ¿cuál serías? —(«Una coliflor»).

También le había preguntado por un animal, una fruta, una novela, un color de pintura y un mueble de jardín (para que conste: un hipopótamo, una mandarina Satsuma, *Moll Flanders*, sombra tostada y un balancín). La pregunta del bocadillo era pan comido en comparación con la larga lista de cuestiones de Connie.

—Si estuviera atrapada en un edificio en llamas con un gato —empezó a decir y dejó los palillos—, ¿a cuál de los dos salvarías?

—A ti, por supuesto —contestó él sin dudar.

—¿Y qué pasa con el gato? —insistió ella.

—¿Qué pasa con él?

—¿Lo dejarías que muriera abrasado, Franklin?

Su primer mes de noviazgo fue muy ajetreado. Hicieron una agotadora ronda por teatros, cines, museos, cafeterías y varias comidas y cenas larguísimas en restaurantes. Además pasaron un fin de semana en Richmond e hicieron juntos una parte de la ruta de senderismo conocida como Cleveland Way.

Estaban en el coche de camino a «conocer a sus padres». Aquello parecía una escena de una película mala.

—¿Quieres un batido de fresa? —ofreció Connie—. Tengo un montón. Están de oferta.

Y sacó de su bolso una botella de cristal con un líquido rosa que a Franklin le recordó a un medicamento para las lombrices intestinales que tuvo que tomar de pequeño. Asqueroso.

Los padres de ella vivían en una casa bastante imponente a las afueras de Ilkley.

—Oh, pero si no es más que una vieja ruina del periodo Regencia —dijo Connie con esa especie de apatía propia de la gente rica.

—¡Ya estamos en casa! —exclamó cuando entraron en el impresionante camino de acceso de lo que solo se podía describir como una mansión que tenía, como Franklin descubriría después, una biblioteca, una pista de tenis y también un césped muy bien cuidado que parecía infinito. ¿Se podía pagar todo eso solo operando corazones?

—El dinero viene de la madre de mi madre. —«Parece un trabalenguas», pensó él—. Un fideicomiso o algo así.

—Supongo que es útil tener en la familia a un cirujano cardíaco —comentó Franklin, ansioso, cuando se acercaron a la puerta.

—¿Es que te pasa algo en el corazón? —preguntó Connie y un destello de preocupación cruzó su cara serena—. ¿Tienes antecedentes de enfermedades coronarias en la familia? —Ella quería una buena semilla, un ADN que no viniera con una tara, como arterias atascadas o unas válvulas que no funcionaran bien.

Franklin se dio un puñetazo en el pecho, como un guerrero al jurar pleitesía a su rey.

—Fuerte como un roble. —No tenía sentido decirle a Connie que no tenía corazón, porque ella pensaría que le hablaba metafóricamente—. No le pasa nada malo —insistió efusivo—. Ni enfermedades cardíacas ni antecedentes de ninguna otra cosa.

Eso era cierto, aunque quién sabía de qué habría muerto su padre si hubiera vivido más tiempo.

Cuando le explicó cómo fue su desafortunada muerte mientras ella examinaba una foto de ese hombre que le enseñó Franklin, Connie

dijo:

—Qué mala pata. Pero se ve muy sano en general.

—Sí, muy sano para estar muerto.

De pie en los escalones de entrada a la casa de sus padres, ella apoyó la mejilla sobre su pecho y él tardó un momento en darse cuenta de que estaba escuchando el latido de su corazón.

—A mí me suena bastante bien —concluyó—. Pumpum, pumpum. —Y le sonrió como la mujer más confiada y despreocupada del mundo.

Entonces fue cuando supo que le iba a tener que pedir que se casara con él. Si se casaba con Connie, viviría bajo su cielo siempre soleado. Y estaría completo, porque tendría al menos un corazón: el de ella.

—¿Un jerez? —preguntó el señor Kingshott, alzando una pesada licorera de cristal («Papi puede ser un poco brusco», le había avisado Connie antes de entrar en la casa).

—Gracias —aceptó Franklin.

Estaba cuidando mucho sus ademanes en aquel entorno tan delicado. Le parecía inevitable que algo acabara rompiéndose. Beber jerez antes de comer (o «almorzar», como lo denominaban todos los Kingshott) era uno de los muchos atractivos que Connie le aportaría a su vida si se casaba con ella. Nadaría en la piscina genética de esa familia como una nutria feliz al sol.

El señor Kingshott era más bajo de lo que esperaba Franklin, un pequeño gallo de pelea que se pavoneaba por su bonito salón, controlando a su prole. Él pensó que, si alguien tenía que operarle el corazón, preferiría que lo hiciera un hombre más robusto, que tuviera unas manos lo bastante grandes para sujetar su corazón con firmeza y que no corriera el riesgo de que se le escurriera entre unos dedos tan pequeñitos como esos. También le pareció que no le gustaría que se ocupara de su corazón un hombre que no hacía más que bufar o suspirar con irritación o impaciencia; al parecer, la señora Kingshott era la causante habitual de su descontento («Papi es un poco tirano y nosotras somos sus obedientes súbditas», había comentado Connie sin darle demasiada importancia). Franklin pensó que preferiría que el hombre que le operara el corazón se pasara el tiempo canturreando, algo de ópera ligera, por ejemplo, nada dramático, o de Gilbert y Sullivan, tal vez (uno de los favoritos de Ted).

—¡Mami! —saludó Connie cuando una mujer bastante rechoncha y corpulenta entró en el salón, blandiendo una cuchara de madera como si fuera una varita.

Tenía el aire distraído de alguien que había entrado en la

habitación sin tener ni idea de por qué estaba allí. Mami sonrió con tristeza a Franklin, como si supiera que le iba a ocurrir algo terrible, y después volvió a salir con la cuchara en alto.

Todo el clan Kingshott se había reunido en la casa para el «almuerzo» del domingo.

«Y para conocer a tu pretendiente», dijo Patience, que era a la vez la mayor y la más grande de las tres hermanas. Franklin se sintió aliviado al notar que no había rechazos chejovianos en casa de los Kingshott, ni tampoco deseos de un ideal arcádico e inalcanzable. Excepto por parte de la madre, posiblemente.

Había algo en Patience, que llevaba sandalias Birkenstock y una blusa con estampado de cachemires, que sugería gordura, como si algún día fuera a acabar teniendo la figura corpulenta y la lentitud bovina de su madre. Faith, la más pequeña, por el contrario, había heredado la altura de su padre y su constitución de huesos delicados. A Franklin le sorprendió la imagen de las tres hermanas juntas: Patience era demasiado grandota y seria, Faith, demasiado menuda y superficial, pero Connie era, como diría Ricitos de Oro con su gran sabiduría, perfecta. Si pudiera amar a alguien, seguro que sería a ella.

—Siéntate —pidió mami, señalándole un enorme sofá.

—Cuidado con el gato —advirtió Connie cuando Franklin estuvo a punto de aplastar a otro enorme gato negro y siniestro—. Es Pyewacket —continuó—. El hermano de Kitty. Es uno de los nombres que les ponían las brujas a sus gatos, por supuesto. —(«¿Por supuesto?»)—. Este es el último de una larga dinastía. Elemanzer, Vinegar Tom… Todos enterrados bajo las Pretty Lady de mami. —Eso sonaba un poco siniestro y él decidió que prefería no entender a qué se refería. Solo se alegró de no haber llevado a su perra.

—¿Es rescatada? —le preguntó Connie la primera vez que la vio. Franklin miró a la perra, que le devolvió una mirada impasible.

Aunque siempre parecía a punto de expresar su opinión en voz alta, la perra no había vuelto a pronunciar palabra desde aquel día en el hipódromo y él empezaba a preguntarse si toda aquella experiencia, propia del doctor Dolittle, no fue más que una alucinación.

—¿Rescatada? —repitió Franklin—. No, creo que no se puede calificar así.

Patience, que era obvio que no tenía el carácter risueño de Connie, se bebió su copa de jerez de un trago y le dijo:

—Si fueras un instrumento musical, ¿cuál serías, Franklin?

Parecía que consideraba que su pregunta era muy interesante. Tenía un aire de gravedad hanoveriana que a él lo hacía sentir superficial.

Las tres hermanas se lo quedaron mirando fijamente, esperando una respuesta.

—Un violín —aventuró.

Decir «chelo» habría sonado a burda adulación, dado que era el instrumento que tocaba ella. El violín parecía una apuesta segura (tenía cuerdas, como el chelo, y no era tan estrafalario como un fagot o una tuba ni tan grandilocuente como un piano), pero Patience enarcó ambas cejas como si acabara de cumplir sus expectativas al decir algo tan banal.

Franklin se sintió aliviado de que pasaran todos al comedor y se sentaran a la mesa (enorme), cubierta con un mantel de damasco y decorada con un centro muy bonito y llamativo, hecho con rosas amarillas del jardín («Saint Alban», explicó mami con timidez, pero a la vez con orgullo). Cuando todos estuvieron acomodados, llevó a la mesa una gran bandeja y la puso delante del señor Kingshott, como si fuera la reina de un país conquistado que tuviera que ofrecer un tributo o Salomé presentándole la cabeza de Juan el Bautista a su madre. Sobre la bandeja no había una cabeza, sino un enorme pollo asado, un alimento que al parecer encajaba sin problemas en la filosofía de ser «casi vegetariana» de Connie. El señor Kingshott cogió un cuchillo de trinchar como si fuera un escalpelo grande y se puso a diseccionarlo como si estuviera haciendo una autopsia.

—¿Pechuga o muslo? ¿Qué prefieres? —le preguntó a Franklin. Durante un confuso momento él pensó que el padre se estaba refiriendo a la anatomía de sus hijas.

—Muslo —pidió, incapaz de pronunciar la palabra *pechuga* ante el señor Kingshott y en medio de aquel grupo de mujeres.

El hombre le pasó unas rodajas de carne oscura e insistió.

—¿Pechuga no? ¿Seguro?

—Del todo —confirmó Franklin.

Después se vio preguntándose a qué sabría Connie si la mordiera hasta atravesar la piel lisa y llegar a la carne tierna pero firme de debajo. A pollo, quizás, o a una rica salchicha de cerdo. Se imaginó mordiéndole uno de los jamoncitos. Él sabía que el simple hecho de tener pensamientos como esos lo convertían en increíblemente inadecuado para estar con la hija mediana de los Kingshott. Sospechaba que, a ojos de sus padres (y, la verdad, también a los suyos) debía de parecer irresponsable e indigno del regalo que suponía Connie.

—¿Y a qué te dedicas, Franklin? —preguntó el señor Kingshott de repente, como si hubiera estado buscando el momento para decirlo desde el jerez.

Dudó un momento, porque no sabía si era uno de esos juegos que tanto le gustaban a sus hijas («Si fueras una profesión, ¿cuál serías?»).

—Qué haces para ganarte la vida —aclaró el hombre cuando Franklin lo miró con cara de incomprensión.

—Eh… Trabajo en televisión —contestó.

—¿En televisión? —repitió el señor Kingshott, con una mueca en la cara que parecía trasmitir que estaba sufriendo un dolor tremendo.

Hasta ese momento Franklin había sentido cierto orgullo cada vez que anunciaba cuál era su trabajo; le había costado mucho tiempo y esfuerzo alcanzar el lugar en el que estaba entonces.

—En *Green Acres* —añadió.

—¿Un programa de agricultura? —El señor Kingshott lo miró incrédulo, y no era de extrañar—. ¿Tú?

—Papi —intervino mami—, es una serie de ficción, lo sabe todo el mundo. Es que a papi le gusta Wagner —le dijo a Franklin, como si eso lo explicara todo. Y ciertamente así era.

—Mami es adicta, Franklin —dijo Faith.

—Dios, cuánto lo siento —contestó él, mirando comprensivo a la señora Kingshott.

—Adicta a *Green Acres* —explicó Connie.

—Ah, por supuesto —rectificó él.

—Dime, ¿Jeet Singh de verdad le prendió fuego a su restaurante? —preguntó, de repente muy animada—. ¿Y Shania Shaw y el hijo de Henry Sturdy, Johnny, se van a dar cuenta alguna vez de cuánto se aman?

—Pues no sé —empezó a decir Franklin mientras sopesaba las preguntas—. No pondría la mano en el fuego por la inocencia de Jeet, necesita el dinero del seguro, es evidente, pero creo que Shania se va a declarar persona de género fluido y tendrá una aventura con Cherry Hughes…

—¿La cartera?

—Esa misma. Pero no se lo cuente a nadie —pidió—. Esa trama aún es secreta.

—No, no, claro que no. —La señora Kingshott soltó una risita (un sonido extraño que parecía indicar dolor en vez de placer)—. Mis labios están sellados. Pero es una pena. Shania y Johnny Sturdy están destinados a estar juntos.

—Tiempo al tiempo, señora Kingshott, aquí todo se resuelve a largo plazo. Estoy seguro de que en algún momento se darán cuenta de lo que sienten el uno por el otro.

—Llámame Prue, por favor.

Franklin no había sido realmente consciente hasta aquel momento

de que la señora Kingshott también tenía nombre de pila, porque había empezado a referirse a ella en su mente como «mami».

—Menuda escena más romántica tuvieron los dos el día que se pusieron a recoger el heno juntos con el rastrillo —exclamó, y se llevó ambas manos al corazón.

—¿La gente todavía hace eso con el rastrillo? —preguntó Connie—. Me parece muy… anticuado.

—Ni idea —confesó Franklin—. Yo no escribo el material.

Por debajo de la mesa, algo frío y húmedo le acarició la mano. Cuando miró, encontró la cabeza grande y con cara de pena de un golden retriever que salía de debajo de los faldones níveos del mantel. El animal se lo quedó mirando como si intentara leerle la mente.

—Pero Kerry… —exclamó la señora Kingshott—. ¿Qué haces ahí debajo?

—Fuera —le ordenó el señor Kingshott con tono de irritación.

—Era Kerry —le explicó la señora Kingshott a Franklin, aunque no era necesario, mientras el perro salía de la habitación con paso desganado.

—Así se llamaba la amante de papi —le contó Connie después—. Era enfermera de quirófano, se conocieron en un triple *bypass*.

Él se imaginó a Kingshott diciendo con voz grave: «Retractor esternal» y, al levantar la vista, encontrar los bonitos ojos color chocolate de una golden retriever.

—Mami le puso ese nombre como venganza, para que a papi no se le olvidara nunca. Convirtió a su amante en una perra, literalmente.

—¿Literalmente?

—Ajá.

—Bueno, al menos no la enterró bajo sus rosas Pretty Lady, ¿no? —bromeó él.

—¿Más ave? —preguntó el señor Kingshott desde el otro extremo de la mesa.

Franklin aceptó. De repente se dio cuenta de que Faith le estudiaba la cara como si fuera una fascinante nueva forma de vida mientras mordisqueaba una alita de pollo sin prisa, como un animal carroñero. Por fin, sin apartar los ojos de él, le dijo a Connie: «Pues es mono», como si él no estuviera allí, sentado frente a ella, a solo unos centímetros. Sintió que algo se frotaba contra su pantorrilla y, cuando miró, se quedó perplejo al ver un pie descalzo con las uñas pintadas de rojo, como si fueran gotas de sangre, que se arqueaba y se contraía para acariciar la tela vaquera de sus pantalones. Solo podía pertenecer a Faith, a no ser que Patience tuviera unas piernas larguísimas, porque estaba sentada en la otra punta de la mesa.

Seguramente no sería una nutria tan feliz si las hermanas de Connie se metían también en esa piscina genética con él y empezaban a dar vueltas a su alrededor como tiburones.

—Franklin, si fueras una enfermedad, ¿cuál serías? —preguntó Faith.

Hubo una tregua declarada por ambas partes antes del milhojas de frambuesa que esperaba, ya un poco desesperado, allí al lado.

—No estaba de humor para hacer una tarta —confesó la madre, mirando con el ceño fruncido las rosas amarillas, como si estuvieran a punto de hacer algo impredecible.

—¿Sigues con el Prozac, mami? —preguntó Patience («Papi atiborra a pastillas a mami», le había explicado su hija).

Entonces Connie se inclinó hacia él. Olía a algo fresco y floral.

—Vamos afuera —propuso.

—Son el orgullo de mami —señaló ella tras arrancar, de forma bastante brutal, una delicada rosa de color melocotón con nata y mostrársela a Franklin. Tenía un perfume delicioso que le recordaba al interior de los armarios antiguos, a un té chino sobre un césped en verano y a la piel de Connie—. Las Pretty Lady —anunció.

—Son tan bonitas como tú —corroboró él.

—No me refería a eso; es como se llaman las rosas —contestó ella—. Creo que deberíamos casarnos.

Nunca supo por qué, pero ella se tomó el silencio de estupefacción de Franklin como una respuesta afirmativa. Él veía su cerebro como una entidad independiente del resto de su ser; trabajaba fuera de la vista, a puerta cerrada, o muchas veces, en realidad, a sus espaldas. Además, estaba seguro de que ahí fuera, en alguna parte, había un Franklin diferente, una especie de doble, que llevaba una vida más auténtica y ordinaria, y este (el que en ese momento se encontraba, por la insistencia de Connie, hincando una rodilla para declararse de la forma tradicional) era uno frustrado, uno menor, al que le gustaría conocer al real, su yo verdadero. O tal vez no.

Al instante siguiente se encontró enterrado en una melé de mujeres Kingshott gritonas. Solo el padre permaneció ajeno a la histeria. Franklin no estaba seguro de por qué gritaban y se preguntó si sería de horror.

—Igual que en Jane Austen —estaba diciendo Connie mientras se abanicaba con la mano la cara enrojecida.

—¿Tienes algún vicio, Franklin? —preguntó el señor Kingshott con

fingida afabilidad después de que abrieran el champán y se tomaran, por fin, los milhojas de frambuesa para celebrarlo.

—Bueno, los habituales —confesó él riendo.

Le ardía la nuca y notaba que ya le estaban saliendo granitos («Urticaria», le había diagnosticado su médico. «Mala suerte, Franklin. Eres alérgico a ti mismo», añadió riendo).

Al señor Kingshott le pareció necesario acompañar el champán con una serie de «observaciones graciosas» sobre el matrimonio, que sonaron a ensayo del discurso del padre de la novia.

—El matrimonio no es una palabra, es una sentencia —dijo—. ¿No fue Groucho Marx, ese reputado filósofo, quien dijo: «El matrimonio es una gran institución. Por supuesto, si te gusta vivir en una institución…»? —Se detuvo para esperar las risas, pero no se oyeron—. ¿Y no fueron los astutos escoceses los que popularizaron eso de «No te cases por dinero, puedes conseguir un préstamo más barato»? —(Esa última frase la dijo con un acento horrible que imitaba el de *Braveheart*).

—Por Dios y por todos los putos santos —oyó Franklin que murmuraba Faith muy bajito.

—Y todo el mundo conoce el aforismo de Oscar Wilde: «La bigamia es tener una mujer de sobra. La monogamia no se diferencia en nada».

La señora Kingshott lo miró con una expresión extraña. La perra (Kerry, tuvo que recordarse Franklin) eligió aquel irónico momento para entrar en la habitación y ladrarle con malas pulgas al señor Kingshott.

—Y uno más cercano a mi profesión —continuó él, fulminando con la mirada al animal—, esta vez de Balzac: «Ningún hombre debe casarse hasta haber estudiado anatomía y haber hecho la disección por lo menos de una mujer». ¿Y quién fue aquel que dijo: «El matrimonio no es más que un circo de tres pistas redondas como tres anillos: el de compromiso, el de bodas y el del eterno sufrimiento»?

—También hay tarta Victoria, por si alguien se ha quedado con hambre —interrumpió por fin la señora Kingshott.

El señor Kingshott convenció a Franklin para jugar un partido de tenis en la pista de cemento que había detrás de la casa.

—¡A ver si le das a esta, chico! —gritó el hombre, lanzando una bola imposible muy por encima de la cabeza del novio de su hija, directa al fondo de la pista.

A pesar de su altura, resultó que el señor Kingshott era el mejor tenista de la localidad, mientras que Franklin no había vuelto a jugar desde la universidad, donde solo lo hizo un par de veces.

Después, el padre contó, muy orgulloso, «la paliza» que le había dado.

«La verdad es que papi no jugaría a nada que no pudiera ganar», le comentó Connie a Franklin luego, como si fuera lo más razonable del mundo.

Franklin pensó que ese era uno de los días más largos de su vida. Para cuando acabaron de cenar, sándwiches de pollo, y beber más champán (parecía que los Kingshott no hacían nada más que beber y comer cuando se reunían en familia), él ya estaba deseando retirarse cuanto antes a la habitación de invitados que le habían asignado y que estaba justo bajo el tejado. Al parecer las hijas no podían compartir cama con sus «pretendientes» en la casa familiar («A papi le gusta fingir que todas seguimos siendo vírgenes», aclaró Connie).

—No es que seamos tan antiguos —le comentó mami, poco convincente y un poco desconcertada, cuando se la encontró en la habitación del desván—. Es que a papi no le gusta… —Pareció quedarse sin palabras.

—¿El sexo? —aportó Franklin, pero se arrepintió al instante, porque la palabra había sonado demasiado fuerte.

—Sí —contestó la mujer, ruborizándose—. El sexo. Los hombres sois raros en ese aspecto —añadió con un leve temblor en los hombros que podía indicar que la mujer estaba a punto de echarse a reír o a llorar.

Franklin no la vio cuando entró porque estaba muy quieta ante la ventana batiente abierta, mirando el césped de abajo, que a esa hora ya estaba oscuro. Se había envuelto la cabeza y los hombros con una pasmina de forma que, desde atrás, parecía una estatua de la Virgen María un poco más gordita de lo normal.

—¿Señora Kingshott? —preguntó en voz muy baja. Durante un terrible momento se preguntó si estaría pensando en tirarse.

—Franklin… —exclamó, como si le sorprendiera verlo—. Estaba… —Hizo un gesto vago para señalar la estrecha cama individual. La esquina de la colcha estaba abierta, como si fuera una cama de hospital.

Cuando se dio la vuelta, él vio que tenía en la mano una jarrita con agua y un vaso, que dejó con cuidado en la mesita de noche. Se movía con mucha cautela, como si ella también fuera de cristal. Se sentó en la cama y acarició la colcha como si fuera un animal enfermo.

—A veces desearía… —empezó a decir.

—¿Qué? ¿Qué desearía, señora Kingshott?

—Oh, nada. Qué tonta soy —rectificó y se limpió los ojos con un pañuelo. Era ese tipo de mujer que siempre llevaba uno en alguna

parte—. Es que… —Soltó un suspiro tembloroso, cercano al sollozo, y se puso a ahuecar las almohadas sin prestarle mucha atención a lo que hacía—. Ya sabes… La muerte de la esperanza.

Él pensó en algo que decir que sirviera para suavizar esa afirmación existencial tan lúgubre, pero mami se levantó de un brinco y exclamó muy animada:

—Que duermas bien, Franklin. —Y volvió a sentarse. Cambiaba de opinión tan rápido como lo hacía el tiempo—. Supongo que alguna pobre sirvienta se quedaba dormida aquí, llorando, una noche tras otra.

No se había dado cuenta de que la imaginación de mami recorría unos caminos tan enrevesados.

—Pues ahora la habitación es muy agradable —señaló para distraerla—. No hay fantasmas ni nada.

La señora Kingshott sonrió y le dio una palmadita en el hombro, como si fuera un perrito.

—Eres demasiado joven. Todavía no los ves —afirmó.

—¿Cómo? —preguntó alarmado, pero ella ya había llegado al umbral de la habitación y pareció que no lo había oído. Después cerró al salir.

Le sorprendió lo rápido que se sumió en un profundo sueño reparador. El ruido que hizo la puerta del dormitorio al abrirse se incorporó como un elemento más del sueño que tenía en ese momento. Un depredador monstruoso, indeterminado, iba tras él por unos almacenes de mercancías ferroviarias. Franklin oyó su respiración acelerada, sintió su sudor, la extraña y suave textura de su piel. Era más pequeño de lo que se imaginaba, pero lo envolvió con los brazos y empezó a palparle todo el cuerpo con unas manos muy pequeñitas. Tal vez no fuera un monstruo, sino un extraterrestre. Sin previo aviso, le metió la lengua en la boca. Él gritó, el alarido mudo de la víctima de una pesadilla.

—No pasa nada, Frankie —oyó el dulce tono de la voz de Faith, que le susurraba al oído—. Soy la doctora y he venido a examinarte.

¡Brilla, Pamela! ¡Brilla!

Pamela llevaba divorciada ya varios años.

—¡Y felizmente! —declaraba con alegría si le preguntaban. Algunas veces incluso añadía con similar entusiasmo—: ¡Lo mejor que me ha pasado!

Ninguna de esas afirmaciones era cierta, pero ella creía mucho en los signos de exclamación. Mejoraban cualquier frase («¡Está lloviendo!»). También eran útiles para convertir algo negativo en positivo, sobre todo a la hora de hacerle un cumplido a alguna amiga, por ejemplo: «¡Te has cambiado el pelo!» (o también: «¡El vestido! ¡Esos zapatos! ¡Ese color!»).

«No juzguéis, para que no seáis juzgados» era el lema de Pamela, porque era muy consciente de sus limitaciones estilísticas, tan trágicas como las de esas amigas. Compraba sobre todo en Marks & Spencer o en Simply Be y últimamente había cogido la costumbre de llevar zapatos que se ajustaban con velcro, algo que todo el mundo sabía que era una señal incontrovertible de que alguien se estaba haciendo viejo («¡Pero es que son tan cómodos…!»). Y durante años había llevado «una media melena menopáusica», como la denominaba ella: cortada a la altura de la barbilla y teñida en casa para ocultar el implacable avance de las canas (aunque no lo lograba, tenía que reconocerlo).

Pamela se había jubilado unos meses antes tras pasarse la vida trabajando como maestra en un colegio de primaria de la Iglesia anglicana. Durante todos aquellos años, sus días laborables estuvieron salpicados de una sucesión sinfín de exclamaciones. Había animado a generaciones de niños a que abrieran las manos y las sacudieran, mostrándoselas al público, a que pronunciaran, con un hilo de voz, su frase en la función anual de Navidad, o a que leyeran en voz alta con «un poco de chispa»: «¡Ponte derecho! ¡Vocaliza! ¡Brilla!».

«Si no podéis decir nada bueno, es mejor que no digáis nada»; esa era la sentencia con la que aleccionaba a sus hijos, Emily y Nicholas.

«Dios, mamá, pero qué ñoña eres», exclamaba Emily. Si le quitaba la innecesaria referencia religiosa y le ponía exclamaciones, resultaba casi un halago (aunque no del todo). Emily tenía treinta y dos años y se estaba formando para ser cirujana cardíaca, tal vez con la esperanza de que, cuando algún paciente estuviera en la mesa de operaciones con el pecho abierto, tuviera la oportunidad de arrebatarle el corazón

y quedárselo, dado que ella no tenía («¡Es una broma!»). Nicholas era dos años menor que Emily («¡Treinta ya!») y, a diferencia de su hermana, parecía no tener ni la más mínima ambición, al margen de llegar al último nivel del videojuego *Assassin's Creed.* Incluso había vuelto a vivir en casa de su madre hacía poco. O, más bien, «¡Nick ha vuelto a casa otra vez!», para añadirle un poco de chispa. Y Pamela intentaba ponérsela, de verdad.

De hecho, Pamela no estaba ni feliz ni infelizmente divorciada, lo estaba sin más. El divorcio en cuestión se produjo más de quince años atrás, tiempo suficiente para que la humillación y el *shock* se hubieran apagado hasta quedar reducidos solo a unas leves ascuas de resentimiento que de vez en cuando se avivaban hasta convertirse en llamas de furia. Después de tantos años, le pareció demasiado tarde para cambiarse el apellido («Gillette, ¡como las maquinillas!») y recuperar el de soltera.

A Pamela la pilló por sorpresa la decisión de Colin de irse (literalmente) para siempre y terminar con su matrimonio. Acababan de llenar el lavavajillas juntos y, justo después de girar el control para situarlo en «Lavado eco», dijo:

—Pues me voy ya. —Como si hubiera estado esperando a que empezara ese último ciclo de limpieza para largarse.

—¿Te vas? ¿Adónde? —preguntó Pamela, desconcertada.

Pero era un «me voy» sin más. Ya tenía el equipaje hecho y metido en el maletero de su coche de empresa. Ella no tuvo claro qué le resultó más sorprendente, que se fuera de esa forma o que hubiera hecho la maleta sin ayuda.

—Quiero vivir un poco mientras pueda. —Esa fue la única explicación que dio él.

«Bueno, ¿no es eso lo que queremos todos?», pensó Pamela.

—Sexo, drogas y *rock and roll* —continuó, riendo tímido, aunque lo único que le interesaba en realidad era lo primero—. Hacer unas cuantas locuras. No pude cuando era joven. —Según supo después, ya había empezado a hacer el loco con una mujer que se llamaba Lorraine y que trabajaba en Adquisiciones—. No quiero nada serio, solo diversión.

—¿Diversión? —repitió Pamela. Nunca se le había ocurrido que esa palabra se pudiera utilizar en aquel contexto. La diversión era algo asociado con las obras infantiles y con el juego de ponerle la cola al burro (¿todavía jugaba alguien a eso?).

—Sí, diversión —insistió él a la defensiva.

En opinión de Colin, él ya había cumplido con su deber: la hipoteca

estaba pagada, sus hijos habían llegado sanos y salvos a la adolescencia y ellos dos habían superado sin problemas todos los obstáculos propios de la vida de clase media.

—Los niños no me van a echar de menos —aseguró (y era cierto; apenas notaron su ausencia, lo que decía mucho de cuánto se había implicado en su educación).

Cuando Pamela le comentó lo inesperado que le resultaba aquel giro de los acontecimientos tan aventurado (aventuras no le faltaban, no), él dijo:

—Vamos, Pam. La vida es más que esto y tú lo sabes.

¿En serio? ¿Cómo iba a saberlo ella?

Después añadió que él había hablado con un abogado y los papeles ya estaban preparados, solo necesitaban su aprobación. Podía quedarse con la casa a cambio del plan de pensiones de él y todo lo demás se dividiría a partes iguales. Quería ser justo. («¿Justo?»)

A Pamela la pillaron tan desprevenida todos esos planes que él había hecho con antelación que no supo qué decir. («Mamá, pero qué poco peleona eres», la reprendió Emily.)

—Pues yo me quedo con el perro. —Fue lo único que se le ocurrió.

—Como quieras —accedió Colin al instante.

Estaba claro que la mascota, Bobby, era lo último en su lista de prioridades.

Lorraine pronto quedó igualmente abandonada y Colin empezó a tener una serie de relaciones cortas con una interminable sucesión de mujeres hasta que, por fin, dio con Hayley, veinticinco años más joven que él y con las carnes todavía tan firmes como albaricoques que seguían en el árbol gracias a unos buenos genes y a unas larguísimas sesiones de *step* y *spinning*. Pamela fue una vez a una clase de *spinning*… ¡Muy mala idea!

Ella no entendía qué veía Hayley en Colin. «¿Aparte del dinero, quieres decir?», comentó Emily. Él se dedicaba a las finanzas empresariales, un trabajo que nunca llegó a explicar de forma clara a su familia. Y no porque ellos no fueran capaces de entenderlo, sino porque seguro que lo comprenderían demasiado bien, al menos eso sospechaba Pamela.

—En esencia, se trata de coger el dinero de los ricos para dárselo a los que son aún más ricos —decía.

Dicho así parecía inofensivo, pero en la ecuación de la riqueza los ricos siempre acababan ganando.

—¿Pero es que eres Robin Hood o qué? —le decía siempre Colin cuando ella argumentaba algo en contra. «Ojalá», pensaba Pamela.

Él no tenía tiempo para los pobres y nunca donaba nada a los

necesitados. Su empresa daba un gran baile benéfico todos los años el 25 de enero, la Noche de Robert Burns, y él «hacía su parte» aceptando el papel de subastador y repartiendo premios de lujo entre sus compañeros (un palco privado en el hipódromo de York, entradas vip para la feria Great Yorkshire Show). Celebraban esa noche en homenaje a las «raíces» de la empresa, que estaban en Inverness, aunque se trasladaron años atrás al sur, a Leeds. Una de las ventajas del divorcio era que Pamela ya no tenía que ir a esas veladas, ni pasar horas en la peluquería para hacerse un recogido que recordaba a la princesa Ana en un día malo, ni ponerse un vestido elegante que parecía recién sacado de los años ochenta. Aunque estaba casi segura de que ella también dio siempre la impresión de haber salido de aquella década tan desafortunada.

Además, al final había un baile tradicional escocés, un *ceilidh*, algo que ella odiaba. Como inglesa sobria que era, había algo en ese baile que nunca acabó de encajar. Todo ese estruendo machacón del violín y el acordeón para acompañar el lamento desagradable de las gaitas siempre le traía a la mente los aullidos que emitirían un montón de gatos a los que intentaran matar dentro de un saco. Por no hablar del baile en sí, que era tan sencillo que resultaba casi infantil y a la vez endemoniadamente complicado, con los hombres que parecían extras de *Braveheart* con los *kilt* ondeando y las mujeres sonriendo de oreja a oreja mientras las lanzaban al aire como sacos de patatas, todo ello acompañado del fuerte olor a whisky que reinaba en la sala. «Pero si estamos en Yorkshire, por todos los santos», pensaba Pamela.

Si ella tuviera que probar un *haggis,* le resultaría muy difícil añadirle un poco de chispa a su opinión sobre esa tripa de oveja hervida rellena de casquería. Sin saber por qué, Pamela, nacida y criada en Leeds, había empezado a soñar despierta muchas veces con una casita en Wiltshire o Shropshire, aunque nunca había pisado ninguno de esos lugares.

Emily y Nicholas quedaron suplantados por dos nuevos hijos (Mimi y Noah), cortesía de esa hembra del cuco llamada Hayley. Durante mucho tiempo, los primeros hijos de Colin no quisieron saber nada de la nueva familia de su padre («¡Puaj!», exclamó Emily cuando se enteró del primer embarazo de la chica), pero al final se reconciliaron, más o menos, con los usurpadores que habían ocupado su nido. Hacía poco tiempo que Emily le había contado a su madre a regañadientes que iba a pasar con ellos la Navidad. Y poco después de esa revelación llegó el anuncio de Nicholas de que iba a aprovechar las fiestas para irse con sus «colegas» a Ibiza.

Pamela siempre había sentido que compartir el día de Navidad con sus dos hijos era la piedra angular de algo, aunque no sabía muy bien de qué. Tal vez de su amor por ella, aunque, igual que Shropshire y Wiltshire, muchas veces eso parecía más bien una idea que una realidad.

Sintió que esa traición festiva conjunta le desgarraba las entrañas, pero exclamó: «¡Me alegro por vosotros!». Al menos Nicholas tenía amigos, después de años de marginación social adolescente. Pamela sospechaba que su hijo alcanzaría una puntuación alta en la escala de sociopatía. Había empezado un nuevo trabajo hacía poco, uno muy mecánico de procesamiento de datos en la oficina principal para la zona norte de Inglaterra de una gran empresa de seguros, y cada mañana se ponía su traje barato comprado en una tienda de una cadena comercial y se iba a trabajar con un entusiasmo sorprendente, incluso alarmante. Le gustaba su trabajo, decía. Y también «los chicos de la oficina» (los colegas). Y no, gracias, no quería hacer algo «más creativo y satisfactorio». Y sí, empezaría a buscarse otro piso pronto, pero ¿podía dejar de darle la lata ya?

Emily incluso había empezado a referirse a Mimi y Noah como «sus hermanos», algo que, aunque técnicamente era cierto, al menos a medias, solo servía para empeorar el desgarro de las entrañas de Pamela. Y su hija también había salido a tomar una copa con Hayley («mi madrastra», decía con un tono que ya no era tan irónico, sino que sonaba casi cariñoso) y había comentado que «estaba bien para echarse unas risas», afirmación que implicaba que Pamela no. Pronto iban a ser necesarias las habilidades quirúrgicas de Emily para suturar la herida abierta de su madre.

«Tú también deberías encontrar a otra persona», sugirió un día Fiona, una amiga de Pamela. («¡Puaj!», respondió Emily también en ese caso.)

Podía contar con los dedos de una mano los amantes que había tenido en su vida. Todos hombres blancos con cierta forma de ser. Una de las muchas (muchísimas) cosas de las que se arrepentía era de no haber ampliado su espectro. No creía que pudiera hacerlo a esas alturas. En ese momento lo único que veía en el espejo era un cuello fláccido y unos extraños pelos duros, como de barba, que le habían salido de la noche a la mañana, una auténtica locura. *Nuestros cuerpos, nuestras vidas* (había leído ese libro cuando estudiaba, allá por la Edad de Piedra). Tenía la tripa blandengue, como una medusa (todo el cuerpo, en realidad), aunque en el pasado también lo tuvo todo tan firme como los albaricoques sin madurar. Echaba de menos su cuerpo joven. La gruesa trenza que le rebotaba en la espalda como la cola de

un caballo al saltar para intentar encestar cuando jugaba al *netball.* La velocidad y la fuerza de sus pantorrillas. Las uñas como conchas pálidas, los arcos de los pies tan definidos como los de la bailarina de *ballet* que daba vueltas al son de la melodía de una versión un poco metálica del *Para Elisa* en la caja de música que tenía cuando era pequeña. Y la piel lisa y lechosa salpicada de finas pecas que a Colin una vez le parecieron «monas», pero que en los últimos tiempos tenía que revisarse cada año como precaución para prevenir el cáncer de piel.

Pamela lo conoció en la universidad. Él era dos años mayor que ella, estudiaba Económicas y Ciencias Políticas y sacaba sobresalientes. Ella estaba estudiando Filología, básicamente porque le gustaba leer, y sacaba bienes en el mejor de los casos. A pesar de tener una mente y una forma de pensar aún sin definir, creía que se había perdido el apogeo de la liberación de la mujer (¡estaba convencida de que el feminismo estaba muerto! ¡Ja!). También habían quedado atrás los desinhibidos sesenta, el verano del amor y la sensación de que todo era nuevo, plástico y brillante. La entrada a la edad adulta tenía un sombrío fondo de triste malestar industrial y una banda sonora de punk. Colin parecía algo fiable en medio de ese paisaje. Tenía un propósito claro, un leve acento de Aberdeen y le prometía una certidumbre en la vida, nacida de una crianza sólida como el granito, algo de lo que Pamela carecía porque había tenido una infancia inestable, siempre sobre arenas movedizas. Esa infancia había quedado destrozada por… ¡No! No, no, no. ¡Por ahí no, Pamela! ¡Debía mantenerse en el lado soleado de la calle!

Si volviera a nacer, no se molestaría en ir a la universidad y sin duda no perdería el tiempo con Colin, sino que, después del instituto, se habría ido a París, donde se habría sentado en el Café de Flore a fumar Gauloises y a tomar expresos diminutos o vasitos de un lechoso Pernod. O se habría quedado tumbada, lánguida, sobre las sábanas arrugadas y cálidas de la cama de una buhardilla con vistas a los tejados de la ciudad con un amante a su lado. Esa visión idealizada se basaba en un montaje de *La bohéme* que hizo Opera North y que ella vio unos años antes. El arte era peligroso, te metía ideas en la cabeza.

Desde el precipitado abandono de Colin, Pamela había hecho varios intentos de tener otras relaciones, pero con pocas ganas, obligada a soportar las tribulaciones de tener que meterse en portales de búsqueda de pareja que, en teoría, se basaban en la edad y los intereses personales para establecer la compatibilidad. En ellos veía las fotografías de los candidatos (que parecían sacadas de fichas policiales), hombres de mediana edad con muchas esperanzas, pero

decepcionados de forma innata; todos aseguraban que tenían sentido del humor, buenos ingresos y deseo de «compañía». La mitad de ellos llevaba algún tipo de sombrero o gorro; era como si mostraran un cartel que dijera: «Sí, finjo no tener la típica calvicie masculina». Pamela nunca se había encontrado con un hombre que tuviera sentido del humor y al parecer internet estaba lleno de ellos.

Rechazó al instante a todos aquellos con gorra de béisbol. Quedó en un bar con uno que llevaba una boina de estilo francés, con el que solo habló cinco minutos antes de que le confesara («Voy a ser muy franco contigo, Pam») que tenía predilección por «el sexo pervertido» (puaj). Otro candidato a conquistarla llevaba en la foto un gorro de lana y una barba de tres días que lo hacían parecer recién salido de las fuerzas especiales (algo que resultaba atractivo, obviamente), pero resultó ser un contable con halitosis y, como muchos otros hombres que conocía, se pasó la mitad de la noche detallándole la ruta que había seguido para ir de su casa al bar, sin dejarse ni una sola rotonda de la A64.

Otro con un sombrero panamá parecía prometedor. Ese complemento trasmitía cierta elegancia inglesa tradicional: partidos de críquet y Pimm's, tal vez. Cuando llegó, llevaba una rosa para ella y la saludó con una voz dulce y teatral («¡Pamela! ¡Por fin!»). Ella miró con las cejas enarcadas a la dueña del bar, que le devolvió el gesto; a esas alturas ya era casi como una vieja amiga para ella. Pero la noche se torció de un momento a otro cuando el hombre del sombrero panamá reveló que se había mudado allí hacía poco («exiliado») y que había sido miembro del partido UKIP en Norwich («Ese Farage sí que es un político en el que se puede confiar»).

Al final, Pamela llegó a la conclusión de que había perdido demasiadas horas preciosas de su tiempo en la Tierra, cada vez más reducido, intentando mantener una conversación incómoda («¿De verdad haces fotos de buzones?») con un montón de hombres indiferentes (o tíos, o tipos, o imbéciles sin más). Y, de todas formas, tampoco ella tenía intención de enamorarse. El amor implicaba consecuencias indeseables. Se habría conformado con alguna que otra escapada al campo. Se imaginó un estanque con patos en un parque local, un paseo alrededor de una iglesia antigua, una agradable comida en un pub con patio… Ese tipo de cosas que seguro que eran habituales en Wiltshire o Shropshire. Y no hacía falta un hombre para eso. Una amiga serviría también, incluso un perro, si daba el sexo por perdido. El perro cuya custodia le concedió sin dudar Colin había muerto y todavía no lo había sustituido, porque Pamela no creía que otro perro pudiera llenar el doloroso vacío que había dejado Bobby en

su corazón, mucho mayor que el de Colin.

Y, además, tenía muchas cosas con las que mantenerse ocupada: el club de lectura, el de jardinería, el pilates, el National Trust, el aeróbic en la piscina del polideportivo local, aparte de la oferta inagotable de estimulantes clases nocturnas. ¡La jubilación no era para los débiles!

Y el sexo (esa siempre le había parecido a Pamela una palabra muy burda) no era más que un imperativo biológico. ¿Qué sentido tenía cuando ya no eras capaz de traer niños a este mundo? Cuando se producía «el cambio», como lo llamaban con delicadeza las otras mujeres de su club de lectura, algo que sonaba como si se estuvieran metamorfoseando para convertirse en unas nuevas criaturas. «¡Pero eso es lo que somos, Pam!», exclamó Fiona muy roja, derramando el vino tinto sobre su ejemplar de *El jilguero* y también sobre el sofá de Pamela. Ella estaba perfectamente satisfecha con que nadie arara su campo ya infértil, pero todas las demás de aquel grupo parecían encantadas con la idea de seguir haciéndolo como si tuvieran veinte años.

—Jim está tomando viagra —confesó Sheila en un susurro con tono confidencial (sí, menudo puaj) mientras hacían círculos con las piernas sobre sus esterillas de pilates.

—Y el sexo sí que mejora cuando cumples años —murmuró Hannah, que estaba al otro lado.

A Pamela le vino a la mente la imagen de un queso demasiado blando que se iba fundiendo y desparramándose por todo el lugar. ¿Por qué no estaban satisfechas con la adquisición de sabiduría? Ella quería morirse con la cadera y los dientes intactos, era su único objetivo. Obviamente, sería agradable convertirse en abuela, ver su ADN perpetuarse en el futuro, pero eso parecía mucho menos probable que mantener los huesos de su cadera íntegros. («Por Dios, mamá, no tengo intención de tener hijos jamás», había dicho Emily con un desprecio inusual incluso para ella.)

Hacía ya bastante más de tres años de la última vez que Pamela tuvo relaciones sexuales (tenía que encontrar otra palabra para denominarlo). Fue con un maestro que se llamaba Torquil. Ese nombre le evocaba una lección para aprender el alfabeto: «T de Torquil; Torquil es tutor. P de Pamela; Pamela es…». ¿Qué era Pamela?, se preguntó. ¿Prudente? ¿Paciente? ¿Pesimista? ¡No! Ella siempre había sido optimista, incluso cuando se enfrentaba a algo que implicaba la pérdida de toda esperanza (como Nicholas, por ejemplo).

Torquil tenía casi sesenta, llevaba barba y eso era todo lo que hacía falta saber de él en realidad. Pamela lo conoció en una de sus clases nocturnas, la de Introducción al arte italiano. Era un curso de diez

semanas que culminaba con un viaje de tres días a Florencia. Hasta el día del viaje, su intimidad se había reducido a compartir la responsabilidad de hacerse cargo del café y las galletas durante el descanso de la clase. Torquil le hizo una chapa que decía «Encargada de las galletas», que Pamela hizo todo lo posible por evitar ponerse («Ay, no, se me ha olvidado en casa. ¡Otra vez!»). Le resultó un gesto muy inmaduro por parte de un hombre que no había duda de que había entrado hacía mucho en la edad madura («Ya estoy contando los días que me quedan para la jubilación»). A ella no le habría sorprendido nada que se dedicara a hacer fotos de buzones en su tiempo libre.

Y no sentía ningún tipo de atracción sexual por él (era un hombre que llevaba la corbata como si fuera una soga al cuello y que tenía una máquina para hacer chapas, por todos los santos). Pero en su primera noche en Florencia, bajo la influencia de una jarra de *chianti* y una luna italiana, se lo llevó a su (diminuta) habitación de hotel y se sorprendió cuando se oyó decir:

—¿Te apetece?

—Madre mía, Pam —exclamó él mientras se desembarazaba de una camisa de manga corta pasada de moda y colgaba los pantalones con sumo cuidado en el respaldo de una silla—. Menuda sorpresa.

Después la dejó en la cama y se fue a dormir a su habitación, asegurando que algo que había en la de Pamela «le daba alergia». A la mañana siguiente, durante el desayuno (continental, decepcionante y aburrido), él no se sentó en su mesa, aunque había una silla vacía justo al lado de la suya. Cuando ella lo abordó entre risas en el Duomo («No me estarás evitando, ¿verdad?»), él murmuró una excusa tonta y se escabulló hacia una capilla lateral recargada hasta límites insospechados.

Pamela desarrolló una repentina aversión al arte italiano; al fin y al cabo, su único propósito era lucirse y pavonearse, como la puta de Babilonia. «Prefiero mil veces la oscura sobriedad protestante», pensó, aunque la habían criado sin religión y no creía en nada más que en la naturaleza y en intentar ser buena con los demás. «Trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti» era su mantra cotidiano, y era mucho más difícil de lo que parecía, sobre todo porque muchas veces la intención no era recíproca.

Estaba dispuesta a defender la religión en el trabajo (lo habría perdido si no), aunque fuera del colegio ella admitía sin rubor que era un alma pagana. Pero cuanto más mayor se hacía, más lamentaba no tener algo increíble a lo que recurrir como consuelo durante las largas horas oscuras de sus noches solitarias.

Las participantes de su club de lectura levantaron la cabeza como suricatos al oír que se abría y cerraba de un portazo la puerta principal. A los pocos segundos entró Nicholas en la habitación como una tromba; cualquiera diría que lideraba un equipo de SWAT. Hizo una mueca al ver al grupo de mujeres de mediana edad, que no se esperaba encontrar, y se mostró tan horrorizado como si se hubiera topado con un aquelarre de brujas desnudas sacrificando una cabra sobre la moqueta.

—La primera regla del club de lectura, Nick, es no hablar del club de lectura —le dijo Pamela a su hijo.

Habría estado bien que hubiera conseguido pronunciar un rudimentario saludo aunque fuera, o que hubiera mostrado al menos algún indicio de educación, pero lo que hizo fue murmurar algo que no llegó a ser una frase («¡Ponte derecho! ¡Vocaliza! ¡Brilla!») antes de salir despacio de la habitación, como si el grupo de lectoras tuviera intención de lanzarse a por él para atacarlo en el pasillo. Dejó tras él un invasivo olor a cerveza y tabaco.

El salón se quedó en total silencio durante un momento mientras todo el mundo intentaba encontrar algo positivo que decir de Nicholas. Pamela tuvo que contener su deseo de llenar ese vacío con excusas («He hecho lo que he podido» sería la primera de la lista). Los hijos de todas las demás estaban haciendo cosas interesantes. «Derecho internacional con una delegación comercial en China. Charlotte habla mandarín, claro» o «Tom acaba de conseguir un puesto en el Ministerio del Interior. Le ha costado un poco, pero estamos encantados». Y así sucesivamente, *ad nauseam*.

—Nick no ha encontrado todavía lo que quiere hacer —comentó Pamela.

—Te entiendo —contestó Honor con sincera comprensión («¡Ese vestido!»)—. Ed está tardando muchíííísimo. Ahora está ayudando a construir un colegio en Botsuana, pero habla de meterse en política cuando vuelva.

Las demás recibieron esa información con un murmullo de aprobación.

—Muy buena idea —afirmó Fiona.

«Pues que le vaya muy bien», pensó Pamela, y tuvo que taparse la boca con la mano para evitar que se le escapara ese comentario cínico.

—¡Maravilloso! —fue lo que dijo.

Colin se mostraba indiferente ante el futuro de Nicholas, algo muy irritante. Pero a su segundo hijo, Noah, ya lo había puesto en la lista para matricularlo en el prestigioso instituto St Peter's deYork.

«No sé por qué te quejas. Deberías estar contenta de que trabaje.

Dios, seamos sinceros, ninguno de los dos creíamos que llegaría a conseguir un empleo», le dijo a Pamela. Era una pena que Nicholas no tuviera al menos un progenitor que esperara algo de él, por poco que fuera.

—Pero Emily tiene un gran futuro —apuntó Sheila, como si el talento de su hija compensara las deficiencias de Nicholas—. Son el yin y el yang, tu Nicholas y tu Emily —aseguró riendo.

Ella suspiró. Demasiados tópicos en tan pocas palabras.

—Pero tiene que estar bien que al menos uno viva en casa —añadió Fiona mientras se colocaba la pasmina y las demás se dirigían al vestíbulo para empezar a ponerse las diferentes capas de ropa impermeable.

—No sé… —contestó Pamela justo cuando le llegó un olor a algo ilegal desde la escalera que llevaba al piso de arriba—. En algunos aspectos.

—Ya no se van nunca de casa, ¿verdad? —comentó Honor sin perder la sonrisa—. La verdad es que yo, en mis tiempos, estaba deseando irme de la mía. No sé qué les pasa ahora. Por cierto, ¿nos hemos decidido por fin por el McEwan para la siguiente sesión? Ya no me acuerdo.

Cuando todas se fueron, Pamela se preparó un baño y se metió en la bañera, imaginando cómo sería estar en su ataúd. Tal vez no quisieran enterrarla. Emily casi con toda seguridad optaría por la cremación y no le parecía probable que Nicholas tuviera una opinión al respecto. Tal vez debería explicarles cuál era su preferencia mientras todavía estaba allí. Pero ¿la tenía? ¿Arder o pudrirse? ¿Qué sería mejor?

Era extraordinario lo gorda que se veía su barriga en la bañera: recordaba a un enorme montón de requesón o un flan blanquecino que no hubiera cuajado. Había cogido mucho peso en los últimos tiempos y se había puesto como un cojín o un pavo. ¿De verdad estaba tan gorda?

«Dios, mamá, pero qué gorda estás. Te estás poniendo como una vaca, de verdad», dijo Emily la última vez que la vio. Tenía la tripa tan blandengue como parecía. Algo aleteó en su interior, como un pajarillo atrapado que intentara huir. ¿Tal vez tendría un tumor? («¡Cáncer!»). Pamela se lo imaginó creciéndole por dentro, empujando los demás órganos sin miramientos, como un bebé agresivo. Al menos sabía que eso era imposible, gracias a Dios. Se había convertido en terreno baldío diez años atrás.

Se miró el cuerpo con los ojos entrecerrados a causa del vapor que emanaba del agua y pensó en si los gases, otro desgraciado efecto de

la edad, podrían hacer que la tripa le temblara y entrara en erupción como un estanque de lodo volcánico. Era como si algo pequeño y feroz estuviera intentando salir de forma violenta. Pensó en *Alien* y sintió una oleada de aprensión.

—Por Dios, mamá —le gritó Nicholas desde el otro lado de la puerta del baño—. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte ahí? Tengo que cagar.

—Gracias por compartir conmigo esa información, Nick.

Si hubiera sabido que él iba a volver a vivir en su casa, habría construido un segundo baño. Siempre se dejaba el asiento del inodoro levantado y muchas veces se olvidaba de tirar de la cadena y dejaba flotando sus zurullos malolientes (pero ¿qué comía ese chico?).

—Antes no te importaba —contestó él.

—Siempre me ha importado, Nicholas, créeme.

Consideraba que era parte de su trabajo como madre criar a un hijo que fuera una buena pareja para otra mujer. Aunque le resultaba casi imposible imaginarse a Nicholas casado, se sentía culpable por el desastre defectuoso que iba a dejar en manos de su desgraciada futura esposa. O marido; daba igual (era un tema del que nunca habían hablado).

Un pie. ¡Eso sin duda era un pie! ¿Qué demonios…? Gritó y se incorporó de un brinco en la bañera salpicando agua por todas partes como una enorme criatura marina mítica que saliera de las profundidades.

—¿Mamá? Mamá, pero ¿qué estás haciendo ahí?

Una inmaculada concepción (¡como una virgen!). Si se había producido una «anunciación», tuvo que ocurrir en algún momento en que estaba distraída. Pudo ser el pasado septiembre, más o menos cuando se jubiló. Fue una época difícil, porque coincidió con una inspección traumática en el colegio. Tuvo que soportar mucho estrés en el trabajo, suficiente para no prestar atención a la aparición del Espíritu Santo, si es que vino a susurrarle algo al oído, o lo que fuera que la religión patriarcal hiciera para evitar el horror que suponía la intimidad con los órganos sexuales femeninos (y con la mujer que los tenía). Gabriel le habría murmurado la Palabra de Dios, enviándosela al útero a través del corazón, en vez de por la vagina. Pamela había buscado todos esos detalles en internet. Algunos eran bastante alarmantes.

También los griegos parecían estar en contra de la concepción directa. Dioniso nació del muslo de Zeus, Atenea de su frente. Afrodita de la espuma que surgió cuando tiraron al mar los testículos de Urano,

después de castrarlo.

¿Y no había en el convento de San Marcos, en Florencia, un cuadro de la Anunciación de Fra Angélico en el que se veía a una paloma en pleno vuelo, dirigiéndose a la oreja de la Virgen? ¿Y qué pasó cuando llegó allí? ¿Tuvo que meterse en su oído (algo que debió de ser peliagudo, tanto para la Virgen como para la paloma, supuso) o se posó en el lóbulo y le susurró palabras dulces a María?

Lo más cerca que había estado Pamela de recibir una notificación de algo fue cuando la inspectora educativa la agarró suavemente del codo y le dijo en voz baja: «No se preocupe, señora Gillette, usted es una de las buenas que hay por aquí». En ese momento pensó que se refería a su forma de enseñar, pero tal vez hablaba de su idoneidad para traer al mundo a alguien que lo salvara de los pecados de la humanidad o de la extinción masiva, que era a lo que parecía dirigirse en la actualidad.

No había reglas, o al menos ninguna que Pamela hubiera conseguido descubrir, nada que dijera que la segunda vez iba ser una réplica exacta de la primera, con el nacimiento de una virgen, los Reyes Magos, los pastores, el pesebre y todos los demás detalles relacionados con una cultura agrícola… Nada de aquello era necesariamente relevante. ¿Y por qué estaba suponiendo que se trataba de una cosa judeocristiana?, se reprendió. Seguro que por todas esas celebraciones de la Iglesia anglicana a las que había asistido con los niños, en las que la gente cantaba «Jesús nos ilumina con su luz pura y clara» o «Todas las cosas brillantes y hermosas» («¡Ponte derecho! ¡Vocaliza al cantar! ¡Brilla!»).

Tal vez a ella se le había aparecido un dios diferente, quizás disfrazado de águila, de toro o de lluvia dorada. O de cisne. Y lo había hecho cuando estaba preocupada por el incipiente consumo de drogas de Nicholas o por el alma inexistente de Emily. ¿Debería considerarse afortunada por haber dado a luz bebés y no haber puesto un par de huevos? (Aunque eso habría resultado menos sucio.) ¿Y si fue Buda, alguien del panteón de dioses hindúes o alguna otra divinidad proveniente de las mil y una religiones que había en el mundo? ¿Todas incluían en su sistema de creencias un regreso al mundo planificado?

Fuera lo que fuese lo que crecía milagrosamente en su interior, era probable que no tuviera ningún tipo de connotación religiosa. Después de todo, cualquiera que contara con media neurona en funcionamiento sabía que el planeta necesitaba que lo rescataran. (¡El plástico! ¡Los tigres!) La segunda venida era el anuncio del fin del mundo, ¿no? Así que aquello resultaba muy apropiado, porque era

evidente que la Tierra estaba ya en las últimas. (¡Los orangutanes! ¡Las tortugas marinas!)

¿Y si era una abducción extraterrestre? ¿Debería considerar esa posibilidad? ¿Qué era más probable: una concepción divina o alienígena? Ambas resultaban igual de improbables. Tampoco es que le pudiera preguntar a nadie, o terminaría metida en un hospital psiquiátrico en un abrir y cerrar de ojos. Nicholas creía en los extraterrestres, pero eso en sí mismo era una evidencia de lo poco apropiado que resultaba él como fuente de orientación.

A lo que más se parecía todo lo que le estaba pasando era a un cuento de hadas. Una reina madura que deseaba tanto tener una hija que fue a pedirle un hechizo a una bruja. Esas historias siempre acababan mal. Aun así, se acordaría de haber ido a ver a una bruja, ¿no? Y de todas formas un bebé era lo último que Pamela quería en su vida. Eso suponiendo que fuera humano, porque ¿quién sabía? Podría tener una camada de gatitos.

No se lo dijo a nadie, ¿cómo podría? Pensó en involucrar a Nicholas (al fin y al cabo, compartían la casa y, por muy egocéntrico que fuera, ¿no se daría cuenta? (Lo más probable era que no.) ¿E ir a ver a un médico o a una clínica prenatal? Podía fingir que había ido a alguno de esos países en los que permitían la inseminación artificial en mujeres mayores. O decir que había adoptado al bebé en otro país, en un orfanato. Lo único que no podía decir era que se trataba de una inmaculada concepción (o iría derechita al psiquiátrico, como había pensado antes).

No, iba a tener que hacerlo sola. Ocuparse ella misma. ¿Por qué no iba la luz del mundo a llegar por medio de una mujer de mediana edad divorciada y desanimada, en el dormitorio de la parte de atrás de una casa de las afueras de Leeds, en el rincón más perdido de la civilización occidental? Cosas más raras se habían visto.

*

Fácil. Sin complicaciones. Y en el solsticio de invierno, muy refrescantemente pagano. Pamela recordó unas palabras del poeta Donne, aunque no sabía por qué: «Soy un pequeño mundo hecho con maña». El bebé salió escurriéndose como un pez, todo perfecto y sin contratiempos, y solo emitió a modo de saludo un discreto berrido. La placenta apareció después, también con absoluta facilidad. Pamela eligió no comérsela, ni congelarla, ni, como hacían algunas, hacer una fiesta en su honor.

Una niña. No un gatito. (Pamela tuvo que admitir que sintió una

ligera punzada de decepción.) Ni extraterrestre, al menos no de forma evidente. Tampoco era blanca, algo que le pareció interesante. La criatura tenía la piel bastante más oscura que la suya, aunque tampoco es que la hubiera puesto al lado de un muestrario de pinturas.

La niña no tenía ningún rasgo que la identificara como especialmente mesiánica. Era igual que cualquier otro bebé, por suerte. No le resultaría difícil esperar hasta que llegara el momento adecuado para revelarle su verdadero propósito. Aunque tal vez tuviera que ponerse manos a la obra pronto, porque Pamela había leído un artículo hacía poco que decía que el mundo estaba a punto de «cruzar el umbral de la catástrofe». (¡Los árboles! ¡Las abejas! ¡Attenborough!) Le puso a la niña un nombre muy común, Olivia, para que no llamara la atención.

Sujetó el cuerpecito acurrucado contra su hombro mientras bailaba despacio por la habitación. Sintió en los brazos el peso de ese regalo que no buscaba y acarició la sedosa pelusilla que le cubría los frágiles huesos de la cabeza y los deditos, que parecían camarones. Tenía un camino difícil por delante. ¿Habría señales? ¿Cómo demonios iba a arreglárselas? Pero, si no era ella, ¿quién? Tenía el mundo entero en sus brazos. Y era aterrador.

—Vamos, Pamela —se dijo en voz baja—. Recupera la compostura. Ponte derecha. Vocaliza. ¡Y brilla, porque ha llegado tu momento!

Marginalización existencial

Apenas recordaban la época en la que no vivían en aquel horrible confinamiento. Se habían forjado fuertes vínculos entre todos ellos a lo largo de los años, porque nadie ajeno a su pequeño mundo («el mundo de Tilly», sin lugar a dudas) habría sido capaz de comprender el sufrimiento que se veían obligados a soportar a diario.

Por la noche, en el refugio seguro que ofrecía la oscuridad, y gracias a que Tilly dormía como un tronco, todo el grupo hablaba en susurros y repasaba los acontecimientos del día para consolarse, animarse y analizar su última locura.

Todos los días arriesgaban su existencia, y, si no llegaban a tanto, sí que se exponían a perder la autoestima. No tenían control sobre su vida. La falta de autonomía podía volver loco a cualquiera, lo habían visto. La pobre Trixie, por ejemplo, que estaba allí, en un rincón, casi inerte tras perder la razón y la habilidad de comunicarse, porque ya solo era capaz de llamar a su madre con un tono suplicante y cada vez más bajo.

—Dicen que siempre llamas a tu madre al final —comentó Harry con tristeza.

Pero también aseguraban que el sufrimiento te hacía más fuerte, ¿no?

—Lo que no te mata… Etcétera —respondió Ted, pero enseguida se arrepintió de haber recurrido al tópico, sobre todo porque había habido muertes. Muchas a lo largo de los años.

—No importa lo malo que parezca todo —animó Darcy—, debemos mantener viva la esperanza. —Ella era así, alegre, optimista. Podía resultar irritante a veces, pero Ted le tenía un cariño enorme.

Él todavía recordaba (levemente) cómo era estar de buen humor: excursiones al campo en el coche, reírse por un chiste tonto, que te arroparan en la cama por la noche y te abrazaran. A veces pensaba que tal vez sería mejor si no supiera que el placer existía.

—No puedes echar de menos lo que nunca has tenido —dijo él. (¡Otro tópico! Suspiró. Era demasiado mayor para empezar a ser original a esas alturas.)

—En eso te equivocas, Ted —contestó Harry, resistiéndose a abandonar su tristeza—. Se puede echar de menos lo que nunca has tenido. Mira al pobre Joey.

El pequeño había perdido a su madre, Katie, en un terrible accidente cuando era muy pequeño y tuvo que criarse fuera de su bolsa. Todos se habían unido para cuidarlo. Y Mitch, el viejo mono, que deliraba bastante, decía que lo encadenaron a una máquina de escribir en su infancia.

—No seríamos nada sin los demás —aseguró Violet. Y era cierto.

—Uno para todos… —añadió Ted—. Etcétera —(Tenía que reconocerlo: era un viejo lleno de banalidades).

Habían soportado muchas heridas a lo largo de los años. Darcy, por ejemplo, solo tenía un brazo, el otro lo perdió en el famoso «partido de críquet», un juego que organizó Tilly con sus hermanos *ad hoc,* cuyo horror estaba grabado a fuego en el recuerdo colectivo. Y en aquella ocasión no solo se perdió el brazo de Darcy, claro, sino también la mayor parte de la mitad inferior de Jimmy («No era mi mejor mitad. Al menos he conservado la trompa», decía muy estoico). Y lo peor de todo fue que a la pobre Maisie la golpearon con el bate tan fuerte que la sacaron del campo y allí la atacaron unos perros. Todos lo presenciaron, paralizados, oyendo cómo chillaba de terror. Su cuerpecito ratonil acabó hecho pedazos mientras Tilly gritaba de emoción.

—Esto no es *Toy Story,* ni mucho menos —sentenció Violet después.

—¡Al colegio! —anunció Tilly, y a todos se les encogió el corazón de miedo.

Le tenían terror al colegio, una de las muchas situaciones que la niña inventaba para ellos. Había otra que llamaba «la noche de las películas», que tenía unas normas alarmantemente cambiantes, y también estaba «la mazmorra de las torturas», un nombre lúgubre que era una definición en sí mismo. El mundo fuera de la casa era aún más impredecible y en él acechaban todo tipo de peligros, como el «partido de críquet», que ya habían recordado, u otros que sonaban muy inocentes, como «el paseo en bici» o «la vuelta en cochecito». «La caída» era simple y consistía justo en lo que parecía, al pie de la letra: los subía al desván y los tiraba por la ventana, uno por uno.

—¡Hoy vamos a hacer cuentas! —anunció Tilly como si entendiera de lo que hablaba, cuando todos sabían muy bien que les estaba «enseñando» alguien que no sabía nada.

—Es evidente que es anumérica —murmuró Jimmy.

—¡A sumar! —anunció Tilly—. ¿Cuánto es siete más cinco? Vamos, rápido.

—¿Doce? —se atrevió a decir Violet con una sonrisa algo insegura. Era peor si dudaba o, Dios no lo quisiera, si no respondía.

—¡Mal! —chilló la niña triunfante.

Todos se miraron, desconcertados. Era correcto, ¿no? Pero en el mundo de Tilly, en el que por desgracia todos estaban obligados a vivir, nunca sabían lo que era correcto o no, porque dependía exclusivamente de lo que ella quisiera. Y por esa volatilidad habían ido perdiendo el sentido de su propia realidad, de su ser.

—¡Niña tonta y estúpida! —le gritó Tilly a Violet.

Harry gimió bajito a causa del miedo. Todos conocían las señales: se estaba poniendo histérica. Parecía obtener un placer paradójico de esos ataques. Resultaba casi imposible meterse en su cabeza, porque era muy contradictoria, pero aun así pasaban mucho tiempo analizando el barómetro de su comportamiento, con la esperanza de que eso les proporcionara pistas sobre cómo evitar sus peores excesos. Aunque en ese empeño, como en todos los demás, estaban abocados al fracaso.

—¡Niña tonta y estúpida! —repitió Tilly (tenía un vocabulario muy limitado).

Se le había puesto la cara muy roja y esa ira hizo que empeorara su ceceo. «Eztúpida», decía. La tensión en la clase ya era palpable; era como esperar una tormenta eléctrica tras un día de calor horrible (y muchos de ellos estaban cubiertos de pelo). Las nubes descargaron cuando Tilly arrancó a Violet de su silla agarrándola de una oreja y la lanzó al otro lado de la habitación.

—¡Se acabó el colegio por hoy! —gritó y salió muy enfadada del cuarto.

Todos se arremolinaron nerviosos alrededor de Violet, que se incorporó para sentarse.

—No os preocupéis. —Se dio unas palmaditas en la tripa blanca y negra y bien mullida—. Estoy bien forrada, así que he rebotado en la pared.

No era cierto, claro, pero a los demás no les quedó más remedio que admirar su valentía. Era dura, una veterana curtida en muchas batallas.

—Y al menos no te ha metido en el armario —añadió Jimmy.

Todos estuvieron de acuerdo. Ese era el peor castigo. Un encierro en la oscuridad polvorienta, sin saber cuándo te iba a liberar para volver al mundo. Si es que lo hacía.

—Te has sacrificado por el equipo, Vi —reconoció Ted, dándole una palmadita de apoyo.

—Gracias, Ted.

—Y no te ha mordido —añadió Joey. Lo de las mordeduras, cuando ocurría, era horrible.

—Y siete y cinco son doce —corroboró Ted—. Tilly se ha equivocado. Todos nos hemos dado cuenta.

—Niña tonta y *eztúpida* —imitó Joey, y todos se echaron a reír, pero al instante se silenciaron unos a otros, porque a veces la niña se quedaba al otro lado de la puerta, escuchando. Pero oyeron que arrancaba el motor de un coche y Joey saltó a la ventana para ver qué pasaba—. Van a salir todos —informó.

—¿Todos? ¿Estás seguro, viejo amigo? —(Ted tenía un léxico un poco anticuado. Al fin y al cabo, pertenecía a otra era)—. ¿Tilly también?

—Sí. Pero está pataleando —contestó Jimmy, que se arrastró como pudo hasta la ventana—. Me parece que he oído la palabra *museo*.

—Madre mía, no le gustan nada los museos —recordó Darcy.

Todos eran muy conscientes de lo que le gustaba y lo que no. La oían protestar a gritos desde allí.

—La resistencia es inútil —aseguró Harry, conteniendo su ataque de satisfacción por la desgracia ajena.

Ellos tenían que presenciarlo todo, impotentes. Pero Tilly estaba en la misma situación, un giro de los acontecimientos muy interesante. Ella era una mera *Gauleiter* dentro del régimen más amplio que gobernaban «mamá y papá», también conocidos como «Sarah y Mike». Había varios estratos de autoridad por encima de ella, de los que ellos solo percibían destellos ocasionales, pero era evidente que Tilly estaba sometida al mismo régimen totalitario que les imponía a ellos. Se pasaban el día gritándole órdenes y preguntas: «Tilly, ¡ven aquí ahora mismo! Tilly, ¡deja en paz al perro! Tilly, ¿por qué está la mesa de la cocina llena de pegamento?».

—No es raro que lo pague con nosotros —comentó Livy.

Ella pertenecía a «la vieja guardia», los que estaban allí antes de que llegaran los demás («Debería estar en manos de un coleccionista», refunfuñaba a veces).

—No la disculpes. Eso no es excusa —repuso Jimmy—. Todos somos responsables de nuestras acciones. Incluso Tilly.

Casi todos tenían varios años más que la niña y la mayoría habían pertenecido a esa mamá que ya habían presentado o a su hermana (también conocida como «la bruja de mi hermana»). La procedencia de Livy databa de antes incluso, porque ella había vivido con la abuela de Sarah («Días felices», decía ella siempre). Aunque los más nuevos entre ellos (Percy, D. E. P.; Joey; o Gerry, que no era normal, fuera cual fuera la definición de la palabra) no sufrían en menor medida las indignidades y los horrores del mundo de Tilly.

—El Terror —lo llamaba Harry—. Solo nos falta la guillotina.

—Uy, no le des ideas —contestó Darcy con un estremecimiento—. Al menos vamos a estar tranquilos durante un par de horas —le dijo a Ted una vez que dejaron de oír el sonido del motor del coche.

Aunque eso no era consuelo. Ted quería tener por delante todo un futuro en el que no tuviera que volver a preocuparse.

En el colegio otra vez. Dios santo, ¿es que no había fin? Tilly tenía que empezar las clases dentro de un par de semanas y estaba muy emocionada por ello. No dejaba de parlotear sobre el tema, dando saltitos por la habitación mientras canturreaba: «Voy a ir al colegio, voy a ir al colegio».

—Seguro que su actitud cambiará en cuanto empiece —previó Harry.

—Eso espero —contestó Joey—. Quiero que sufra tanto como nos hace sufrir a nosotros.

—¿La capital de Noruega? —exclamó Tilly, imitando la voz de su madre—. ¿Alguien lo sabe?

Ted dudaba que ella tuviera ni la más mínima idea sobre ese país. Le sorprendía que hubiera oído ese nombre siquiera.

—Si no responde nadie, todos recibiréis un castigo muy duro —amenazó.

Habían oído a su padre utilizar la misma táctica cuando ella cometía alguna transgresión. Los hermanos de Tilly siempre se escudaban en ella y afirmaban: «¡Lo ha hecho Tilly! ¡Ha sido ella!» (y, para ser sinceros, casi siempre era cierto).

—¡Noruega! —rugió, golpeando el suelo con el pie de forma muy dramática.

—Oslo —se apresuró a contestar Harry.

Todos asintieron mirando a la niña, deseando que reconociera que lo que había dicho estaba bien.

Pero no sirvió de nada. Fiel a su carácter, gritó:

—¡Mal! —Y le dio una patada a Harry que lo lanzó al otro lado de la habitación—. Es París —dijo con altanería.

«Oh, Tilly, ¿dónde están tu humanidad, tu elegancia y tus modales?», pensó Ted.

Como habían predicho, Tilly aborrecía el colegio («¡Qué ironía más deliciosa!», comentó Livy) y sus padres tenían que llevarla a rastras hasta allí todas las mañanas, chillando y pataleando. Casi sentían lástima por ella. Aunque no del todo. Y de repente, un día, durante el trimestre de otoño, ella no volvió de allí. Tampoco era nada inusual.

Las jornadas de Tilly estaban llenas de cosas, porque tenía una lista interminable de actividades extraescolares: natación, piano, equitación, además de la visita semanal al «terapeuta», que parecía tener algo que ver con hablar sobre por qué era «tan traviesa». Y lo cierto era que eso solo servía para empeorar las cosas, en vez de mejorarlas.

Llegó y pasó la hora de acostarse de Tilly, pero seguía sin haber señales de ella, ni tampoco de ningún miembro de la familia. Era mitad de la semana, una noche antes de un día de colegio (conocían bien su horario), así que era poco probable que hubiera ido a dormir o a jugar a casa de algún amigo (experiencias cuyo contenido era un verdadero misterio para ellos), aunque a Harry lo habían arrastrado una vez, contra su voluntad, a una de esas citas y, cuando volvió, contó que «le había venido a la mente la familia Manson». Estuvo alterado durante varios días («Síndrome de estrés postraumático casi seguro», afirmó Jimmy).

Cayó la noche, volvió a amanecer y ya empezaron a preocuparse por ese extraño cambio en la rutina.

—¿Unas vacaciones inesperadas, tal vez? —aventuró Darcy.

—Quizás les haya tocado la lotería —sugirió Jimmy.

—O los han secuestrado unos extraterrestres —aportó Joey.

—Siempre somos los últimos en enterarnos cuando pasa algo —exclamó Violet enfadada.

Pasó otro día y por fin, al principio de la noche, un coche aparcó delante de la casa, pero, en vez de la ráfaga histérica de actividad que acompañaba a menudo al regreso de la familia, lo que notaron fue un silencio pesado y triste. El padre de Tilly estaba muy serio y con la cara cenicienta y sus hermanos, que eran muy escandalosos, estaban extrañamente pasivos. ¡Y su madre! En cuanto entró en el vestíbulo empezó a aullar, un sonido primitivo y aterrador que nunca antes habían oído, ni cuando torturaron a Percy hasta la muerte (y sus chillidos agónicos todavía hacían estragos en su memoria). Ni siquiera las emociones incontrolables de la niña habían alcanzado nunca el tono feral que tenía su madre en ese momento. Estaban todos aterrados. ¿Dónde estaba Tilly? ¿Qué le había pasado?

Un rato después apareció la madre de Tilly en el umbral de la habitación de la niña. Tenía una apariencia terrible, era como una figura sacada de la peor de las tragedias griegas. «Mamá…», repitió Trixie, entre hipos, desde un rincón, sin darse cuenta de nada.

La madre de Tilly se arrojó sobre su cama, sollozó, lloró y se puso a darle golpes como si estuviera poseída por un demonio. Entonces llegó el padre y se sentó a su lado. Todos pensaron que la frágil camita

podía hundirse, porque no estaba diseñada para soportar ese peso; incluso el de Tilly parecía demasiado a veces. Vieron que él había estado llorando también, pero en ese momento le acarició el pelo a la madre e intentó, sin éxito, calmarla. Después de lo que pareció una eternidad, ella se sentó a regañadientes y estiró el brazo para coger a uno de ellos, el que tenía más cerca, el pobrecito Joey, al que abrazó con tanta fuerza contra su pecho que estuvo a punto de asfixiarlo.

—¿Tilly está muerta? —le preguntó Darcy a Ted en silencio, sin llegar a pronunciar las palabras y con los ojos desorbitados por el horror.

«Dios», pensó Ted. ¿Qué iba a ser de ellos ahora?

*

Al final, no pasó gran cosa con ellos. A esos días los siguieron semanas de silencio total. La madre de Tilly entraba a menudo en la habitación para estirar las sábanas ya perfectas y acariciar a alguno de ellos con amor, como si intentara invocar el espíritu de su hija, algo que el cariño no conseguiría. La niña volvía a casa del colegio caminando con su madre cuando vio un perro al otro lado de la carretera, echó a correr sin pensárselo dos veces y salió de entre dos coches aparcados a la calzada («Muy típico de ella», apuntó Violet). No murió al instante, al parecer, sino que una máquina la mantuvo con vida antes de que la «apagaran» o algo así.

—Dios, ojalá hubiéramos encontrado nosotros una forma de apagarla —dijo Harry.

—Siento que esté muerta y todo eso —reconoció Jimmy—, pero no olvidemos que era una tirana.

—Sí, pero era nuestra tirana —puntualizó Darcy.

Lo que se había instalado entre ellos era una incertidumbre que resultaba muy agobiante. Se habían imaginado un declive lento, una larga infancia en la que poco a poco fueran perdiendo importancia, no ese final abrupto e inesperado que los había dejado sin su pilar.

Durante mucho tiempo pareció que la madre de Tilly estaba decidida a dejar la habitación tal cual estaba y, como no ocurría nada, todos fueron entrando en una especie de complacencia basada en el tedio.

—A veces me parece que nos hemos convertido en zombis. Los muertos durmientes —los bautizó Jimmy.

Pasaron muchos años. El padre de Tilly había desaparecido hacía

mucho («divorcio») y de repente la madre apareció con «un nuevo novio», que llegó con hijastros adultos que tenían hijos pequeños que acabaron con la paz de la habitación de la niña, a la que ya hacía mucho que se habían acostumbrado. Esos niños empezaron a lanzarlos por todas partes y a arrastrarlos por el suelo.

—Oh, no —exclamó con un hilo de voz la madre de Tilly cuando recogió el cuerpo mutilado de Jimmy—. Eran de mi hija Tilly. Les tenía mucho cariño.

—No es verdad —murmuró Violet.

—Sarah, no puedes mantener esta habitación como si fuera un santuario —dijo el nuevo novio, que entró en la habitación y cogió a Ted de una forma tan brusca que él tuvo un ataque de vértigo—. ¿Qué pasará con todo esto cuando nos mudemos? —(¿Se iban a mudar?)—. Deberías escoger unas cuantas cosas (¿Cosas?), las que más le gustaban a Tilly, sus preferidas, y deshacerte del resto, para que no se queden por ahí perdidas. —(«¡Y rima y todo. Menudo poeta!», comentó Joey).

La madre los examinó detenidamente uno por uno y, con absoluto horror, se dieron cuenta de que estaba eligiendo.

—El panda —dijo con un suspiro—, el caballo, el elefante, el oso, el canguro, la jirafa rara y todas esas muñecas. —(«¿Es que no se acordaba de sus nombres? Por todos los santos, ¿qué le pasaba a esa mujer?», pensó Ted)—. Algunos antes eran míos —añadió.

—Pobrecita Sarah —exclamó el nuevo novio y empezó a besarla (¡allí, en la habitación de Tilly!). Y los besos se volvieron más apasionados.

—No irán a… ¿Verdad? —preguntó Darcy horrorizada—. Tapadle los ojos a Joey, rápido.

Por suerte, la madre de Tilly se apartó un poco y le dijo al novio:

—Aquí no, Dave. —(«Dave», repitieron todos en un murmullo. Tenía nombre)—. Ven conmigo. —Le cogió la mano y se lo llevó.

—Menos mal —dijo Violet—. No quería tener que ver eso.

*

—Los pocos elegidos —dijo Ted con tristeza.

—Los dos elegidos —corrigió Darcy.

Todos los demás se habían ido y no sabían adónde. A tiendas de organizaciones benéficas, a mercadillos o al vertedero. Sabían que habían hecho una hoguera, pero preferían no pensar en ello. Derramaron muchas lágrimas de dolor. En ese momento «vivían», si es que a aquello se le podía llamar así, en un pequeño «dormitorio de

invitados» en la nueva casa de Dave y Sarah. Ya ni siquiera pensaban en ella como la madre de Tilly. Muy pocas veces se quedaba alguien en aquel cuarto. Habían oído de vez en cuando fragmentos de conversaciones clandestinas que daban a entender que los hijos y los nietos de Dave no «congeniaban» con Sarah, que era «difícil».

—De tal palo, tal astilla —comentó Darcy.

El silencio era opresivo y los dos sentían una nostalgia sorprendente por los días de tumbos y maltratos del pasado.

—Pero nos tenemos el uno al otro, Ted —lo consoló Darcy.

En los últimos tiempos habían intimado mucho. En su juventud él había sido un poco rebelde, un libertino («un poquito mujeriego»). Lo de fuera le parecía más importante que el interior. Pero con Darcy era diferente (y menos mal).

«Amor», pensó Ted inseguro, reacio a ponerle nombre. Hacerlo implicaba un compromiso, algo de lo que siempre había huido. Pero era lo único que les quedaba ahora.

—Tienes razón, vieja amiga —concedió.

—Y no te olvides de que hemos tenido más suerte que los otros —insistió Darcy—. *Carpe diem,* como se suele decir. Todo podría acabar mañana, nunca se sabe.

—Muy cierto.

Sonó el timbre de la puerta y, durante un breve y terrible momento, Ted creyó oír el aullido de los vientos cósmicos en medio de la negrura del vacío y se estremeció, pero recuperó la compostura.

—Perdóname —dijo—. Disculpa que sea tan pesimista.

—Ted, no me pidas perdón —contestó Darcy entre risas—. Como dijo alguien una vez: «Amor significa nunca tener que pedir perdón».

Aventura clásica 17: Crimen y castigo

—A ver si lo he entendido bien: ¿el edificio está en llamas y yo tengo que elegir entre salvar a un gato o sacar de allí la cura para el cáncer?

—Eso es —confirmó Connie.

—¿Y no hay forma de que pueda salvar las dos cosas?

—No.

—¿Y es la cura para todos los cánceres? ¿O solo para algunos?

—Para todos.

—¿Y el gato es viejo?

—¿Y qué diferencia hay? ¿Sufrirá menos cuando se queme vivo si es viejo?

Franklin se preguntó si el hipotético gato de Connie sería algún pariente lejano del de Schrödinger.

—¿Y tú no estás en el edificio? ¿Seguro? ¿Es una decisión entre esas dos cosas, el gato o el cáncer? ¿El cáncer o el gato?

—Sí.

—¿Esto es el dilema del tranvía?

—No, es el dilema del gato, Franklin.

—¿Y tú dónde estás? Solo por curiosidad.

—Estoy de pie en la acera, observándote.

Estaban en la vicaría de St Cuthbert, la iglesia del pueblo de los Kingshott. Se encontraban en una habitación pasada de moda que, si tuviera que describirla, la primera palabra que se le vendría a la mente sería la anticuada *salita*. Estaba llena de muebles opresivos de propósito indeterminado y no daba la sensación de que fuera una habitación para vivir, sino más bien para hacer tratos con Dios. O con el diablo. («Sé que esta habitación es un poco lúgubre, pero hace un frío que pela en la sacristía y hay niños asilvestrados campando por el resto de la casa», explicó el reverendo.)

Él quería tener «una charla» con ellos dos antes de oficializar su enlace nupcial y unirlos de por vida, o al menos hasta que consiguieran desunirse tras un divorcio complicado y contencioso; como hombre aficionado al juego que era, contaba con que ese sería el resultado más probable.

Llevaban prometidos solo un mes. Franklin apostó mil libras de las ganancias que obtuvo gracias al caballo parlante a un bayo menudo y con buenas trazas (pero mudo) que corría en la última carrera de

Beverley y que tenía las apuestas 10 a 1. Después salió a la calle con el paso alegre del ganador y entró en la joyería más cercana, donde compró un anillo de compromiso con un diamante. No era tan grande como el Ritz, pero tampoco tan pequeño como una semilla de sésamo, y Connie pareció más que satisfecha con él. (¿Dónde estaría el caballo parlante?, le habría gustado saber a Franklin. Había examinado con detenimiento las páginas del *Racing Post,* pero Arthelais no había vuelto a correr en ninguna carrera tras su gran triunfo. Era como si se hubiera esfumado.)

Los dos parecían estar acelerando hacia su boda con una prisa casi indecente («Tictac, tictac», decía Connie). Aquel fin de semana habían vuelto a casa de los Kingshott para hablar de los preparativos. A pesar de que ella tenía un piso propio en Leeds, parecía pasar la mayor parte de su tiempo en casa de sus padres, donde su dormitorio seguía siendo un santuario de su anterior yo: las escarapelas del Pony Club, fotos enmarcadas de su mascota Miffy y un estante lleno de muñecas con la cara redonda, blanca e inexpresiva.

Franklin se preguntó cuántos fines de semana tendría que pasar en *chez* Kingshott si se casaba con Connie. Muchos, sospechaba, mientras se acercaba al momento del juicio final. («¿"Si"? ¿No querrás decir "cuando"?», preguntó ella con tranquilidad.)

Una mano invisible y desconocida había hecho *scones* («Mi mujer cocina fatal, me temo», reconoció el reverendo sin acritud) y había té en una tetera, que el párroco sirvió en dos tazas adornadas con rosas. Franklin nunca antes se había imaginado tomando el té en una vicaría, aunque, si lo hubiera hecho, habría sido justo de esa forma. No le habría extrañado ni lo más mínimo que en cualquier momento pasara por allí delante la señorita Marple en su bicicleta.

St Cuthbert era una iglesia muy pintoresca y ya tenía reservadas todas las fechas para las bodas del año siguiente, pero el reverendo («Llamadme Matthew») había conseguido «hacerles un hueco», porque mami era una feligresa muy asidua y trabajadora y también por las horas de misa que había ido acumulando Connie a lo largo de los años para poder aspirar con todas las de la ley a tener una boda por la iglesia. Era la única de las hijas de los Kingshott que iba de vez en cuando a los servicios religiosos y decía que se sentía «casi cristiana».

—Bien, vamos al grano —empezó el reverendo («Matthew, por favor»)—. Primero un poco de organización. —Sacó un formulario que parecía oficial—. ¿Tu nombre completo, Franklin? —preguntó confiado y con el boli preparado.

—¿Faustus? —Un leve ceño apareció en la cara de Connie, siempre tan imperturbable—. ¿Tu nombre de pila es «Faustus»? No me lo

habías contado.

—¿Faustus Franklin Fletcher? —leyó el reverendo («Llamadme Matthew»)—. ¿Tres efes?

—Es un nombre que viene del latín —explicó él, intentando que no pareciera que estaba a la defensiva—. Faustus significa afortunado.

—Pero nadie se llama Faustus —comentó Connie.

—Yo sí.

—Desafortunadamente… ¿Estás seguro? ¿Faustus? ¿En serio?

Franklin suspiró. ¿Hacía falta que hiciera esos aspavientos tan histriónicos? No era más que un nombre. Había empezado a preguntarse si de verdad le gustaba Connie. (¿Importaba eso?). Tal vez era todo consecuencia de su afición al teatro *amateur*; al parecer, el año anterior, en el pueblo, hizo una Gwendolen muy convincente en una representación de *La importancia de llamarse Ernesto*. El señor Kingshott representó el papel de lady Bracknell (alarmante) y recibió muchos elogios.

El reverendo carraspeó bajito.

—¿El nombre supone un problema? —le preguntó a Connie, con una sonrisa comprensiva en la cara y el bolígrafo esperando, de repente un poco vacilante, cuando antes lo había acercado al papel con decisión.

—¿Lo es? —preguntó ella en voz alta y dándole a la cuestión más vueltas de las que Franklin pensaba que merecía.

Él cogió un *scone* del plato que tenía delante y se entretuvo poniéndole mantequilla y mermelada, que era casera, pero estaba un poco tiesa porque tenía un tiempo. Y no estaba tan buena como parecía; de hecho, estaba malísima. Podría ser incluso un elemento de atrezo.

—Solo es un nombre —insistió, mirando a Connie con la boca llena por culpa de un bocado intragable del *scone*—. Hay un personaje de ficción con el mismo nombre que vendió su alma al diablo, sí, pero eso no lo convierte en un mal nombre en sí mismo. Piensa en Aleister Crowley… La gente sigue poniéndoles ese nombre a sus hijos.

—¿Y tú lo has hecho? —preguntó el reverendo, mirándolo con interés, ya que había entrado en su área de especialización profesional—. ¿Le has vendido tu alma al diablo, Franklin?

—No, claro que no. —¿O sí? Puede que lo hiciera en un momento de distracción, de ebriedad o de simple descuido («Claro, dime dónde tengo que firmar. ¿En esta línea de puntos? Pues ya está. ¿Puedo ayudarte en algo más?»)—. No —repitió obstinado—. Seguro.

El reverendo («¡Matthew!») pareció decepcionado por su respuesta.

—Tengo un colega que bautizó a un bebé con el nombre de Ikea el

año pasado, por si sirve de ayuda —añadió.

—Me temo que no —respondió Connie. Después miró a Franklin—. ¿En qué crees que estaba pensando tu madre cuando te puso un nombre así?

—En nada, diría yo —respondió—. Lo de pensar no es lo suyo. —Se revolvió un poco en el sofá demasiado mullido y la taza se tambaleó peligrosamente sobre su platillo.

Lo que su madre pensó fue: «No sé por qué no me dejan tomar morfina, si la voy a pagar. Muy típico de Guy lo de no hacer testamento. Podría vender mi historia a los periódicos: "TRAS LA TRAGEDIA, LA VIUDA DEL *PLAYBOY* DA A LUZ A SU HEREDERO". ¿Y cómo lo voy a llamar? Debe ser algo que lo haga destacar entre el rebaño en general. Algo clásico, operístico, dramático. Ahí viene el doctor simpático otra vez. Tiene las manos calientes. Me preguntó cómo se llamara. Doctor Faustus, ¿en serio?».

O algo así, supuso Franklin, conociendo a su madre.

—¿Seguimos entonces? —preguntó el reverendo con el tono animoso que utiliza alguien que está acostumbrado a encontrar la forma de avanzar siempre, incluso en las difíciles reuniones del consejo parroquial—. Podemos rellenar el formulario ahora y dejar las implicaciones faustianas para después. ¿Nombre de tu padre? —le preguntó a Franklin con una sonrisa.

—Guy Fletcher.

—¿El famoso Guy Fletcher? —preguntó el reverendo, sonriendo de oreja a oreja solo de pensarlo—. ¿El piloto de carreras?

—Sí, ese Guy Fletcher —admitió a regañadientes.

—Qué tragedia. Pero tuvo una vida muy glamurosa… Aquel a quien los dioses aman y demás. Y estaba casado con aquella… —Miró la luz que llegaba desde el techo, como si le fuera a sugerir la palabra adecuada.

«Mujerzuela», sugirió Franklin mentalmente.

Connie todavía no había conocido a su madre y él tenía intención de retrasar ese preocupante encuentro todo lo posible. Solo pensar en la presencia de su madre en su boda le producía un terror febril. La única seguridad que tenía al respecto era que acabaría mal. Había imaginado varias situaciones diferentes, cada cual más aterradora que la anterior, en las que su madre se exhibía de forma poco apropiada para el estilo de vida de aquellos *haut bourgeois*. En esas imágenes mentales siempre la veía borracha y desatada, con un sombrero de Philip Treacy, y en la mayoría seducía al menos a uno de los Kingshott (era poco probable que le funcionara con mami, aunque ese sería el menor de los males).

Solo había una cosa que estaba seguro que no iba a hacer: quedarse sentada con actitud recatada durante la misa y después entablar una conversación educada y agradable con los invitados a la boda, antes de anunciar que ya hacía rato que había pasado su hora de irse a dormir, despedirse con cariño de todos y subirse muy circunspecta a un coche que la estaría esperando para sacarla para siempre de sus vidas, dejando al heterogéneo grupo cotilleando en murmullos («Mucho más elegante de lo que nadie se podía imaginar… Qué modales más exquisitos… Es evidente que la prensa se ha cebado con ella, pero los medios británicos son así», etcétera).

El reverendo se inclinó hacia delante, con las manos unidas en una súplica genuina.

—¿Estás segura, Connie, de que quieres casarte con Franklin?

Se produjo un silencio sorprendentemente largo antes de que ella respondiera:

—Segurísima. Por supuesto.

Él supuso que, si había una tetera chejoviana al inicio de la escena, era porque alguien la iba a utilizar antes del final, así que no se extrañó en absoluto cuando Connie levantó la pesada pieza con esos brazos reforzados por la práctica del *netball* y preguntó:

—¿Más té, reverendo?

—¡El almuerzo está casi listo! —anunció la señora Kingshott con una alegría un poco exagerada cuando Franklin entró en la cocina para ir a buscar algo que le había pedido su futuro suegro («Tráeme otra botella de jerez de la cocina, ¿quieres, muchacho?»).

—¿Qué tal Matthew? —preguntó la señora Kingshott casi sin aliento—. Estará encantado, supongo. Estoy preparando salmón. Y vamos a comer en el jardín.

Tenía un hematoma inquietante en la mejilla y un tobillo vendado. Cuando llegaron les dijo que había tenido «un pequeño accidente» unos días antes.

—¡Qué torpe soy!

—Pobre mami, se dio un buen golpe —explicó Connie—. Se tropezó cuando estaba paseando a Kerry. —La perra los miró con una estudiada expresión de inocencia.

Pero, según Patience, la señora Kingshott se había resbalado al salir de la bañera. Franklin pensó que Faith, que era especialista en accidentes y urgencias, debía saber la verdadera causa de las heridas de su madre, pero ella se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, ya sabes cómo es mami.

—La verdad es que no —confesó él.

Había un salmón entero en la mesa de la cocina listo para el sacrificio, con un ojo apagado fijo en Franklin. Faith estaba cubriéndolo de rodajas de pepino sin prestar mucha atención a lo que hacía. Él dedujo que pretendía imitar la forma de las escamas. Faith tenía las uñas sucias, como si hubiera estado removiendo tierra con las manos, tal vez esperando desenterrar a los muertos. Era imposible creer que ella salvaba vidas todos los días; resultaba más fácil pensar que era una vampira que había encontrado un lugar excepcionalmente cómodo para trabajar. Franklin confiaba en no verse nunca en una posición en la que ella tuviera que someterlo a algún procedimiento médico.

La enorme cocina de gas de seis puertas que mami trataba con una mezcla de adoración y servidumbre (una relación parecida a la que tenía con el señor Kingshott) añadía calor a aquel día de verano ya de por sí abrasador. Para compensar, todas las ventanas de la cocina estaban abiertas de par en par, lo que permitía una insistente invasión de avispas, atraídas por el olor dulzón, que lo invadía todo, de las *pavlovas* de melocotón que mami había preparado antes y que estaban escondidas en la nevera.

Faith abandonó el salmón, se acercó a Franklin con unos extraños pasos de baile, como de samba, y le ofreció una rodaja de pepino.

—No, gracias —respondió.

Pero ella insistió y se la metió en la boca como si estuviera echando una carta a un buzón reticente. Para hacerlo tuvo que ponerse de puntillas (era una mujer diminuta, aunque en realidad era más ave rapaz que mujer). Ladeó la cabeza, lo miró a los ojos y se pasó la lengua por los labios despacio. La última vez que Franklin había visto a una mujer hacer eso fue en una pantalla enorme, cuando entró en la sala de cine que tenían Ed y Patrick en el sótano de su casa de Bristol y se los encontró viendo porno; demasiado colocados para mostrar verdadero interés por lo que estaba pasando ante ellos, se entretenían tirándole palomitas a la pantalla y soltando exclamaciones de disgusto de vez en cuando, como si esperaran que los diálogos fueran más inteligentes.

Se dio cuenta de que Faith estaba demasiado cerca, tanto que resultaba incómodo. Le vino a la mente un recuerdo desagradable de su visita anterior, cuando se quedó a dormir en el desván y tuvo que escapar de sus garras salvajes. Para evitarla se vio obligado a pasar el resto de la noche encerrado en uno de los muchos baños de la casa de los Kingshott. Mientras procesaba aquel recuerdo, ella, sin previo aviso, le subió la camiseta y le puso una mano sobre la piel del pecho, como si lo estuviera examinando. No le habría extrañado que sacara

un estetoscopio de alguna parte. Franklin se apartó, intentando huir, pero acabó pegado al fogón, que estaba ardiendo. La gran asa de hierro del electrodoméstico se le clavaba en los riñones, algo muy incómodo. Estaba atrapado entre la espada y la pared. Escila y Caribdis. La sartén y las brasas. La inmolación y la fe.

—Pero ¿qué haces? —preguntó, intentando por todos los medios zafarse de ella.

—¿A ti qué te parece? —respondió Faith, haciendo un mohín que parodiaba otro de coquetería. Estaría como pez en el agua en *Green Acres,* donde había un nutrido grupo de mujeres locas, adictas al sexo y asesinas viviendo en Merrydown, sin las que todas las líneas argumentales dejarían de tener sentido.

Lo salvó la aparición repentina y apresurada de la señora Kingshott, que estaba tan concentrada en el salmón que Franklin podría haber estado en pleno acto sexual atlético, con sus tres hijas a la vez, en el suelo de la cocina y ella ni se habría dado cuenta.

Faith se apartó con agilidad y dijo:

—Le estaba diciendo a Frankie que debería ayudarme a sacar los platos en vez de quedarse ahí plantado de cháchara.

—Ajá. —Fue lo único que dijo mami.

—¿Saco el elefante de la nevera y me pongo a adornarlo? —preguntó Faith de broma.

—Ajá —repitió su madre.

—¿Puedo ayudar en algo? —le preguntó Franklin a la señora Kingshott con amabilidad.

Ella sacudió la cabeza con aire trágico, a punto de negarse, pero al final dijo:

—Eres muy amable. ¿Te importaría cortarme un limón en rodajas?

—Claro que no —accedió él.

Ella le tendió un cuchillo sujetándolo con delicadeza por la hoja, algo que parecía peligroso, sobre todo en su caso.

—Ha llegado el momento de que conozcas a la madre de mami —anunció Connie.

Por su tono, Franklin sospechó que se le venía encima un nuevo horror. Ella le cogió la mano y lo arrastró hasta el otro extremo del césped, donde esperaba una mujer menuda y arrugada vestida de Chanel de pies a cabeza («Ah, la matriarca. Es muy *comme il faut*», dijo Patience muy seria). Ciertamente, a la madre de mami parecía que la habían embalsamado siglos atrás, pero lo miró con unos ojos atentos y brillantes.

—Abuelita, este es Franklin, mi prometido.

Se sintió conmovido por el orgullo que notó en la voz de Connie. De verdad que era una persona encantadora.

—¿Este es? —preguntó la madre de mami con tono de duda.

Ella se rio y exclamó con tono alegre:

—¡Oh, abuelita!

La madre de mami no se parecía en nada a mami. Mientras esta última era una persona un poco indefinida, su madre era como un cajón lleno de cuchillos. Le prestó a Franklin el interés justo para pedirle:

—¿Me traes un martini, por favor? —Como si fuera una mezcla de camarero y perro.

—Claro —respondió él, tan dispuesto como el *golden retriever* que había recibido el nombre de la amante del padre.

Mientras cruzaba el césped en dirección a la casa, le llegaron las detalladas instrucciones de la anciana:

—Bombay Blue Sapphire, Cinzano Bianco extraseco y remover.

Franklin tuvo que buscar por toda la casa hasta que por fin encontró, sobre la piedra fría del suelo de la despensa, la selección olvidada de licores. Los Kingshott eran aficionados al vino; el padre tenía «una muy buena bodega» que estaba en algún lugar de las entrañas de la casa, con la temperatura controlada. A mami le habían prohibido entrar allí después de que rompiera, sin querer, varias botellas de Château Mouton Rothschild de 1903 («Creo que estaba limpiando el polvo», explicó Connie).

Franklin consiguió encontrar una botella de ginebra Hendrick's y otra de Cinzano Rosso y estaba considerando qué sería peor, si no seguir las instrucciones de la madre de mami o no llevarle el cóctel, cuando mami en persona entró cojeando en la despensa. Le sonrió y asintió. Y continuó haciéndolo durante unos instantes mientras los dos se quedaban allí sin decir nada.

—¿La ayudo a coger algo? —preguntó por fin. Tratarla como a una inválida le parecía lo más adecuado, incluso aunque no hubiera sufrido las lesiones que tenía.

Ella le sonrió con tristeza y dijo:

—No, no hace falta, Franklin. ¿Bombay Blue Sapphire? —dijo cuando él le contó su dilema—. ¿Para el martini de mami? En la cocina. Arriba a la izquierda —añadió. Al parecer, había renunciado a las partes más complejas del discurso. Parecía alguien que se había quedado sin fuelle—. Mi mami querida… —consiguió añadir, aunque era innecesario.

—¿Quiere que le prepare una copa también? —se ofreció él. ¿Sería sensato darle alcohol a la señora Kingshott con el montón de fármacos

con receta que tomaba?

—Tal vez una copita de ron —contestó tras pensarlo un poco.

—¿Ron? —preguntó Franklin, sorprendido. No le parecía el tipo de bebida que se tomara en Yorkshire.

—Papi estuvo en la Marina —dijo la señora Kingshott como si eso lo explicara todo («¿Tu abuelo estuvo en la Marina?», le preguntó a Connie después. «Ajá, sí; creo que era almirante o algo así», contestó ella)—. ¿No te apetece uno a ti? —ofreció la señora Kingshott, así que se sirvió una copa de un ron que tenía el color del alquitrán, más por acompañar a mami que porque le apeteciera. Ella acercó su vaso al de Franklin para brindar y dijo—: En la Marina tienen un brindis para cada día de la semana.

—No lo sabía —confesó.

—Y hoy es sábado. —La señora Kingshott arrugó la cara un momento—. Por las amantes y las esposas, para que nunca se conozcan —soltó.

—Claro —apoyó Franklin, esperando que Kerry no tuviera intención de aparecer por allí sacudiendo su pelo rubio.

Brindó con la señora Kingshott y contempló, alucinado, como se bebía el ron de un trago, como una verdadera loba de mar.

El señor Kingshott sacó el salmón al jardín con mucha ceremonia y el resto de la familia salió tras él. La madre iba cojeando como podía en la retaguardia con Kerry. Cuando todos se sentaron a la mesa, ella comentó:

—Siempre que tengo que abrir un salmón o una trucha, pienso que me voy a encontrar dentro un anillo mágico.

La madre de mami rio entre dientes con desdén.

—¿Un qué? —preguntó Franklin.

—Un anillo mágico —le susurró la señora Kingshott para evitar el fino oído de murciélago de su madre—. Cuando te lo cambias de una mano a la otra, aparece un zorro mágico que hace todo lo que le pidas. O tal vez lo que había que hacer era frotarlo, no me acuerdo, la verdad.

—¿Y el zorro habla? —preguntó Franklin, que sentía genuino interés por la respuesta.

—En mi experiencia, tienden a… —empezó a decir mami.

Pero el señor Kingshott la cortó:

—Oh, cállate, Prue.

*

—La tía Jefferson y el señor Bray —dijo mami.

—Y toda la sección de cuerda —añadió Patience.

Franklin tardó un rato en darse cuenta de que estaban hablando de su boda. Connie tenía una lista de invitados interminable, algo nada sorprendente, llena de Kingshott, amigos y adláteres de la familia y una amplia colección de tías, primos y medio primos procedentes de todas las costas de Gran Bretaña y más allá. También había que añadir a los colegas del señor Kingshott, a la antigua profesora de piano de Connie, al veterinario local («Se portó muy bien cuando murió Miffy»), prácticamente todos los que habían trabajado alguna vez en el West Yorkshire Playhouse, la mitad de la orquesta de Patience y una buena parte del personal del hospital donde trabajaba Faith. ¿Y por parte de Franklin? Nadie. En absoluto. Tenía amigos, pero no eran de esos que quieres que vayan a tu boda.

Le gustaba imaginar que en el condado natal de su madre había tíos, tías y primos desconocidos. Serían personas de lo más ordinario: primos que trabajaban en oficinas o tiendas, conducían taxis o ayudaban a nacer a niños; tíos que ponían su propio papel pintado y tenían huerto; tías que llevaban zapatos Footglove, hacían tartas Victoria y tendían la colada en el jardín trasero; tías abuelas con tobillos gigantes que hacían tapetitos de ganchillo para los aparadores y conocían el valor del amor y el dinero. Todos existían en alguna parte, esperando a que él los encontrara y dejara que lo apretujaran contra su cómodo pecho colectivo («¿Por qué demonios ibas a querer tú relacionarte con gente ordinaria?», preguntaba su madre, perpleja).

—Bueno, está tu madre —le recordó Connie.

—Sí —reconoció—, está mi madre.

Franklin se arrepentía de haber sumido a su madre en un coma ficticio antes de conocer a Connie. Un coma era algo muy conveniente para olvidarse de la gente durante un tiempo. Lo habían hecho en *Green Acres* con Malvina Berry, la maquiavélica amante rechazada del emprendedor local Cameron Althrop, para retrasar el momento de su venganza, cuando revelaría su secreto más profundo y oscuro. Aparte de proporcionar un necesario aumento de la tensión dramática, le daba al equipo de guionistas un poco de tiempo para pensar en qué secreto tan profundo y oscuro podría Cameron haberle ocultado tan bien durante todos esos años a todo el mundo, incluido su hermano gemelo idéntico, Carstairs. Aunque, claro, ambos se habían reencontrado hacía muy poco, porque hasta entonces no supieron de la existencia del otro. Carstairs creció en Tasmania, en una familia formada por un pastor metodista y su mujer, lo que le daba una mejor base moral que a Cameron, a quien criaron un despiadado ejecutivo

de la City y su tercera mujer, mucho más joven que él, que lo sedujo cuando todavía era menor…

Connie interrumpió los pensamientos de Franklin preguntándole con sinceridad si creía que el verde sería un color adecuado para las damas de honor o daría mala suerte.

Solo había dos damas de honor, Faith y Patience, y a Connie le molestaba un poco que fueran tan diferentes en altura.

—Podrías cortarle los pies a Patience —sugirió Franklin.

—O estirar a Faith —contestó Connie con total normalidad.

La señora Kingshott se levantó de la mesa de repente y dijo con voz áspera:

—Debería haber tres damas de honor.

Connie extendió la mano e intentó convencerla de que se sentara de nuevo.

—Vamos, mami —dijo Faith con un tono extraño y suave—. No te alteres.

—Siéntate —ordenó el señor Kingshott—. Y no empieces con esas tonterías otra vez.

—Sí, compórtate, hija —añadió la madre de mami.

La señora Kingshott estaba de pie muy tensa y con los ojos desorbitados, como una figura terrible sacada de una tragedia griega. Un trueno resonó en el cielo, muy oportuno para aumentar el efecto dramático, y un segundo después los cielos se abrieron y todos tuvieron que volver corriendo adentro. La *pavlova* se quedó allí, deshaciéndose bajo la lluvia, y las rodajas de melocotón recordaban a peces varados y arrastrados por las olas.

—¿De qué iba eso? —preguntó Franklin después.

—De Hope —contestó Connie.

—¿Hope?

—Nuestra hermana, la más pequeña. Murió de meningitis cuando tenía tres años. Mami quiso llevarla al hospital, pero papi dijo que no era nada, solo una fiebre, y que estaba exagerando. La niña falleció en los brazos de mi madre.

—Es terrible —exclamó Franklin, que acababa de enterarse de esa tragedia.

—Sí —dijo Connie—. Lo es, ¿verdad? Papi es un bestia. No tienes ni idea —añadió, mirando al infinito.

—Pues tendremos que jugar dentro —exclamó Connie sin perder la sonrisa.

Él se estremeció al pensar en lo que eso podría significar, pero al parecer solo se refería a una despiadada partida de Cluedo entre todas las mujeres Kingshott. El padre se retiró a la penumbra de la biblioteca y Franklin, a quien no se le ocurría nada más aburrido que ese juego, también puso una excusa y se quedó dormido en el sofá. Habían tomado mucho vino, jerez, ron y solo Dios sabía qué más. Era casi como si lo hubieran drogado.

Cuando se despertó, el salón estaba vacío. No había señales de ninguna de las Kingshott ni del Cluedo. Le pareció que era tarde y se preguntó cuánto tiempo habría dormido. El reloj de la repisa decía que eran las ocho, pero le extrañaba que nadie lo hubiera despertado antes para que participara en otra ronda interminable de comida y bebida.

La casa era como el barco fantasma Mary Celeste, no se veían señales de vida por ninguna parte. Franklin fue de una habitación a otra, gritando de vez en cuando «¿Hola?» al vacío. ¿Habían salido todos? ¿Los habrían abducido los extraterrestres?

La única habitación donde no había entrado a buscar era la biblioteca. Se detuvo un segundo ante la puerta cerrada. La idea de molestar al patriarca Kingshott en su guarida lo ponía nervioso. Pegó la oreja a la puerta. No se oía nada dentro. Tal vez había abandonado el barco con el resto de la familia. Franklin llamó bajito dos veces y, como no hubo respuesta, giró el picaporte despacio, casi esperando encontrar dentro a todas las esposas de Barbazul colgando de ganchos de carnicero.

Empujó la puerta de la biblioteca con más cautela aún de la que habría empleado otra persona. Una vez, mucho tiempo atrás, estuvo en un restaurante de París comiendo con su madre y un grupo de amigas. Una de ellas le pidió que fuera a ver dónde se había metido su madre y él dejó la mesa y se fue trotando por las escaleras que llevaban al baño, que ya sabía dónde estaba porque había ido antes. Pero, cuando abrió la puerta del diminuto espacio, se la encontró empotrada contra el elegante papel de pared, decorado con enredaderas y rosas, por la fuerza de un hombre desconocido que tenía los pantalones del traje por los tobillos y una extraña expresión de desesperación en la cara. «Ahora no, cariño», le dijo su madre a Franklin. Parecía que le faltaba el aire, pero, aun así, con esa sangre fría que la caracterizaba, consiguió guiñarle un ojo (de una forma que resultó innecesariamente conspiratoria) y añadió: «Mami está ocupada». Él volvió al comedor e informó de lo que se había encontrado. Una de las amigas de su madre soltó una fuerte carcajada.

Y otra casi ronroneó: *«Oh, il est mignon, n'est-ce pas?»*.

No había nada. Un leve olor en el aire a hierro, sal y algo un poco rancio.

Y un pie. Un pie muy pequeño que asomaba por detrás del escritorio, cubierto por un calcetín de lana beis y con un mocasín de color tostado hecho a mano que se parecía mucho a los que llevaba el señor Kingshott la última vez que lo vio.

Se acercó al escritorio y descubrió que el pie estaba todavía unido al resto del señor Kingshott (menos mal). Por desgracia, tenía un cuchillo sobresaliendo del pecho, justo en el lugar donde estaba el corazón. Le pareció una muerte muy irónica para un hombre que se había pasado la vida clavando hojas afiladas en el corazón de otras personas.

El señor Kingshott tenía los ojos abiertos, tan fijos y apagados como los del salmón muerto. Esa escena parecía sacada del Cluedo, pensó Franklin: el señor Kingshott en la biblioteca con la daga. Aunque no era ese tipo de arma exactamente, sino un cuchillo pequeño y afilado, muy parecido al que él había utilizado antes para cortar el limón, cuando se lo pidió la señora Kingshott.

Notó que se le pegaban los pies a la alfombra y se dio cuenta de que estaba pisando la sangre del hombre. Sintió náuseas. Sabía que debería llamar a la policía, pero todavía tenía el cerebro atontado. ¿Lo habrían drogado? Seguro que Faith tenía conocimientos sobre narcóticos.

Volvió al pasillo y estaba metiendo con torpeza la mano en el bolsillo para sacar su móvil cuando la puerta principal se abrió de par en par y entraron corriendo varios policías, seguidos de todas las mujeres Kingshott, incluso la madre de mami.

—Es él —exclamó Patience, señalando a Franklin con mucho dramatismo.

—Sí, es él sin duda —corroboró Connie—. Lleva semanas acosándome. Me sigue a todas partes.

Era una actriz muy convincente, reconoció él.

—Tenemos fotos —aseguró Patience con su estilo más comedido.

Era como estar en medio de una obra de teatro *amateur*. *Ha llegado un inspector*. Patience sacó el teléfono y abrió una carpeta de fotografías. Franklin consiguió verlas por encima del hombro de uno de los policías. Todas eran de él, en diferentes lugares que reconoció, pero en ellas daba la impresión de que estaba acechando a Connie.

—Intentaba alcanzarla, no la iba siguiendo —protestó—. Es que camina muy rápido.

Uno de los policías le dedicó una mirada de lástima.

—Papi intentó que parara —aportó Connie.

—Y por eso lo ha matado —sentenció Faith—. Es evidente.

Franklin recordó a Faith metiéndose en su cama la primera vez que visitó esa casa. Los arañazos y los mordiscos, ¿cuántas muestras de ADN habría conseguido obtener de él?

Y acababa de pisar la sangre del señor Kingshott y se veían huellas ensangrentadas que marcaban todo el camino que había hecho desde donde estaba el cuerpo. ¿Y el cuchillo? Recordó la delicada forma en que se lo dio la señora Kingshott, cogiéndolo por la hoja para que no hubiera más huellas en el mango que las suyas.

—Creía que me querías —le dijo Franklin a Connie. Sonaba ridículo incluso para sus oídos.

—Delira —le comentó Patience a los policías.

—Creo que el término médico es *erotomanía* —añadió Faith—. Soy médico. Por desgracia, muchas veces acaba en violencia.

—¡No les hagan caso! —gritó él—. ¡No he sido yo!

—Como en un libro de Agatha Christie —añadió Connie.

Tenía la mano apoyada en el vientre, como si estuviera protegiendo algo que tenía dentro. Le había parecido que estaba un poco rellenita en los últimos tiempos, pero ¿podría ser que estuviera…?

De repente apareció Kerry, la tardía entrada dramática de una figurante sin frase.

Miró a Franklin, le enseñó los dientes y le gruñó. Todos se quedaron mirándola durante un segundo, perplejos.

—Si los perros hablaran… —dejó caer Patience.

—A ella se le da muy bien juzgar el carácter de las personas —apoyó Connie.

—¿Señora Kingshott? —dijo uno de los policías y se volvió hacia mami, como si ella tuviera el voto decisivo sobre el futuro de Franklin.

La señora Kingshott lo miró a la cara y suspiró muy profundamente.

—Me temo que todo es cierto —aseguró—. Nos ha estado dando muchos dolores de cabeza.

Las cinco mujeres se quedaron de pie en el umbral, mirando cómo metían a Franklin en el coche patrulla. Para entonces el lugar se había llenado de gente; había más personas allí que en todo el elenco de *Green Acres*.

Cuando el coche se alejó, Franklin miró atrás y vio que mami levantaba una mano discretamente y se despedía de él agitando su pañuelo.

Cachorritos y arcoíris

Las habían elegido a ella y a esa vieja actriz inglesa que se llama Phoebe no sé qué. ¿Hart-Williams? ¿HillWest? Skylar nunca se acordaba. Phoebe no sé qué era enorme, como un sapo viejo y grande, y en el set, entre tomas, se sentaba en un rincón y hacía algún tipo de labor de costura («Punto de cruz. Deberías probarlo, querida. Es muy relajante»). No importaba de quién se tratara: tanto si eras la estrella de la película como un personaje de relleno al que no se le veía la cara, para ella siempre eras «querida». A Skylar la ponía de los nervios. Phoebe, o como se llamara, era *dame* del Imperio británico y siempre le decía a todos los que estaban por allí: «Oh, por favor, no hace falta que utilicéis el título. No tengo nada de especial», pero, cuando no la llamabas «*dame* Phoebe», notabas que le daban ganas de clavarte algo en el ojo.

Todas las mañanas Skylar tenía que estar en maquillaje y peluquería a las cinco. Solo colocarle la peluca llevaba una hora. Estaba rodando un drama de época, una historia del siglo XVIII sobre una pasión frustrada, basada en una novela que ella no había leído: *La chica perdida.* Había oído al tercer ayudante de dirección decir que debería llamarse *La chica tetona,* un comentario muy grosero, en su opinión. Ella siempre era muy educada. Su madre le había inculcado la importancia de los buenos modales. Y sí, tenía «el busto» bastante «generoso» (así lo describía *dame* Phoebe y a Skylar no le parecía menos grosero que lo otro) gracias a que se lo había pagado ella con el dinero que ganó por hacer un anuncio de Dr Pepper cuando tenía dieciséis años. A *dame* Phoebe el busto, también más que generoso, le colgaba prácticamente hasta las rodillas, así que ella no era quien para decir nada. Skylar ya era muy mayor (veinticinco) y esperaba que, si llegaba a ser tan vieja como *dame* Phoebe, alguien tuviera la deferencia de pegarle un tiro.

Bostezó y eso hizo que la maquilladora tuviera que parar de arreglarle el pintalabios. Estaba muy cansada. Llevaba tiempo haciendo una película detrás de otra sin parar, porque se encontraba en la cresta de la ola en ese momento. «Todo el mundo te quiere», no dejaba de decirle su mánager, Marty. Sí, claro, más bien todos los que ganaban dinero a costa de ella, él el primero. En el espejo vio a su ayudante (¿Christie? ¿Kirsty?), que la sonreía animosa. Llevaba en la

mano el paraguas más grande que había visto Skylar en su vida.

—¿Está preparada ya, señorita Schiller?

Ella suspiró y sacó pecho. Se tomó un *chai latte* y un par de pastillas de Ritalin y listo. El Ritalin la ayudaba a seguir delgada y la mantenía despierta. ¿Qué más se le podía pedir a una pastilla?

Estaban en exteriores, en un lugar en medio de la nada (¿Yorkshire? Era no-sé-qué-shire). No tenía muy claro dónde se encontraba, pero nunca dejaba de llover. El día anterior habían rodado una escena en la que Skylar tenía que bajar una colina a caballo en dirección a la gran mansión llevando un vestido del tamaño de una carpa de circo. Y tenía que llorar mientras cabalgaba. Después debía desmontar e ir corriendo hacia *dame* Phoebe (que hacía de su abuela), que estaría de pie en los escalones de entrada a la casa. No podían entrar. A Skylar le habría gustado ver el interior, pero ni siquiera su publicista pudo convencer a los dueños.

Las lágrimas de Skylar debían ser, según su director: «Una mezcla de alegría y alivio, con un toque de tristeza y arrepentimiento por lo que podría haber sido». ¡Todo eso encima de un caballo además! ¡Bajo la lluvia! ¡Montada a mujeriegas! Pero ¿qué se creía que era ella? («Una actriz, querida», contestó *dame* Phoebe.)

El guion decía que el animal iba galopando, pero acordaron que sería más bien una especie de trote, porque a Skylar los caballos le daban terror. Había tenido un accidente con ellos en un rodaje cuando era adolescente y estuvo a punto de romperse el cuello. No había podido dejar los analgésicos desde entonces.

Y aquel era enorme. Era muy bueno (ella le daba a escondidas un montón de terrones de azúcar aunque se lo hubieran prohibido, para que siguiera así), pero descomunal. Skylar medía apenas uno sesenta y pesaba bastante menos de cuarenta y cinco kilos. En pantalla se la veía gigante, claro, pero su madre había estado dándole pastillas adelgazantes para que no engordara desde que ganó el concurso de belleza Sweet Pea Pageant de Augusta, cuando no era más que un mico.

Se negaron a drogar al caballo, así que ella tuvo que atiborrarse de Xanax y la sujetaron entre el entrenador del animal y el jefe de especialistas. Y tuvieron que repetir muchas veces por culpa de la lluvia y de la expresión petrificada de Skylar. Al final decidieron olvidarse del caballo y bajó corriendo por la colina sin más (aunque no era nada fácil con ese vestido), pero todos estuvieron de acuerdo en que eso quedaba mejor. Todos menos el director, pero ¿qué sabía él? Era, como decían tanto en aquel país, un memo. Su última película

había salido solo en DVD y a Skylar no le sorprendería que con esa ocurriera lo mismo. «El estudio necesita desgravar impuestos y, chica, creo que te ha tocado», le dijo Marshall. («No le hagas caso a ese gilipollas. Va esparciendo su veneno por todas partes y ahora se está cebando contigo», le dijo Marty. Era capaz de hablar muy bien cuando quería.)

Marshall era su amigo. Mucho tiempo atrás, en la época de Britney. Había sido actor infantil también y Mouseketeer, es decir, parte del elenco del *Mickey Mouse Club*. Entonces le pagaban solo para estar con Skylar y evitar que se muriera de aburrimiento; además, si no estaba su estilista, no se le daba mal ayudarla a elegir ropa. Y era su farmacia ambulante, por supuesto, aunque la mayoría de lo que tomaba ella eran medicamentos con receta. Tenía un médico estupendo en casa, en Los Ángeles, que la escuchaba de verdad y le daba todo tipo de pastillas que la ayudaban a aguantar todo el día.

En la película, Skylar hacía de una prostituta que en realidad era una heredera, solo que no lo sabía (hasta el final muy pero que muy feliz), porque la habían intercambiado al nacer, cuando su madre murió, dejándole solo un guardapelo para identificarla (al final lo haría Phoebe, su abuela, etcétera). Harry, el agente de Skylar, le dijo que debía hacer la película para «capitalizar» ese acento que «tantísimo tiempo» le había costado lograr. Lo tuvo que aprender porque en su última película también era inglesa («Todos los actores importantes de Hollywood hacen de ingleses. Es la única forma de conseguir un Óscar», aseguraba Harry). Hacía de espía en la II Guerra Mundial. Todo muy trágico, etcétera. Y rodaron toda la película en Hungría. *En tiempos de locura,* se titulaba (¡y sí que fue una locura!). Al final la ataban a un poste y la ejecutaba un pelotón de fusilamiento. Tuvieron que hacer veintidós tomas de la ejecución. Después de tantas, la expresión de sufrimiento de su cara era real. Oyó decir al director de fotografía: «Si llegamos a tener que volver a prepararlo todo una vez más, me habría pegado un tiro yo». Pero qué falta de modales.

El estreno era esa noche en Leicester Square. Era lo último que le apetecía a Skylar, pero todo el mundo decía que iba ser una película importante (no como esa que estaba rodando, seguro). Londres estaba cerca, así que habían alquilado un helicóptero para que la llevara a la ciudad.

«Venderte a la prensa es algo que va con el trabajo, querida», decía *dame* Phoebe. ¡Como si Skylar, precisamente, no lo supiera muy bien!

Ella siempre decía cosas como «Dios nos ama» (o algo así) o «Estoy hecha una vieja decrépita», mientras que el director no paraba de

divagar sobre lo fantástica que era su cara, que tenía «mucho carácter».

Eso del «carácter» lo decía porque era vieja. Skylar no necesitaba tener carácter.

Todos (excepto Skylar) adoraban a Phoebe. Decían que era «un tesoro nacional», como si fuera una de las joyas de la Corona (ella había estado en la Torre de Londres, una visita especial fuera del horario habitual que alguien le había organizado, y aquello era una pasada). Siempre que alguien necesitaba una reina inglesa en una película, llamaban a Phoebe («Oh, Dios, sí, querida, he hecho de todas. Las dos Isabeles, Victoria, María I de Escocia, Ana Bolena… Cuando era más joven, claro»). Por la forma en que se comportaba, cualquiera diría que de verdad era de la realeza.

—Me calma los nervios —le explicó *dame* Phoebe a Skylar, blandiendo su labor de costura. Era una funda de cojín con una gran rosa rosada. Ya estaba casi terminada y, si la mirabas fijamente, era como si la flor te envolviera y te atrapara—. Tú has tenido problemas de nervios, ¿no, querida? —insistió. Su forma de mencionarlo tenía una intención muy pero que muy maliciosa, en opinión de Skylar.

—Sí, agotamiento nervioso. Eso es lo que me diagnosticaron cuando me hospitalizaron —confesó Skylar (lo publicó toda la prensa, no tenía sentido negarlo)—. Pero el agotamiento nervioso no es un problema de nervios —aclaró.

Todo el mundo sabía que *agotamiento nervioso* significaba que estabas todo el día empastillada o borracha. Pero ella se recuperó. Dos semanas en una clínica de Arizona y de nuevo lista para cualquier cosa. Otra vez.

«¿Has oído alguna vez eso de que cualquier publicidad es buena publicidad, Skylar? Pues no es del todo cierto. No te viene bien tener cierta reputación de cara al estudio. Mira lo que le pasó a Lindsay. Deberías cortarte con lo de las fiestas», le aconsejó Marty. No había fiestas allí, en aquel entorno rural perdido de la mano de Dios. Su doble de acción (sí, tenía una doble, y no, ella no podía hacer lo del galope del caballo porque el director era un nazi del realismo) y su *coach* de pronunciación (estaba en el set todo el tiempo; era como estar otra vez en el colegio) quisieron llevarla a un pub de por allí la noche anterior, pero ella prefirió tomarse dos pastillas de Ambien y hablar con su madre por teléfono hasta que se quedó dormida.

El hotel donde se alojaba ni siquiera tenía servicio de habitaciones veinticuatro horas. De hecho, no contaba con ese servicio en general, pero la ayudante de Skylar habló con alguien y accedieron a subirle ensaladas un poco mustias y patatas fritas a su habitación. Su

entrenador personal decía que no debía comer patatas, pero a ella le daba igual. Entrenador que, por cierto, había ido hasta allí, hasta no-sé-qué-shire, para nada, porque Skylar no tenía tiempo para entrenar. Ni tampoco para hacer nada. Así que el entrenador personal estaba allí solo para costarle dinero a ella. Como muchos otros.

—Agotamiento nervioso… Claro, querida —continuó—. Rectifico. Qué tonta. Podría traerte un patrón. O un poco de lana…

—Vaya, eso sería genial, Phoebe.

Skylar preferiría clavarse agujas en los ojos. No tenía intención de hacer enormes flores rosas de punto de cruz en fundas de cojín. Solo pensarlo la volvía loca. O «majareta», como decían allí. Jaja. Entre tomas prefería irse a su caravana, echar a todo el mundo, tomarse un par de vicodinas y ver capítulos de *Los días de nuestras vidas* en unos DVD que su madre le había grabado (había costado muchísimo encontrarle un reproductor).

Ella estuvo en aquella serie durante un año, cuando tenía trece, haciendo de una niña fugitiva. Eso fue tras años siendo modelo. «La chica del anuncio de Crisco», la llamaba su madre, aunque lo cierto fue que perdió ese papel porque prefirieron a una chica de tipo Scarlett Johansson. Puede que fuera incluso la verdadera Scarlett. Para ser alguien con tan poco pasado, parecía que había muchísimas cosas de él que no recordaba. *Los días de nuestras vidas* las sacó a su madre y a ella por fin y para siempre del parque de caravanas y mamá también pudo dejar el supermercado Piggly Wiggly. En la actualidad era agente inmobiliaria, llevaba pintalabios rojo para trabajar todos los días y tenía una casa muy bonita en Orange County, todo gracias a ella. «No menciones lo del parque de caravanas en las entrevistas, Skylar», le aconsejó Marty. Pero ¿por qué no? Escapar de un lugar así era el sueño americano y ella era el prototipo de chica estadounidense. Todo el mundo lo decía.

No acabaron hasta las cinco. Skylar necesitaba peinarse y maquillarse, elegir uno de los vestidos que le había traído su estilista y estar en Leicester Square para el estreno de *En tiempos de locura* a las ocho.

Su ayudante llevaba un paraguas enorme que sostuvo sobre su cabeza mientras iba de la caravana al coche que la llevaría al aeropuerto.

—Que se lo pase bien, señorita Schiller —le deseó la chica cuando subió al coche.

—Sí, gracias, Kirsty.

—Es Kylie, señorita Schiller. Pero no importa, puede llamarme como quiera.

Le recordaba a ella cuando era más joven. Estaba tan desesperada por agradar que no le importaba que la llamaran cualquier cosa. ¡Un error! Decidió que le iba a regalar a Kylie algo muy bonito cuando acabaran el rodaje. Tenía un bolso Birkin que le había dado alguien y que valía una fortuna, pero que no usaba porque ya tenía tres. Y nunca se arreglaba mucho en su vida normal. Prefería ponerse vaqueros cortados y zapatillas de deporte e ir con el pelo despeinado. «No dejes que nadie te vea así», advirtió Marty. Pero ¿por qué no? ¿En serio?

«¡Skylar! ¡Skylar! ¡Aquí, Skylar!… ¡Skylar, Skylar, mira aquí!… ¡Skylar, mírame, cariño!»

Te acostumbrabas a eso. Iba con el trabajo, como diría Phoebe. Su coprotagonista (gay, casado, idiota) cruzó la alfombra roja a su lado, apoyándole la mano en la parte baja de la espalda. Se suponía que iba a hacer ese recorrido sola. Harry y Marty se iban a poner furiosos. En la película, Skylar y el idiota estaban juntos en la Resistencia. Los mataban a ambos. En aquella guerra no repartían cachorritos y arcoíris, estaba claro.

Ella llevaba un vestido de Stella McCartney diminuto y un par de zapatos sin puntera de Louboutin que eran medio número más del que necesitaba. Se había tomado una Oxicodona y media botella de champán antes de salir del hotel y eso le había proporcionado una sensación de ligereza muy agradable. Se pasó la mayor parte de la película durmiendo a pesar de que Marty la pellizcaba por un lado y Harry por el otro y, antes de que se diera cuenta, estaban otra vez en el hotel Dorchester para la fiesta posterior al estreno. Marshall también estaba allí, gracias a Dios, y le dio un Adderall para que aguantara el tirón.

Marty y Harry estaban bastante contentos con la película y todo el mundo decía sin parar lo bien que estaba ella. Aunque la verdad era que siempre decían eso. Flirteó un poco con muchos tíos y entonces apareció uno que le dijo:

—¿Te conozco?

Era inglés de verdad, de los buenos. Cuando era pequeña, su madre tuvo que mantener tres trabajos para permitirse un *coach* de dicción para «sacar a la fuerza a Georgia de lo más profundo de Skylar» y con él hizo muchos ejercicios como el de «La lluvia en Sevilla es una maravilla». Ella pensó que le serviría para *En tiempos de locura,* pero el *coach* de dicción de aquella película (otro amigo de Hitler) le dijo: «Olvide todo lo que le hayan enseñado, señorita Schiller». Como si fuera posible.

El tipo inglés de verdad, de los buenos, seguía plantado ante ella como un pasmarote, arrugando la frente como un mal actor, y continuó:

—Estoy seguro de haberte visto en alguna parte.

Así que contestó:

—Soy Skylar Schiller… —Lo dijo con mucha educación, pero ¿cómo podía él no saber quién era cuando había pasado las últimas dos horas mirando su cara ampliada muchísimas veces? (Aunque, claro, iba disfrazada de espía y, según la película, no era una ocupación glamurosa. Nada que ver con un nombramiento honorífico del Imperio británico.)

El hombre tenía una cara común, pero había algo en él que le resultaba familiar.

Se echó a reír y dijo:

—No, no, no, estaba de broma. Claro que sé quién eres… Dios, tendría que haber estado viviendo en el Polo Norte durante los dos últimos años para no saber quién eres. Soy un gran fan y me preocupé mucho cuando te ingresaron en el hospital, ¿ya estás mejor? ¿Y te apellidas Schiller, como el poeta?

¡Y dijo todo eso sin pararse un segundo a respirar! Mucha gente allí, en Inglaterra, le preguntaba por ese escritor (y no, Skylar no tenía ningún parentesco con él), pero nunca se lo había mencionado nadie en Estados Unidos. Enseguida él se puso a hablar de nuevo:

—*Alle Menschen werden Brüder* y todo eso —soltó.

Se puso tan rojo como una gamba cuando ella le sonrió y le dijo:

—Sí, estoy de acuerdo. —Era cierto que los ingleses hablaban un idioma diferente a los estadounidenses.

Ella miró alrededor buscando a Marshall para que fuera a rescatarla cuando vio a *dame* Phoebe, que había aparecido como de la nada. Iba vestida como si hubiera estado implicada en un terrible accidente en una fábrica de tejido, con pedazos de chifón colgando por todas partes. Sonrió mostrando sus horribles dientes amarillos (¿es que no había ortodoncistas en ese país?).

—¿Ya te han presentado formalmente a su alteza real? —dijo.

Skylar se quedó tan perpleja que, si la hubieran rozado con una pluma, se habría caído redonda.

—Yo conocí a su madre, claro —continuó *dame* Phoebe antes de alejarse, aferrándose a su vaso de ginebra como si fuera una tabla de güija improvisada.

¿Se suponía que debía hacerle una reverencia? Inclinó la cabeza un poco, por si acaso.

—Vaya, príncipe… —¿Cuál de ellos era? ¿El que iba a ser rey algún

día o el otro? De repente se dio cuenta de que tenía en la boca una gran bola de chicle y no le pareció apropiado para hablar (posiblemente) con el futuro rey de Inglaterra.

—Príncipe Alfred, pero llámeme Alfie.

—Vaya, príncipe Alfie… No sabía que le permitieran ir al cine y esas cosas. —Uf, qué frase más tonta, Skylar, una estupidez.

—Nos dejan salir de vez en cuando —contestó entre risas—. Y es Alfie sin más.

—Vale, Alfie sin más.

—Soy un gran fan, ¿ya lo he dicho?

—Sí. —Le parecía mucho más atractivo desde que sabía que era de la realeza.

—Skylar me recuerda a *skylark,* alondra en inglés —continuó.

—Pero sin la segunda k —señaló ella.

—Creía que era rubia —comentó, señalándole la melena.

—No soy nada en realidad. Lo que los demás quieran que sea —explicó.

—Hum… Yo también —reconoció—. ¿Le parece bien que salgamos de aquí? ¿Vamos a un club nocturno o algo?

—La gente hablará —apuntó ella, de repente inexplicablemente nerviosa.

—Ya están hablando —aseguró él.

—Tengo que estar de vuelta en casa a medianoche o me convertiré en una calabaza —respondió Skylar. Quería que él pensara que era graciosa. O interesante. O algo.

—Creo que es el carruaje el que se convierte en calabaza —corrigió—. Tenemos uno igual —dejó caer, pero después le tendió el brazo y preguntó—: ¿Nos vamos?

¿Quién había permitido que pasara eso? ¿Cómo había acabado en el set de un culebrón otra vez? Se había pasado la vida en un sitio como ese y de repente estaba de nuevo en esa situación. Pero no tenía que actuar, menos mal, solo estaba de visita. Era un día de mal tiempo (aunque todos eran así, al menos por lo que ella veía) y no pudieron rodar, así que Phoebe propuso: «Oh, querida, estamos muy cerca de donde se rueda *Green Acres.* Tenemos que ir al set a hacerles una visita». Al parecer ella tenía un papel de estrella invitada en esa serie y aparecía de forma recurrente. Grababan en un pueblo todavía más en medio de la nada que el suyo, rodeado de ovejas por todas partes.

«Ven, que te lo enseñe todo», se ofreció un chico guapo que era productor. Frank o algo por el estilo (Franklin). *Dame* Phoebe se puso furiosa porque el elenco se mostró muy impresionado porque había

ido a verlos una verdadera estrella de cine. Skylar nunca podía ser anónima. Y eso afectaba para mal al final. Incluso antes. Fue al baño y se tomó un par de pastillas que ni siquiera estaba segura de qué eran.

El chico mono la convenció para que hiciera de extra sin frase en una escena en el pub (El Perro y la Rata, pero ¿qué nombre era ese?). Lo único que tenía que hacer era quedarse sentada en el fondo y sujetar un vaso de agua fingiendo que era vodka (lo habitual era que fuera justo al revés) mientras a su alrededor la gente se peleaba («¡No ha hecho más que empezar!»).

—Excelente, señorita Schiller —exclamó el chico cuando cortaron—. Podría conseguir un trabajo en la serie cuando quisiera.

Era divertido, además de mono, y se preguntó si le pediría su número de teléfono (ella se lo daría, decidió en ese instante) cuando sonó su móvil y, qué casualidad, era él.

—No estoy lejos —aseguró—. Acabo de inaugurar un nuevo centro de investigación agrícola. ¿Te parece bien que envíe un coche a buscarte?

—Claro —contestó. ¡Como si se le fuera a ocurrir decirle que no!

Él no era el heredero, era «el repuesto». Eso significaba que, si su hermano, el príncipe Kenneth, moría, Alfie acabaría siendo el rey. Así que estaba solo a un diminuto paso. Aunque, claro, el viejo rey, su padre el rey Harold («Papá»), tendría que morir primero. Después de Alfie, estaba no sé qué primo loco y pedófilo de su padre («la línea de sucesión», se denominaba). Kenneth y Alfie no podían viajar en el mismo avión porque nadie quería que heredara el trono el primo loco si el aeroplano se caía y acababa ardiendo. Todo se había escrito en piedra mil años atrás.

A Skylar le parecía muy interesante; estar con Alfie era como pasar el rato con la historia viviente. Además, era divertido, no como Kenneth, que era muy serio, como si ya llevara el peso de esa corona antigua y enorme sobre la cabeza. No conoció al rey porque estaba fuera, de gira por alguna parte, pero sí fue a una cena oficial, donde ella quedó camuflada (ese fue el término que eligió Alfie) por la presencia de muchas otras celebridades. La sentaron entre el ministro de Exteriores y un hombre que hacía esculturas enormes con basura. La cubertería era de oro.

Tenían que meterla y sacarla a escondidas de palacio (¡el palacio era impresionante!). No se lo había dicho a su madre todavía, porque Alfie decía que era muy importante que su amor fuera un secreto y, si ella se enteraba, no tardaría en aparecer en la portada de la revista *Enquirer* abriendo su bocaza y hablando de «la reina Skylar».

Terminaron el rodaje. Por fin. Y la lluvia paró. Skylar tenía dos semanas enteras solo para ella. Y casualmente Alfie tenía libres esas dos mismas semanas. Estaba en el Ejército. Acababa de terminar su formación como soldado, después la haría en la Marina y, para terminar, estudiaría para ser piloto. Era como si todo el mundo esperara que tuviera que librar una guerra él solo.

Él la coló en la ópera; menudo sitio. Tenían un palco y ella se puso una peluca y gafas y se sentó detrás.

—¿No te encanta la ópera? —preguntó él.

—Claro que sí —contestó, aunque nunca había visto una. Aquella se titulaba *La Traviata* y trataba de una chica que se sacrificaba para salvar a un hombre porque su padre se lo pedía. O algo por el estilo (aprovechó para echarse una siesta).

El verano inglés parecía ser una época muy ajetreada para la gente como Kenneth, Alfie y sus amigos: no hacían más que salir a pasear en barco e ir a carreras de caballos y fiestas en jardines, algo que a Skylar le sonó divertido, pero él le quitó la idea de la cabeza: «Dios, no quiero ir luciéndote por ahí toda la temporada como si fueras un poni de exposición. Te quiero para mí solo». Así que se fueron juntos y se alojaron en una casa que él llamaba «la cabaña», pero que ella habría denominado palacete, en «una de nuestras propiedades» (le llevó un rato entender qué quería decir con eso).

Skylar no se molestó ni en maquillarse. Llevaba vaqueros o nada. Ni siquiera necesitó pastillas, solo un par de vicodinas de vez en cuando. Una mujer (¿Sonia? ¿Sylvia?) iba todos los días en un enorme SUV y les dejaba la comida en la cocina. También pasaba alguien a limpiar, pero no hacía nada de ruido, para que ni siquiera se dieran cuenta de que estaba allí. Había guardaespaldas, pero sabían cómo fundirse con el paisaje y ser invisibles. Nada que ver con el suyo, que era un gigante y se había enfadado porque ella le había dado unos días libres. La había salvado un par de veces, pero no era Kevin Costner (¡le encantaba esa película!).

Hubo mucho sexo y, cuando se cansaban, se iban al bosque y disparaban a cosas. Skylar tenía buena puntería, le había enseñado a disparar uno de sus padrastros, que se llamaba Hoyt, pero se negaba a matar nada que fuera tan bonito como un ciervo, así que se limitaban a usar latas como diana.

—Eres buena —reconoció Alfie—. Entre los dos podríamos conquistar el mundo.

Le gustaba despertarse cada mañana y ver la cara alegre de Alfie mirándola. Él siempre se despertaba temprano; decía que Eton había tenido ese efecto en él. Eton era un colegio. Resultaba curioso como,

cuando le coges mucho cariño a alguien, empiezas a verlo incluso guapo. Ella empezó a imaginarse que podía ser así siempre. Se casarían, tendrían principitos y princesitas y Skylar se vestiría con *tweed* y tal vez incluso aprendería a hacer punto de cruz. O (aún mejor) podría llevárselo con ella a Los Ángeles y allí conducirían su Spyder con la capota bajada y aparcarían en Mullholland para ver los atardeceres teñidos de neón.

Y entonces, una mañana, Skylar, completamente desnuda, fue a abrirle la puerta a Sonia/Sylvia y, en un abrir y cerrar de ojos, al día siguiente su foto apareció en la portada de uno de los periódicos que les trajo uno de los guardaespaldas. «EL NIDITO DE AMOR DEL PRÍNCIPE», decía el titular. Pero había mucho más.

Se produjo un gran revuelo (problemas con la seguridad de la familia real: «Al príncipe Alfred podían haberle disparado con un arma, no con una cámara», etcétera), pero hubo muchas más columnas dedicadas a ella, como no podía ser de otra manera. Alfie se enfadó mucho.

—No me dejan tener nada —exclamó—. Ni siquiera a ti.

—Sobre todo no a mí —puntualizó Skylar.

De repente todo se convirtió en una locura y ambos estaban en todos los periódicos y revistas de celebridades. Ella pensaba que era famosa antes, pero después de aquello todo se descontroló. Tuvo que apagar su móvil porque no dejaba de sonar. La llamaron Marty, Harry, Marshall, su madre y cientos de personas que dependían de ella.

Sus dos semanas se acabaron. Se suponía que tenía que volver a Los Ángeles porque ya había empezado el rodaje de su nueva película. Alfie tenía que embarcarse en alguna parte. En vez de eso se atrincheraron en «la propiedad de Sandringham», como criminales.

—No podemos quedarnos aquí para siempre —le dijo Skylar a Alfie.

—¿Por qué no? —preguntó él y ella no pudo más que sentirse muy triste, porque sabía que quería de verdad quedarse allí para siempre con ella, pero era consciente de que no podía.

Entonces Skylar volvió a abrir la puerta, completamente vestida esta vez (había aprendido la lección), y ¿a quién se encontró en el umbral? Al rey en persona. No un sirviente, ni un lacayo, ni un guardaespaldas (aunque estaba segura de que los observaban desde algún lugar fuera de la vista).

—¿Puedo entrar? —preguntó. ¡Como si la casa no fuera suya!

—Claro, su majestad —respondió Skylar (había estado aprendiendo todos los tratamientos adecuados. Por si acaso)—. Alfie está en la bañera. ¿Quiere que vaya a buscarlo?

Al parecer, había ido hasta allí a verla a ella. Quería «hablar» de cómo «se estaba deshonrando» a la monarquía y de que las cosas ya eran bastante difíciles para ellos sin «ese tipo de escándalos». Era agradable, le cayó bien, porque se dio cuenta de que no quería hacerla sentir mal. Pero lo hizo.

—Vaya, su majestad —respondió—. Solo somos dos jóvenes que se quieren, no deberíamos tener que enfrentarnos al mundo entero. —Era una frase de una película de adolescentes que hizo tiempo atrás, pero supuso que colaría, porque seguro que el rey no la había visto.

Llevaba un maletín; buscó algo en su interior, sacó un DVD que parecía virgen y dijo:

—¿Sabes lo que tengo aquí?

—¿Un DVD virgen?

—No, me temo que tiene una película grabada, señorita Schiller. Estos son algunos fotogramas —dijo mientras rebuscaba en el maletín otra vez. Le dio una carpeta con fotografías y continuó—: ¿Las reconoce?

No era más que una película. Mucha gente empezaba así en la industria. Cierto era que solo tenía quince años y que mintió sobre su edad. Fue justo antes del anuncio de Dr Pepper, cuando creía que nunca iba a llegar a ser famosa. Y, bueno, el sexo de la película era real, pero tampoco es que no lo hubiera hecho antes («Por lo menos que te paguen por ello», dijo su madre), y no era para distribución pública, solo para un tío rico que quería protagonizar su propio espectáculo porno y no le importaba pagar mucho dinero por el privilegio de tirarse a Skylar en todas las habitaciones de su casa (y era bastante grande). Sí, vale, algunas cosas no eran muy agradables. La vida no era agradable siempre, ¿verdad? Y después ella borró ese recuerdo de su cabeza, pero de repente el rey de Inglaterra, nada menos, se lo estaba recordando con imágenes. Y no eran bonitas. (¿Habría visto todo el material? ¿La escena del baño?)

—Puedo hacer que lo guarden en un cajón —aseguró—. A nosotros también nos conviene. Pero solo si renuncia a la relación. Y, créame, señorita Schiller, lo digo sabiendo que les causará mucho dolor a ambos.

—¿Tenemos que sacrificar nuestro amor? —preguntó Skylar, otra frase de la película. La de adolescentes, no la porno.

Para cuando Alfie salió de la bañera, su padre ya se había ido y ella se vio obligada a decirle que ya no lo quería. Y, solo cuando dijo esas palabras y vio que se le descomponía la cara como la de un niño pequeño, se dio cuenta de que eran mentira. El amor le atenazó el corazón. Había oído que eso dolía y, al parecer, era cierto. ¿Quién lo

diría?

Era una especie de día festivo en Inglaterra y ponían *101 dálmatas* en la televisión por la tarde. Skylar y Marshall la estaban viendo en la habitación de su hotel. Él se había portado como un buen amigo. Los guardaespaldas la acompañaron a Londres y la dejaron en un hotel «muy discreto de Kensington», como dijo uno de ellos. Iba a coger un vuelo para marcharse al día siguiente. Tanto Marty como Harry dijeron que estarían en Los Ángeles para recogerla y que tendría que ir directa al set a la mañana siguiente. Sonaba como si la fueran a encerrar y ellos fueran sus carceleros. Más o menos lo que iba a pasar, ¿no?

Y su todopoderosa majestad no fue capaz de hacer que guardaran nada, porque cortes de «aquella película» empezaron a correr por todo internet. Al parecer se titulaba *El barón* (Skylar no sabía ni que tenía título) y todo el mundo se preguntaba quién era el aristócrata del título, pero ella recordaba que así era como él llamaba a su instrumento.

—¿Te refieres a su pene? —preguntó Marshall mientras se encendía un porro. Ella no fumaba esas cosas, no creía en lo de tomar drogas.

—¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

Todo era muy vergonzoso y horrible. Se tomó un par de Xanax y, cuando esos no le hicieron efecto, otros dos. Y bebieron mucho champán antes de que vencieran a Cruella de Vil. Marshall le dio unas cuantas oxicodonas y después le pidió al servicio de habitaciones filete con patatas y más champán y acompañaron la comida con un par de pastillas de Adderall. Entonces él se echó a dormir en un extremo de la cama gigante de Skylar y ella se tomó un par de Ambien y llamó a su madre, pero no estaba. Se quedó dormida antes de que acabara el mensaje del contestador. Estaba muy cansada. Cansadísima.

Se sintió muy cómoda. Como si no tuviera preocupaciones y alguien la estuviera cuidando. Y era cierto: la estaba cuidando mucha gente, enfermeras y médicos, y se dio cuenta de que todos querían lo mejor para ella. Estaba enganchada a una máquina. Oía el pitido y el siseo. Le encantaba ese aparato. Su madre estaba allí. Harry y Marty entraban y salían. Marshall fue con ella en la ambulancia, pero Marty lo echó después. Kylie, su ayudante, también estuvo allí y Skylar recordó que no le regaló el Birkin al final del rodaje y se sintió mal por ello. Esperó que eso no fuera algo que echarle en cara.

Oyó la voz teatral de *dame* Phoebe, que exclamaba: «Pobre niña», y

una de las enfermeras diciendo: «Un placer conocerla, señorita Hope-Waters, soy una gran fan».

Él no fue. Alfie. Skylar supuso que no se lo permitieron. Habría ido si hubiera podido, estaba segura. Lo amaba. Era una realidad que vivía en su interior y la llenaba de luz.

Supuso que se estaba muriendo.

¡Pero no murió! ¡Menuda escena habría sido aquella para una película! Fue directa a rehabilitación y el coste, por primera vez, salió del diez por ciento que se llevaban Harry y Marty.

En lo que respectaba a los estudios, ella había quedado vetada para siempre. Si no hubiera conocido al príncipe, su vida tal vez habría sido distinta (o no). El Vacío se llevó al príncipe Kenneth y al rey Harold al mismo tiempo, mientras estaban en un acto saludando al público, así que el príncipe Alfie se convirtió en rey al final. Si no les hubieran prohibido su amor, ella sería la reina Skylar.

A veces pensaba en el chico mono que conoció en el set de aquella telenovela (*Green* no sé qué). Ese era el tipo de tío con el que debería estar. Estaba haciendo una película de una asesina/vampira en México («¡Olé!») cuando llegó el Vacío, así que se quedó atrapada allí. Sin amigos y sin familia. Fue un cierto alivio. Vivía junto a la playa, adoptó un cachorrito y se quedó a la espera de los arcoíris, pero estaban rodando muchísimas películas en México entonces, así que no le faltaba trabajo. Su madre habría estado orgullosa de ella.

Génesis

Una gaviota.

Una avispa.

Una abeja. «Donde la abeja liba, allí libo yo» (no era cierto. Además, era físicamente imposible).

Una paloma.

Dos cuervos.

Una nube pequeña e inofensiva.

Kitty estaba haciendo un inventario de todo lo que pasaba sobre su cabeza sin darse mucha cuenta de ello. Le gustaban las listas: los ganadores del programa *Strictly Come Dancing,* las capitales del mundo, los coches rojos que pasaban, los números primos (esa lista seguía y seguía), todos los poemas que se habían escrito. Ovejas. Cuando te enfrentas al caos y al apocalipsis, resulta satisfactorio clasificar y contar las cosas. A pesar de que desde fuera su naturaleza se percibía como caprichosa, Kitty creía tener en secreto alma de bibliotecaria. Llevaba estancada en los treinta años tanto tiempo que le parecía toda una vida, pero sentía que esa edad le sentaba bien. Algunas mañanas creía que estaba a punto de toparse con algo grande. Otras solo se despertaba con resaca y en la cama de un extraño.

Una paloma.

Una gaviota. La misma de antes, casi seguro. Aunque no había forma de saberlo; todas se parecían mucho.

Palabras, palabras, palabras. Al principio fue la palabra y la palabra engendró el flujo de consciencia. ¿Se podía ahogar a alguien en un flujo de consciencia? ¿Cómo sería un mundo sin palabras?, fantaseó Kitty. ¿Cómo sería un pensamiento (o una gaviota, por ejemplo) si no hubiera una palabra para describirlo? Un perro lo sabría, supuso, pero tampoco podría decírselo, a menos que el animal pudiera hablar, y para eso tendría que usar palabras, así que… Bostezó, cansada de su propio argumento.

Kitty trabajaba en una industria en la que las palabras lo eran todo: «el mundo de la publicidad», como si ocupara un planeta por sí solo. Habría preferido trabajar en otro, uno de zorros que se comportaran como caballeros, por ejemplo. Un mundo de trenes de vapor. Uno en el que cayeran rubíes y diamantes de los largos rizos de misteriosas princesas encantadas. Pero la publicidad era lo que había elegido

basándose en que, si la civilización iba camino de su final (¡y así era!), sería mejor para ella estar en el lugar adecuado para ser testigo de su último gemido de afectación.

Una golondrina. Otra golondrina. Otra. Y otra.

Un avión (EasyJet).

Una abeja. «Mientras dormitaba entre las rosas, Cupido no vio una abeja; pero, al picarle esta en un dedo, gritó con gran vehemencia.»

Kitty también estaba dormitando en una tumbona de mimbre en el jardín descuidado de su madre, sin que nadie la picara ni la invitara a hacerlo tampoco. Era más una jungla que un jardín, para ser sinceros (cosa que ella no era casi nunca). La madre de Kitty afirmaba haber visto a un tigre merodeando por el bosque de helechos que cubrían la valla del fondo, pero, para qué negarlo, su madre no decía más que mentiras. No estaba allí, por suerte; se había ido a no sé qué retiro de «crecimiento espiritual» en la India. Su resistencia a envejecer le resultaba irritante.

El respaldo de la tumbona estaba muy inclinado, casi horizontal, de forma que lo único que veía Kitty, a menos que algo pasara volando (o flotando, si se trataba de una pequeña nube inofensiva), era el cielo azul del verano, enmarcado aquí y allá por las ramas de los enormes árboles que protegían el jardín. Un sicómoro, un abedul plateado, un saúco. ¿Un haya? No estaba segura. Un acebo, sin duda. Kitty era disciplinada y solo añadía a la lista lo que estaba en su campo de visión. Sabía que había un enorme ciprés elevándose detrás de ella, pero, como no lo veía, no lo podía contar. «Esto fue el paraíso una vez», dijo su madre, pero estaba hablando, claro, de antes de que llegara ella. El paraíso se perdió mucho tiempo atrás.

Una abeja. «¡Abeja, te estoy esperando!» La poesía no era más que una cuestión de matices, pero Kitty se lo perdonaba porque amenazaba la trascendencia. Se preguntó si…

¡Madre mía, una abeja enorme! Era como un B52, zumbaba muy fuerte y la lastraba el botín dorado que llevaba en las alforjas. «El pedigrí de la miel no concierne a la abeja.» ¿Sería eso cierto? ¿O solo una presunción por parte de Emily Dickinson? Ella era una persona dogmática a pesar de erigirse como la reina del matiz.

Una bandada de palomas volando en forma de punta de flecha, dirigiéndose a alguna misteriosa misión.

Un avión (Virgin).

Una avispa.

Una avioneta.

Dos golondrinas, tres patos en formación, cuatro gaviotas, cinco anillos de oro, como decía la canción. No, en serio, solo era una

mariposa. Del tipo almirante rojo.

A juzgar por el sol (¿Alguien querría que lo juzgara él? ¿Sería justo?), debían de ser ya las cuatro. Era un domingo cálido y Kitty notó por primera vez el olor ahumado de la carne que se asaba en las barbacoas. El mundo se terminaba, pero en el Edén residencial (o Hampstead Garden Suburb, como lo llamaban algunos) se brindaba con cálices llenos de *prosecco* que después se consumían sin control. Gracias a Dios que al día siguiente era lunes, pensó. A diferencia de los fines de semana, los lunes no fingían ser algo que no eran.

Un gruñido profundo y gutural llegó desde donde estaban los helechos. Kitty lo ignoró conscientemente.

¡Un globo aerostático! Su propia (y literal) trascendencia quedaba empañada por el hecho de que lucía los colores y el logotipo de una gran compañía de seguros. Aun así, tenía que reconocerle el elemento sorpresa.

—Nunca conseguirás subirme a mí en uno de esos —comentó su madre.

—Has vuelto —contestó Kitty.

—Sí —confirmó ella.

El metro dio una sacudida inesperada y al hombre que estaba sentado a su lado se le derramó parte del contenido del vaso que tenía en la mano sobre el teclado de su portátil.

—Madre de Dios —exclamó enfadado, lo que demostró al mismo tiempo que era irlandés y casi seguro que no practicante.

—Es «hermana» en realidad —respondió Kitty y le pasó un pañuelo de papel para que absorbiera con él el café—. Hermana de Dios.

De «un dios», en concreto, no de «El Dios». La mayúscula era solo una apropiación cultural. Ya no hay un «Dios», como tal… Terrible, pero cierto. Así es la vida, como dijo alguien.

El hombre evitó por todos los medios el contacto visual, pensando seguramente que estaba loca, y ni siquiera le dio las gracias por su ayuda. Se bajó en Holborn y, cuando el tren salió despacio de la estación, Kitty vio que tiraba el pañuelo al andén. Si el cielo existiera (no era así, pero resultaba una idea maravillosa), cuando la gente llegara ante las puertas del paraíso y le mostraran la balanza, un pañuelo tirado con descuido sería algo que haría que se inclinara. Las cosas pequeñas contaban. Una abeja trabajadora, una hoja verde, una diminuta golondrina. Un pañuelo que antes fue un árbol. «Todos talados, talados, talados.»

Primogenitura. Una palabra maligna. Significaba que su hermano menor, que era idiota, era quien tendría en sus manos toda la

pirotecnia, quien colgaría el globo del sol y la linterna de la luna y salpicaría el firmamento con brillantes estrellas sin darse ni cuenta de la poesía que encerraba todo, solo interesado en los grandes estruendos y explosiones. Era un vago descuidado; ¿cómo se explicaban si no los mosquitos o la peste negra? ¡Los plásticos! ¿Por qué había permitido eso? ¿O el motor de combustión interna? Era una cosa muy masculina. Le gusta el *Call of Duty,* el heavy metal y los Cheestrings, ¿a qué dios le gustaba eso? A uno muy desastroso, no se podía decir de otra manera. La rivalidad entre hermanos había gobernado toda su existencia, pero aun así Kitty sabía que lo haría mucho mejor en todos los aspectos. Si ella se encargara de las cosas, la creación habría sido algo muy ordenado y habría hecho que los millones de microbios y amebas se unieran de formas coherentes. Su hermano apenas sabía sumar dos y dos. Además, la última vez se le olvidaron los ratones.

Salió del metro en Piccadilly Circus y la recibieron las enormes pantallas con sus luces parpadeando, como si quisieran trasmitirle un mensaje en código morse. Ella lo tenía un poco oxidado porque lo aprendió mucho tiempo atrás, en una guerra, pero consiguió descifrar un fragmento enigmático: «Tú estás aquí ahora». ¿Qué significaba eso? Nadie más se había fijado. La gente se había acostumbrado a que la electricidad se comportara de forma errática: breves cortes que alarmaban durante unos segundos y después quedaban olvidados. Pequeños problemas técnicos en la matriz.

Hacía ya tiempo que había señales y presagios por todas partes, si sabías detectarlos. Una luna de sangre muy grande la noche anterior y un amanecer rojo ardiente que había despertado al East End entero todas las mañanas de la semana anterior. Y, mientras caminaba por el Embankment un sábado, vio un augurio: unos cisnes que volaban bajo en formación sobre el Támesis, como si fueran a la batalla. Pequeños indicios de desastre que Kitty ya había visto antes: se avecinaba un reinicio. Hacía mucho que era necesario, porque el mundo estaba agotado, agrietado y a punto de desmoronarse. Un tópico, pero era cierto. El prototipo más reciente de su hermano llevaba en pruebas muchísimo tiempo, seguro que ya había llegado la hora de un cambio. Una evolución, incluso.

Kitty trabajaba en una agencia que se llamaba Hedge («Edge, pero con H», explicaba siempre uno de los directores, como si eso tuviera sentido). Su lugar de trabajo se escondía tras una fachada anodina y anónima del Soho y solo la identificaba una placa muy críptica, como si fuera un burdel o un piso franco del MI5 en vez de una agencia de

publicidad.

—Y el diseño retro de la botella de cristal nos lleva al patio de un colegio de otra época, evoca nostalgia… —Quien hablaba era Jez, el director artístico.

Aparte de Terry, el encargado de la estrategia de marca, ninguno de ellos (menos aún Nina, su ingenua cliente) tenía edad suficiente para recordar esas botellitas de leche gratuitas que se repartían en el recreo. Los anuncios utilizaban un catálogo de nostalgias muy reducido.

Nina era la directora de marketing del cliente. Era del tipo de Kate Middleton: muslos delgados enfundados en medias, zapatos de vestir con tacón, vestiditos adecuados de Reiss y un peinado que quería parecer de peluquería pero no lo conseguía. La semana anterior, durante una comida con Kitty, Nina hizo una mueca de desagrado y admitió que le gustaba comer, como si estuviera confesando que robaba en las tiendas o que estaba a favor del Brexit. «Pues nadie lo diría al verte», contestó ella para tranquilizarla.

El calor en la oficina invitaba a la desgana y la reunión de la mañana iba renqueando hacia su final como un ciervo herido. Estaban en medio de la campaña de un nuevo batido embotellado. ¿No había ya suficientes de esos en el mundo? ¿Por qué hacía falta inventar otro? La empresa que lo fabricaba era en realidad la hija no reconocida de un conglomerado global de bebidas que intentaba en secreto abrirse paso en un mercado más inocente. Habían pasado mucho tiempo eligiendo un nombre para su hijo bastardo. Rechazaron Moothie («Que Dios nos ayude», pensó Kitty), también Pureza, Paciencia y Amor (como si estuvieran reinventando las virtudes cristianas), y al final ganó Humildad.

—Tenemos que centrarnos en la idea de la esencia pura e infantil —sugirió Terry con algo que se podría confundir con entusiasmo si no conocías el trasfondo. Pero ella siempre lo conocía. Era una carga terrible—. Necesitamos promocionar la idea de que es bueno para la salud —añadió, pronunciando esas palabras como si fuera la primera vez. Terry estaba a punto de entrar en la edad en que hay que empezar a vigilarse la próstata.

Kitty sintió la necesidad de intervenir.

—La verdad es que, con la gran cantidad de pulpa, y por tanto de fructosa de fácil digestión, que hay en un batido normal y que se convierte automáticamente en grasa en el hígado, el resultado es que este deja de procesar la insulina, lo que provoca la resistencia a esa sustancia y el síndrome metabólico; eso causa un mayor riesgo de sufrir un ictus, una enfermedad cardiovascular o diabetes tipo II,

enfermedades que te colocarían el primero en la cola de los muertos si hubiera una pandemia global. Con estas bebidas lo único que se consigue es la muerte. Deberíamos llamarlo Veneno, en realidad. En mi humilde opinión.

—Pero ¿cómo sabes todo eso? —preguntó Terry.

—Yo lo sé todo —contestó, y se dio unos golpecitos en la nariz como un detective trasnochado.

Ella era una de las dos creativas de la campaña. Los creativos era la infantería de la publicidad: los alababan cuando las cosas iban bien, pero los culpaban cuando salían mal («Igual que a los dioses», decía su madre).

—La evocación del acto de refrescarse la conseguimos con la sensación de frío y la condensación sobre el cristal de la botella —apuntó Ewan, el otro creativo, mirando a Nina de una forma que parecía querer hipnotizarla, algo que seguramente no sería difícil.

«Quisiera yo alzar velas en el mar.»

—Dicen que hay una ballena nadando en el Támesis —anunció el director de contabilidad, que miraba ansioso su teléfono—. La han visto en Canvey Island esta mañana. La habrá traído la marea.

—¿Qué tipo de ballena? —preguntó Kitty, prestando atención de repente—. ¿Azul, jorobada, gris, cachalote, beluga, piloto, sei, franca austral? ¿Una orca? ¿Una falsa orca? (Su favorita, principalmente por su nombre.)

Podía añadir más (minke, boreal, rorcual), pero el sonido de la detonación de una bomba puso fin a su enumeración. No fue una explosión en realidad, sino una paloma que se estrelló contra el enorme ventanal de vidrio. Alguien chilló.

—Me va a dar un ataque al corazón —dijo Terry.

—Seguro que no —afirmó Kitty. Conocía el trasfondo. La paloma, por el contrario, ya estaba posada sobre las puertas del paraíso, llena de esperanza, preguntándose por qué no había nada al otro lado aparte de un desierto muy anodino.

Kitty salió del trabajo a la hora de comer y cogió el metro hasta South Kensington. Dudaba de que la existencia continuara durante mucho más tiempo y quería echarle un último vistazo de admiración a la colección de joyas del museo Victoria & Albert, por si no volvía o lo hacía de forma diferente, algo que ocurría a veces. Le gustaban las cosas llamativas y brillantes. Debía de tener algo de urraca. También un poco de elefante indio, un pelín de murciélago, un toque de perezoso y unas trazas de lobo.

En cuanto pisó la galería, sin darle tiempo siquiera a pasar por los

torques de la Edad de Bronce, solo a admirar el brillo del oro del collar conocido como The Shannongrove Gorget (menudo nombre), empezó a ocurrir. Siempre era igual: el ¡ping! de una campana acompañado del olor a violetas y seguido de un viento que era como un profundo suspiro cósmico y que amenazaba con llevarte por los aires si no te agarrabas a algo. Kitty se aferró a The Shannongrove Gorget mientras la tierra se estremecía.

Y después… nada. El Vacío. En ese punto llegaba el sonido chirriante de una máquina al iniciarse otra vez, como si una mano invisible hubiera seguido las instrucciones para apagarla, después contar hasta veinte y volver a encenderla.

Ella contó hasta cien. Nada. Hasta mil. Nada. Hasta un millón. Todavía nada. Y entonces una voz irritada la sobresaltó y la sacó de esa oscuridad.

—Joder, Kitty. Muévete.

El idiota de su hermano.

—Tú eras la que querías esto —continuó él—. Pues ya lo tienes. Yo me largo. Un consejo: no dejes tu trabajo diurno. Lo necesitarás después. Y no te olvides de esto: hazlo a lo grande o no lo hagas.

—Que te den.

—Que empiecen los juegos.

Resultó que había reglas, además de un montón de aburridos rollos sobre metadatos. Le proporcionaron cierta infraestructura para empezar: la noche, el día, el firmamento (¿qué sería eso exactamente?), la tierra, el mar, los cuerpos celestes y demás, pero, aparte de eso, era libre para hacer sus propios planes. El verdadero inconveniente era que el disco duro se había borrado por completo. No había forma de aprender de errores anteriores. Aun así, ¿qué podía salir mal? («¿Todo?», sugirió su madre).

Kitty se puso manos a la obra: reventó y lanzó átomos, hizo bullir las ciénagas y dejó caer petardos, cohetes y cascadas de fuego. Las placas tectónicas se quejaron al obedecer sus órdenes y las cordilleras acabaron moldeadas como si fueran de plastilina. El fuerte olor del azufre invadió el aire.

Estaba encantada consigo misma. Ya no era solo una creativa, era la mejor. Llenó su nuevo planeta de riquezas: oro y carbón, vetas de estaño, cobre y hierro, láminas de basalto con costuras de ópalo y amatista. Diseñó un mundo tan complejo como el mecanismo de un reloj, escondió rubíes y diamantes a mucha profundidad y relegó el uranio y el plutonio a las entrañas de la Tierra, donde nadie lo encontraría.

Puso en ese mundo granito, mármol y cuarzo y lo revistió de pizarra y arcilla, yeso y arena, y después lo envolvió todo con paisajes: grandes extensiones de sabana, las arenas ardientes de los desiertos, la increíble columna vertebral que formaban los Andes. El Nilo fluyó y se abrió el Gran Cañón. Cubrió las tierras de Escocia con alfombras de brezales y modeló hondonadas y barrancos, valles y cañadas, pantanos y ciénagas. Y árboles, muchos árboles por todas partes. Más de los que nadie pudiera contar. Añadió también todas las paradas: prados tupidos rodeados de setos, glaciares que parecían tallados en la Patagonia, un tejido calado en la costa de Noruega.

Adornó y engalanó todo con verde. Los manzanos florecían, las granadas y los higos maduraban y los cocos caían al suelo. Ella tropezaba con los melones y se quedaba enredada entre las flores. Antes de irse a dormir esa noche, añadió unos cuantos elementos de fantasía: cachorritos, arcoíris, auroras, un copo de nieve, un pulpo y un puñado de unicornios.

Ella era la Relojera, la Arquitecta. La Gran Artista. ¡Y eso solo en el primer día!

—Al comprar Humildad tienes que sentir que estás logrando una mejor versión de ti.

Era ese tipo de discurso propio de Oprah al que Nina respondía muy bien. Cuando empezaron ese proceso, la mujer estaba en un puesto júnior en el que no podía opinar, porque solo estaba cubriendo la baja de maternidad de alguien y venía a acompañar a una directora de marketing sénior, una mujer que se llamaba Angie y en la que cabrían dos Ninas si hubiera hecho falta. Después la mujer a la que sustituía tuvo «el desgraciado accidente» y nadie volvió a mencionar su nombre nada más que en susurros de horror o entre carcajadas. (¿Pesaría demasiado para aquella tirolina?) Y, de esa forma, Nina, la querida y dulce Nina, había salido tímidamente a la luz del sol y, por algún descuido, había recaído sobre sus hombros tonificados en el gimnasio una campaña de publicidad que valía millones de libras.

—Tiene que prometer llenarte la boca incluso antes de probarlo… Y el propio nombre de la marca nos hace sentir que no nos estamos dando un capricho prohibido…

—Pareces hecha polvo —comentó Terry, lo que sobresaltó a Kitty y la devolvió a la realidad. Estaba dormida con los ojos abiertos, un truco necesario que había perfeccionado durante eones. Crear un nuevo orden mundial era agotador—. ¿Qué has estado haciendo? —insistió él.

—Bacalao, básicamente —contestó con un bostezo—. Y grupos de

ballenas, bancos de peces de agua dulce, conjuntos de rayas y bancales de ostras. Pero sobre todo bacalao. —Miles de millones de cosas. Pero estaba obsesionada con esos peces. Sospechaba que se había pasado un poco con ellos.

Nina había llevado una botella de batido; estaba allí, sola y esplendorosa en el centro de la mesa de la sala de conferencias, como para inspirarlos («De fresa», anunció con cariño). Kitty preferiría que le clavaran alfileres en los ojos a beberse el contenido de esa botella de un rosa infantil.

Humildad… Humildad… Humildad. Cuanto más repetía la palabra, más ridícula parecía. Abejas humildes zumbando por la habitación, cubriendo las paredes, volcando la botella de Humildad… «Dame mi concha de vieira de la tranquilidad», no sé qué y algo más, na-na-na, na-na-na, «mi botella de salvación». ¿Quién escribió eso? ¿Fue Walter Raleigh? Kitty desconectó de nuevo. La noche anterior, además de llenar los mares, se había pasado horas, como indicaban las instrucciones, con las «aves aladas de todo tipo» (pájaros, por decirlo para que lo entienda todo el mundo), esparciendo bandadas como si fueran confeti.

Y los monstruos marinos también eran necesarios, según el proyecto, aunque ella no tenía ni idea de por qué. ¿Dónde estaba la ballena del Támesis entonces?, se preguntó. ¿Habría llegado a las Cámaras del Parlamento? ¿Qué había más allá? ¿Un gran estrechamiento hasta quedar varada en Bray?

El mundo se hizo en seis días, ¿verdadero o falso? ¡Falso! De hecho, hasta el momento le había llevado ocho y todavía le quedaba bastante (y no tenía tiempo para ese «día de descanso» prometido, tuvo que reconocer Kitty). Toda esa producción masiva llevaba mucho tiempo y esfuerzo: enjambres y colonias, bandadas, rebaños, manadas, caravanas y recuas, camadas, nidadas, proles, hechizos y encantamientos.

—Oye, ¿de dónde has sacado ese collar? —preguntó Nina—. Es fantástico.

—¿Esta baratija vieja? —dijo ella, quitándole importancia y tocándose con aire protector el precioso collar celta que llevaba al cuello—. Lo tengo de toda la vida.

La reunión terminó sin que se hubiera tomado ninguna decisión, excepto la de la fecha para la siguiente. La gente vivía en esas reuniones. Entonces Kitty se preguntó: si todos supieran que el fin estaba cerca, ¿disfrutarían de lo que les quedaba de la vida u organizarían una reunión sobre el tema? Si ella estuviera al mando (y

lo estaba, se recordó), acabaría con las reuniones y las oficinas en general y dejaría que todo el mundo trabajara desde casa. ¿Y cómo lo haría?, se preguntó. Una llamada de su madre para despedirse interrumpió sus pensamientos. Al parecer, se iba a Portugal para formarse como doula.

Kitty se refugió en el umbral de la puerta del edificio con Terry (había empezado a llover) y miró a Nina recorrer la calle, con sus tacones demasiado altos repiqueteando sobre el pavimento. «Debería llevar zapato plano», pensó ella. Era como ver a un cervatillo pisar con delicadeza sobre el suelo del bosque, a punto de caerse en cualquier momento. Eso hizo que se sintiera extrañamente protectora con ella, como si Nina fuera una presa inocente y ella una depredadora. «Mi queridísima Nina», pensó Kitty con cariño. Sería una suplente excelente para Bambi. O algún personaje de Austen, la amiga atolondrada de la heroína o la hermana tonta.

Terry gruñó y se desperezó como un hombre que acabara de salir de un largo turno en una mina de carbón, encendió un cigarrillo y le dio una calada muy profunda entre los dientes, como si contuviera oxígeno y él estuviera inhalando su último aliento.

—El humo mata, ¿sabes? —comentó Kitty, aunque no le importaba mucho (el libre albedrío y demás) y, de todas maneras, perdía todo el sentido ante la coyuntura temporal.

Terry miró el cigarrillo que tenía en la mano.

—Mata a la gente, pero cura el pescado. ¿Te apetece una copa? Ya serán las tres en alguna parte.

—Lo siento, tengo mucho que hacer. Ya estoy cerca del final. Voy a crear a las primeras personas. Los básicos de la humanidad. Los originales. Te veo mañana.

—*Deo volente* —respondió Terry con mucha solemnidad, casi con fervor, y le paró un taxi.

—¿Lo vas a hacer de la forma tradicional? —preguntó su madre.

—¿Adán y Eva? O Eva y Adán, como prefiero yo. ¿Y todas esas chorradas del jardín, la manzana y la serpiente? Sí, creo que lo voy a probar. ¿Por qué no?

—Eso digo yo, ¿por qué no?

Vaya. Eso no lo vio venir.

Un instante cósmico todo funcionaba como un reloj y al siguiente todo el planeta se había ido al traste, no había más que *shock* y

destrucción, y los cuatro jinetes galopaban desatados, como Dothraki en plena batalla. ¿Y qué había pasado con todos los árboles? En cuanto al bacalao… Pensar que le preocupaba haber hecho demasiados y de repente no había manera de encontrar uno. Por no mencionar los coros abandonados y en ruinas donde hacía poco cantaban los pájaros más dulces.

¡Ping!

El olor a violetas. Una gran ráfaga de viento. El Vacío. La maquinaria arrancando de nuevo.

Una gaviota.

Una avispa.

Una abeja.

Una paloma.

Kitty supuso que después vendrían los dos cuervos y la diminuta e inofensiva nube, pero en vez de eso oyó chillar a un pterodáctilo que cruzaba el cielo.

Entonces… no siempre era lo mismo. ¿Aquello iba a ser como el día de la marmota de una pobre mujer, como en *Atrapado en el tiempo*? ¿O un drama de Netflix sobre mundos paralelos que empieza de forma prometedora, pero acaba engullido por su propio ser metaficticio mucho antes del final de la primera temporada y por eso nadie se molesta en verlo?

Kitty suspiró. Vuelta a la mesa de dibujo. «Esta vez fracasa mejor», como dijo alguien.

Quitó de en medio todo el operístico *Sturm und Drang* y después se remangó y se centró en los problemas. Tendría que ser más paciente, menos imperial y más humilde (!). Bajar un poco el nivel de grandeza.

Kitty estaba centrada en los detalles, al parecer, así que modeló a mano con mucha paciencia escarabajos como joyas ingrávidas y pintó las plumas de los cuervos con hollín negro como la noche. Moteó, dibujó manchas y pintas y prestó más atención a Fibonacci cuando diseñó la espiral de un helecho o cuando formó la voluta del interior nacarado de una concha.

En el otro extremo de la escala fabricó muchos peces y árboles, echó más plancton y cuadruplicó el número de gusanos. Eliminó todo lo que no era esencial: las dríades, las sirenas, el minotauro, el pulpo, los elfos. Examinó detenidamente a los dinosaurios, con total objetividad, y decidió que tenía que librarse de ellos, igual que de los monstruos marinos, dijera lo que dijese el proyecto (que había hecho

trizas hacía tiempo). La cantidad era la clave en algunas especies, era evidente, así que hizo miles y miles de búfalos para que corrieran en estampida por las planicies y grupos de tigres que merodearan por las junglas. Nada se iba a extinguir esta vez.

—Crucemos los dedos —dijo su madre.

¡Ping!

El olor a violetas. La gran ráfaga de viento y demás.

La gaviota.

La avispa.

La abeja.

Una cometa roja y amarilla.

Pues entonces no eran los pájaros. Ni los insectos. Eran las personas. Empezó con Caín y Abel y, antes de que a alguien le diera tiempo a decir «incesto», apareció la CIA. Les dabas los átomos y era increíble lo que hacían con ellos. Eran ingeniosos, tenía que reconocérselo. A Kitty nunca se le habría ocurrido hacer sopa con una tortuga, un paragüero con una pata de elefante, ni un bolso con piel de cocodrilo (¿de dónde habría salido esa idea?). Los usos que le podían dar a una vaca nunca dejarían de fascinarla. Y lo del pobre pangolín era simplemente increíble.

Quitó los unicornios y volvió a introducir los pulpos y las sirenas.

¡Ping!

Había cometido, por supuesto, algunos errores garrafales en el proceso: se olvidó de un trozo fundamental de código y apareció la Gran División NorteSur (insistían en ponerle mayúsculas, lo que la hacía más importante de lo que era en realidad. ¡Pero si no era más que un pequeño descuido por su parte! Minúsculo). ¿Y quién podía olvidar el día en el que la magia se escapó y se coló accidentalmente en el mundo? Su madre tuvo que ayudarla a devolverla adonde pertenecía. Les costó eones.

—Todo el mundo comete errores —se defendió Kitty—. ¿Cómo iba a saberlo?

—Eres omnisciente. La misma palabra lo dice.

—Estoy pensando… que lo mejor será algo limpio y sano —dijo Ewan—. Una lechera. Una repartidora de leche.

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó Kitty.

—No lo sé. Pero no importa… La lechera, o la repartidora, una chica del estilo de Skylar Schiller, está ordeñando una vaca, un

precioso ejemplar de la raza Jersey, ya sabéis: con grandes ojos marrones y un cencerro al cuello. Muy sexy.

—¿Sexy?

—Las dos están en un prado —continuó Ewan—. Como alpino, lleno de flores. Y la vaca tiene un nombre típico… Buttercup o Daisy…

—¿Y la chica tiene nombre? —preguntó Kitty.

—No, no le hace falta. Después de ordeñar la vaca sentada en el taburete de tres patas, se lleva la leche en un par de cubos de madera colgados de un yugo que lleva sobre los hombros, muy Heidi…

—¿Qué te parece hasta ahora, Nina? ¿Algo que aportar? —preguntó ella, porque el encargado de la cuenta, Ollie, parecía haber entrado en coma.

—La verdad es que no —contestó la dulce y querida Nina. Nina y Humildad, un par de artistas de *musichall* victoriano. Kitty se la imaginó asustada escondida entre unos matorrales e iluminada por unos rayos de sol que se colaban entre las ramas. De pronto, una flecha se le clava justo en medio de la frente y la sangre y la materia cerebral se diseminan por la mesa de la sala de conferencias delante de ella. ¿Cuándo empezaron esos pensamientos tan oscuros? Azincourt, si no recordaba mal.

—Entonces —dijo Kitty, dirigiéndose a todos los presentes—, ningún parecido con una sala de ordeño industrial, ¿no? Ese lugar con olor a estiércol donde unas vacas, que no se llaman ni Daisy ni Buttercup, están atiborradas de antibióticos y hormonas y tienen que soportar que les limpien las ubres de cualquier resto de heces antes de enchufarlas a una máquina robótica que bombea leche dos veces al día, mientras ellas sufren por los terneros que les han arrebatado y para los que era la leche en realidad y por naturaleza, o madre naturaleza, como yo prefiero llamarla. —(«Es vegana», oyó que murmuraba alguien)—. Y no hay que olvidar la necesidad del «desinfectado de las pezoneras»…

—Puaj —exclamó Nina—. No sé qué es eso, pero suena asqueroso.

—Es cuando hay que limpiar el aparato de ordeño con ácido peracético y aire comprimido para evitar la contaminación cruzada con la bacteria *Staphylococcus aureus.* Y todo eso solo para producir un humilde batido. Tendríamos que preguntarnos, ¿merece la pena?

—Sí, claro que la merece —intervino Ewan, mirando a Kitty muy fijamente como un gato desquiciado intentando ganar una batalla de miradas. (¡Imposible! Tenía años de práctica jugando a eso con su hermano.) Al final él resopló como un toro aburrido del torero y volvió a centrar su atención en la embelesada Nina.

—¿Alguna vez has pensado que te estás dedicando a la profesión equivocada? —le preguntó Terry a Kitty.

—Lo pienso todo el tiempo —reconoció.

—¿Y unos gatitos? —sugirió Nina con timidez.

—No se puede ordeñar a los gatitos —contestó Ewan.

—Bueno, tal vez… —aportó Terry.

Nina se rio bajito.

—No, quiero decir…

Kitty se echó una cabezada. ¿Cuándo acabaría todo eso? (Pronto, la verdad.)

—Te estás haciendo vieja —le dijo Terry después, mientras tomaban una copa—. Creía que nadie podía ser más cínico que yo.

—«El mundo es demasiado para mí».

—Sí, lo mismo digo. ¿Todavía puedo decirlo? Deberías buscarte un *hobby*. Algo que te ocupe el tiempo.

¡Ping! Bla, bla, bla.

Noche, día, firmamento (aún sin explicación), tierra, mar, cuerpos celestes y demás. A esas alturas, Kitty podría hacer los peces haciendo el pino. Ellos no eran el problema. Eran «ellos». Les dabas el paraíso y se lo cargaban. Ella no había planeado nada más allá del pastoralismo, claro. Esperaba que se limitaran a tumbarse allí y comer melones y melocotones, no que talaran todos los bosques para hacer granjas, por todos los cielos. ¿Quién en su sano juicio quería dedicarse a la agricultura? Se pasaban las horas muertas arando y rastrillando, cuando podrían estar emborrachándose hasta la estupidez con ron de coco. ¡Y habían encontrado el uranio! No había nada que no pudieran hallar si se lo proponían. Saquearon la cámara del tesoro y después vendieron la plata de la familia y comerciaron con los derechos que tenían por nacimiento. Dominio es lo que nunca debería haberles otorgado.

No era una decisión fácil. Había muchas cosas que echaría de menos: *Las bodas de Fígaro,* el tiempo del sueño aborigen, el templo de Karnak, *Noche de reyes*, Keats, *Detectorists,* París de noche, Barcelona de día, *El Mikado,* los perros labradores, la pasta. Pero tenía que acabar con todo.

Pero ¿qué iba a colocar en su lugar?

Un mundo de mujeres le parecía una idea que merecía la pena intentar, pero demostró ser poco práctica a muchos niveles. Tenía muchas esperanzas puestas en los árboles, pero resultó que se

necesitaban insectos para ellos y a los bichos les hacían falta aves (o al revés, no lo tenía claro), y una vez que se creaban tres o más especies se volvía a la cuesta abajo. Y, por cierto, lo de los pájaros y las abejas era más complicado de lo que todo el mundo creía. «Eso he oído», comentó su madre. Acababa de estar en una ceremonia de ayahuasca en Ecuador. «Me ha abierto la mente», concluyó.

Para entonces Kitty ya había abandonado los últimos vestigios del modelo judeocristiano («Ya era hora», reconoció su madre). Había ido eligiendo entre un abanico global de mitos de la creación: el de los hopis, los yorubas, los maoríes, los hindúes, los zoroástricos o los japoneses, por nombrar solo unos cuantos. Durante un tiempo tuvo muchas esperanzas en el huevo cósmico de los chinos, que era una idea muy bonita, pero en la práctica resultó bastante absurda.

En cuanto a su propia elección a la carta, Kitty había experimentado con muchas cosas.

Perros (caótico). ¡Ping!

Perros parlantes (muy decepcionante). ¡Ping!

Caballos parlantes (mejor, pero eran muy pesimistas). Aunque conservó uno de carreras que era tan encantadoramente sardónico que era una pena erradicarlo. ¡Ping!

Falsas orcas (unos problemas de identidad terribles). ¡Ping!

¿Un parlamento de búhos? (¡No! Eran unas criaturas repungantes, sin una pizca de su tan celebrada sabiduría.) ¡Ping!

Un mundo en el que los rubíes y los diamantes caían al peinar los largos rizos de princesas encantadas (nunca más habría princesas. Nunca. JAMÁS). ¡Ping!

Un mundo de juguetes (involuntariamente trágico). Ranas y centauros (muy tonto). Hámsteres y líquenes (inútil). Altramuces y grajillas (para enjaularlos a ambos). Vacas parlantes y cisnes mudos (condenado desde el inicio). Zorros y gansos (sorprendentemente sin sentido, ni mucho menos lo que cabía esperar). Leones y corderos (no hubo forma de que durmieran juntos, por mucho que ella intentó aleccionarlos).

Se le ocurrió probar uno analógico. Un mundo prelapsariano, anterior al momento en que se estableció la corrupción. Mapas, bolsas de agua caliente, gramófonos, cierre los domingos, máquinas de escribir, elfos… Lo revivió todo, con los elfos fue literal. La velocidad con la que evolucionó ese mundo en concreto fue alucinante. ¡Ping!

Kitty probó con otro basado en el patrón de *toile de Jouy* que tenían las cortinas de su madre: gente del siglo XVIII paseando por un paisaje bucólico lleno de entretenimientos sin importancia y ovejas, como María Antonieta en el Petit Trianon. No hacían nada más que pasar el

rato y comer melocotones, y, si no estaban haciendo eso, apilaban heno con un rastrillo una, otra y otra vez. ¡Eran aburridísimos! En un acto de desesperación, intentó hacer un mundo compuesto solo por Ninas (¡muy loco, loquísimo!).

¡Ping! ¡Ping! ¡Ping! ¡Ping!

No importaba cuánto intentara mantenerlos a raya; cada nuevo comienzo llevaba al mismo final: las personas. Siempre volvían. A diferencia de todo lo demás, de ellos no podía librarse.

—Hay otro mundo, pero es este —sugirió su madre de forma innecesariamente enigmática.

Acababa de volver de Brighton, donde había pasado un fin de semana chamánico, fuera lo que fuese eso. Como Kitty sabía muy bien, solo había ese, hecho y rehecho una y otra vez en un intento inútil de acertar o, al menos, de evitar que las personas fabricaran un juego de cepillo y peine con el caparazón de una tortuga gigante.

Se rindió. Estuvo tirada en una cama un día entero, comiendo Cheestrings y viendo las carreras en la televisión. El caballo de carreras parlante le daba chivatazos y ella invertía el dinero de las ganancias en lingotes de oro que guardaba en The Royal Mint. Las monedas iban y venían, pero el oro era para siempre. No podía bajarse de ese tiovivo, por mucho que lo intentara o dejara de hacerlo.

Una gaviota.

Una avispa.

Una abeja.

Una paloma.

Dos cuervos.

La ballena del Támesis. No, en realidad no. El cetáceo había dado la vuelta en Henley para regresar al mar a través de las marismas de Essex, aprovechando una marea de primavera bajo una luna nueva.

La nube diminuta e inofensiva. ¡Había vuelto! Fue como reencontrarse con un viejo amigo. E hizo que Kitty se sintiera más optimista.

*

La campaña de Humildad fue un éxito clamoroso. Se pegaron carteles enormes por todo el metro y colocaron pantallas digitales gigantes en las estaciones de tren más grandes, donde aparecía una lechera descomunal junto a una botella de Humildad tan grande como ella, que llevaba abrazado contra sus pechos de un blanco lechoso un

enorme cesto con gatitos que llevaban un lazo al cuello y, detrás de ella, una vaca pastaba satisfecha una hierba tan verde que seguro que la habían retocado mucho en el proceso de posproducción. Los Alpes proporcionaban un fondo pintoresco. No eran los de verdad: habían rodado en Sudáfrica y la vaca era frisona porque no consiguieron una Jersey. «Menos sexy», se lamentó Ewan. Los anuncios no hacían más que salir en televisión. La gente los consideraba «peculiares» porque la vaca le hablaba a la lechera al final del anuncio y le decía lo buena que era su leche (mejor que si hubiera sido al revés).

—Imagínate un mundo con vacas parlantes —soltó Ewan.

—Ya lo he probado todo —contestó Kitty.

Los supermercados vendieron montones de botellas de Humildad. «¡Es adictivo!», escribía la gente en Twitter (personas que trabajaban para Hedge, por supuesto). A la agencia la nominaron a un premio en Cannes. La actriz que hizo de lechera consiguió un papel en *Coronation Street,* y Nina, un ascenso. Pero Kitty hacía mucho que se había ido, claro; no había tiempo en el mundo para hacer dos trabajos. No si te tomabas en serio lo de hacerlos bien.

¡Ping! El olor a violetas. El gran viento cósmico.

Kitty se agarró a lo que tenía más cerca: la cola de un tigre. Un animal que no era muy complaciente, así que ambos se sintieron aliviados cuando amainó.

A ella le habría gustado un gran desenlace (un mundo perfecto para dar por terminada su tarea), pero sabía en el fondo de su corazón que eso no iba a ocurrir. No había finales felices, solo finales. Y después más de lo mismo. Y eso si tenías suerte y no era el final definitivo. ¡Bum! Fin de la historia, como habría dicho su hermano.

—Pero no ocurrirá mientras tú estés a cargo —reconoció su madre—. No puedes dejar de intentarlo. Eres una mujer.

—Un dios, en realidad —objetó Kitty.

—Lo que sea. Y, de todas formas «tú estás aquí ahora», como se pronosticó —recordó.

Kitty suspiró. Supuso que tendría que seguir empujando con el hombro la gran piedra para volver a subirla por la montaña. Si no lo hacía ella, ¿quién lo haría?

De nuevo en la brecha, como dijo alguien. El Gran Reinicio.

Kitty se puso The Shannongrove Gorget, se armó con una espada llameante y un arco de oro ardiente y se montó en el caballo de carreras parlante. Un poco de teatro no hacía daño a nadie.

—Ahí vamos otra vez —le dijo a su madre.

—Buena suerte —le deseó ella.

—¡Ha llegado la hora del espectáculo! —sentenció el caballo parlante.

¿Y si…?

—Y, no te lo vas a creer, pero después, cuando por fin consigo volver a la choza de la mujer sabia (alias la Bruja, perdona que lo diga), estaba muerta y no había quedado de ella más que un montón de huesos y harapos en el suelo de la casucha. ¡Con lo que me había costado arrastrar al niño todo el camino hasta allí! Incluso tuve que gastarme mi dinero en comprar una cabra lechera para alimentarlo. Me quedaba una bellota, que tenía que devolver a un roble, y un palo para echarlo al fuego, pero ya no tenía sentido si la vieja bruja no estaba allí, así que volví a casa…

—¿Al castillo?

—Sí, ¿dónde si no?

—Por si acaso —respondió Franklin con tono conciliador. Estaba atrapado en un coche con una loca y supuso que era mejor seguirle la corriente.

—Pero, cuando llegué, descubrí que mi madre había muerto hacía años. Así que hice todo eso para nada. ¿No es una mierda?

—¿Cuánto tiempo estuviste lejos? —preguntó él, desconcertado.

—Solo un par de días. El tiempo tiene unas normas aparte en mi país.

—¿Y dónde está ese país?

Ella frunció el ceño.

—No lo sé, en algún lugar entre el amanecer y el anochecer.

—Vale. ¿Y este es tu reino?

—Sí, soy la reina —aseguró impaciente—. ¿Es que no me escuchas?

—Soy todo oídos, créeme.

Ella estaba comiéndose una manzana de una forma muy agresiva. Debería tener cuidado o acabaría atragantándose, pensó Franklin.

La mayoría de los chóferes de las unidades de *Green Acres* estaba fuera de combate por una razón u otra: pestilencia, hambruna, guerra, pero sobre todo porque habían quedado atrapados en el lado equivocado de la Gran División Norte-Sur. Él estaba llevando a esa loca al set para hacerle un favor a Amy Brinks. La loca se llamaba Aoife y era la nueva ayudante de Amy Brinks, que había conseguido, luchando con uñas y dientes, ascender hasta convertirse en ejecutiva sénior de la Northern TV.

—Allí, a la derecha. El Toro Negro —dijo—. Cuatro patas, cuatro

puntos.

Estaban jugando al veoveo con carteles de pub, un juego que le había propuesto Franklin a su pasajera cuando salieron de la A1 y que había demostrado ser una imprudencia por su parte. Aoife nunca antes había jugado ni tampoco había oído hablar de ese juego (había una enorme cantidad de cosas de las que parecía no tener ni idea), y tuvo que explicarle que se inventó para entretener a los niños durante los viajes largos en coche y que estaba diseñado para provocar una rivalidad amistosa y divertida que hiciera que el trayecto resultara más llevadero.

Pero debería habérselo pensado dos veces. Solo diez minutos después el juego se había convertido en una competición feroz que amenazaba con derivar en violencia en cualquier momento.

—¡El duque de Wellington! —gritó Aoife—. ¡Cuatro puntos!

—Pero el duque de Wellington solo tenía dos piernas —señaló Franklin, armándose de paciencia—. Los brazos no cuentan.

—Deberían —protestó ella.

Él pensó con nostalgia en Los Tres Lebreles, en el Soho. Doce patas. Se preguntó si volvería a ver Londres.

Aoife guardó silencio un rato y después continuó:

—Al final decidí devolverle el niño a sus padres, porque si no tendría que cargar con él para siempre.

—¿A los que se lo robaste?

—Sí. Pero no recordaba cómo llegué allí en un primer momento. Y entonces, ¡tachán!, me acordé del anillo.

—¿El anillo?

—El que había dentro del pez. El zorro me dijo que, si lo hacía girar tres veces, acudiría a ayudarme en «un momento de necesidad».

—¿Y lo hizo?

—Sí. Me dijo dónde estaba la puerta que daba acceso a este mundo, tu mundo, pero a cambio quiso que pasara la noche con él. Entonces fue cuando me di cuenta de lo que ocurría.

—¿Qué?

—Que estaba encantado, por supuesto. Si pasaba la noche con él, al amanecer se convertiría otra vez en un atractivo príncipe.

—¿Y eso no es algo bueno?

—¿Y para qué me servía a mí un príncipe? Sin embargo, un zorro siempre resulta útil. Así que me fui en cuanto se quedó dormido. —Tiró el corazón de la manzana por la ventanilla y después se puso a beber con ganas un batido embotellado que a Franklin le sonaba de algo.

—¡La Cabeza del Turco! —gritó tan alto que casi le revienta los

tímpanos—. ¡Cuatro!

—Una cabeza no tiene ninguna pierna, en realidad.

—Vale… —aceptó ella, poniendo los ojos en blanco.

Era como una adolescente insolente; ¿cómo demonios había conseguido ese trabajo con Amy Brinks? («No lo sé. Usé un par de trucos para lograrlo, supongo»). Parecía que no sabía nada sobre *Green Acres* e incluso el concepto de la televisión parecía desconcertarla («¿Te sientas y la ves, ya está?»).

No hacía más que pasarse las manos por el pelo, como si tuviera un trastorno compulsivo (¿es que no tenía cepillo para peinarse?). Ese gesto le resultaba cada vez más irritante, así que preguntó:

—¿Por qué haces eso?

—¿Tú qué crees?

—No tengo ni idea.

—Estoy buscando los diamantes y los rubíes, claro. Deberían caer de mi pelo cuando me lo peino, pero nada.

Se produjo una pausa en la conversación que ambos agradecieron. Franklin miró a la perra por el espejo retrovisor. Creía que estaba dormida, pero abrió un ojo despacio y lo miró. Compartía el asiento de atrás con el enorme perro de caza de Aoife. Se llamaba Holdfast, eso había dicho ella. ¿Qué tipo de nombre era ese?

—Uno muy bueno. Apropiado para un animal al que la reina en persona le encomendó la tarea de protegerme, como diríamos en mi país. ¿Tu perra no tiene nombre?

Él miró de nuevo a «su» perra a través del retrovisor. Ella enarcó una ceja en respuesta. Franklin sentía que cada día se parecían más a Wallace y Gromit.

Mientras, él estaba en alerta máxima. Estaba bastante seguro de que el santo grial de los pubs iba a aparecer en cualquier momento en aquella carretera: Los Jugadores de Críquet, veintidós piernas que derrotarían sin paliativos a Aoife.

—¡El Coche con Seis Caballos! —rugió ella de repente como una salvaje.

—Entonces, ¿encontraste el camino? —la animó para que siguiera. Era malísima contando historias.

—Me llevó muchíííísimo tiempo. Tuve que recorrer el reino de punta a punta, por así decirlo. Y estaba hecho un desastre, la verdad. Mi tía, la falsa reina…

—¿Irene la Terrible?

—Sí. Ella lo había destruido todo. Los cauces de los ríos estaban secos, las cosechas se marchitaban en los campos y la gente se moría

de hambre.

—Suena fatal.

—Y soy yo la que se supone que lo tiene que recuperar todo, la «auténtica reina» y todo eso.

—¿Y vas a hacerlo?

—No puedo. No podría volver aunque quisiera. Estoy atrapada aquí, no encuentro la puerta.

—¿Le devolviste el niño a su familia? —Franklin se sentía extrañamente interesado por esa historia ridícula.

—Lo intenté. Pero, cuando volví allí, a la casa, «la vicaría», sea lo que sea eso, encontré una familia diferente y me dijeron que llevaban veinte años viviendo allí y que nunca habían oído hablar de la familia del niño.

—¿El pobre niño tiene nombre?

—Sí, lo llamaban Theo, pero a mí no me gustaba, así que lo llamo Hawk. Un buen nombre, ¿no?

—¿Hawk? — A él le sonaba de algo, pero, antes de que recordara de qué, Aoife pasó a contar una historia rarísima sobre su nacimiento a partir del huevo de una gallina.

Franklin se mostraba tolerante con todas esas absurdeces porque ya nada de eso importaba. Cuando dejara a Aoife en Hutton le Mervaux, se iba a despedir de todo el elenco y el equipo y después cogería el coche para irse en busca de un futuro mejor, donde no tuviera que preocuparse ni por el trabajo, ni por el dinero, ni por nada en realidad, porque unos días antes le había ocurrido algo increíble que le había cambiado la vida.

Era una noche lluviosa y él caminaba con prisa por delante del ayuntamiento de Leeds, de donde salía un montón de gente que había asistido a una velada musical. Había un cartel sobre un concierto de Beethoven en el exterior y Franklin sintió, y no por primera vez, una oleada de culpa por su falta de cultura. Casi había llegado a la esquina de la plaza cuando oyó un gritito de sorpresa, o de alarma, no sabría decir, y cuando miró hacia atrás vio que una mujer se había resbalado y caído. Habría dado la vuelta para recogerla, pero otro hombre (que se parecía mucho a él) ya había acudido en su ayuda. Incluso desde donde estaba distinguió que ella era muy guapa y notó una punzada de arrepentimiento por no haber sido él quien tuviera la oportunidad de demostrar su caballerosidad.

Pero al instante olvidó el incidente y siguió su camino, cogiendo un atajo por un callejón oscuro. La lluvia de repente arreció y, como no llevaba paraguas, se vio obligado a buscar refugio en el umbral de una tienda. Al principio le pareció que estaba cerrada, pero entonces se dio

cuenta de que se veía una luz tenue en el interior que indicaba que seguía abierta.

Miró la fachada y vio que se llamaba Gamez. Cuando abrió la puerta para entrar, una campanilla antigua tintineó de una forma muy agradable. El lugar estaba cubierto desde el techo hasta el suelo de videojuegos antiguos, algunos ya verdaderas antigüedades. En una de las estanterías habían fijado un cartel escrito a mano que anunciaba, triunfante: «¡Aquí nada de descargas!». Últimamente se había puesto de moda una tendencia que promovía la vuelta al mundo analógico.

—Vaya… —le dijo al chico con granos que se ocupaba de la tienda con pocas ganas.

—Lo sé —contestó el dependiente (una conversación muy limitada, pero satisfactoria para ambos).

—Vaya —repitió Franklin.

Al parecer las palabras no eran infinitas, porque no se le ocurrió otra cosa que decir, pero entonces vio uno de los juegos que había en el mostrador. En la parte delantera de la caja se veía a una mujer con sombrerito y vestido de corte imperio corriendo a toda velocidad. Era difícil saber si quería alcanzar algo o huir de ello, porque sus facciones dibujadas podrían expresar cualquier cosa, desde repugnancia hasta un éxtasis desenfrenado. Se fijó en que agarraba con fuerza un abanico cerrado que blandía como un arma. El título del juego estaba anunciado con una tipografía gótica: *Aventura clásica 1: Orgullo y prejuicio.* Todo tenía un aire vagamente pornográfico.

—Se siguen vendiendo muchísimos de estos, incluso después de tantos años —comentó el chico con granos mientras sacudía la cabeza, como si no entendiera las maravillas del comercio—. Es verdad que ahora, desde la División, de repente todo el mundo tiene interés por lo retro. Pero la gente a la que le gustan esos no es la habitual.

—¿Mujeres de mediana edad? —aventuró Franklin.

—Sí. ¿De qué va eso?

Él se encogió de hombros.

—Son un grupo demográfico enorme.

—Pero el título es absurdo. Me pregunto a quién se le ocurrirán esas cosas. ¿Quiere ver más?

—¿Más?

—Sí, hay dieciséis. El último es *El molino del Floss.* El interés por ellos ha crecido muchísimo desde la División. Y dicen que van a sacar uno nuevo.

—¿Cuál?

—*Crimen y castigo.*

—Muy ambicioso.

Franklin recorrió un largo y serpenteante camino virtual en internet para descubrir, primero, quién era el mánager de Ed y Patrick, después quién era su agente y, por fin, conseguir el número de teléfono de sus viejos amigos. Antes de que pudiera gritarles por el escandaloso plagio que habían llevado a cabo, lo interrumpió una exclamación de Patrick:

—¡Ed, ven corriendo! ¡Es Franklin! Frank, amigo, llevamos años buscándote. Todavía estás contratado en la empresa. Te debemos una parte de nuestra increíble fortuna.

Él no se molestó en intentar mejorar su gramática ni en señalar que él tampoco era tan difícil de encontrar, porque ¿para qué enfadarse cuando ellos estaban dispuestos a darle un tercio de los *royalties* de todos los episodios de *Aventura clásica*?

*

—Y entonces me di cuenta de que no encontraba la puerta para volver a mi reino.

—¿Has intentado girar el anillo tres veces? —preguntó Franklin.

—¿Tú qué crees? No funcionó.

No podía contener su curiosidad.

—¿Y es una puerta en realidad?

—No, normalmente es algo como una mandíbula de ballena o un arco con la cabeza de un caballo parlante clavada.

—Claro… ¿Y dónde está el niño ahora?

Ella suspiró.

—He tenido que conseguir un trabajo, «sentar la cabeza», como decís vosotros. Tiene diez años ya. Está en un internado. Uno de esos sitios progresistas. Parece contento. —Dudó un segundo—. Sé que suena cursi, pero lo quiero, ¿sabes? Ojalá no fuera así, pero no lo puedo evitar.

—Es muy conmovedor —(Lo pensaba de verdad).

Como reconocimiento, dejó que ella se quedara con El Zorro y los Sabuesos cuando apareció a su izquierda.

—¿Las alas cuentan? —preguntó ella cuando apareció ante sus ojos El Dragón Verde.

—No creo. Ese pub es El Perro y la Rata, el que sale en *Green Acres*. Necesitas saber esas cosas para trabajar aquí. —Vio a Amy Brinks de pie delante del local, esperándolos.

—¿Lo hueles? —preguntó Aoife—. Es algo dulce. ¿Una flor? ¿Tú

llevas perfume?

—No. —Franklin lo olía también, era un aroma empalagoso. Como los caramelos de violetas que utilizaba su madre para que le oliera bien el aliento.

Saludó con la mano a Mabel, que estaba junto a Amy Brinks. Era la dueña de Grassholm, la vieja granja que utilizaban como base en *Green Acres.* A él le parecía absolutamente preciosa y quería casarse con ella, aunque hasta el momento no habían intercambiado ni una palabra.

Oyó que empezaba a sonar la campana de la iglesia de St Cuthbert, un potente PINGPINGPING que podría servir para anunciar una invasión o el fin del mundo.

Pero todavía no podía ser, porque no se acabaría todo hasta que hablara el perro parlante.

—Agarraos bien —dijo entonces Holdfast—. Va a ser un viaje movidito.

Créditos

«Perros y apuestas» se escribió por encargo como parte de unas jornadas para escritores en el Savoy Hotel, pero no se había publicado nunca.

«¡Brilla, Pamela! ¡Brilla!» se publicó originalmente en Amazon.com en 2020, como parte de una colección *online* de cuentos titulada *Out of Line.*

La revista *New Statesman* publicó una versión primitiva de «El Vacío», que se titulaba «Darktime», en diciembre de 2011.

Franklin comenzó su vida imaginaria en 2009, dentro de una colección titulada Crimespotting que publicó Polygon.

Mandy, de «Espíritu olvidadizo», empezó siendo un personaje muy diferente con una historia distinta en Freedom, una colección escrita para Amnistía Internacional y publicada en 2009 por Mainstream.

«Cachorritos y arcoíris» comenzó su andadura como «To Die For» dentro de *Midsummer Nights: Tales from the Opera,* publicado por Riverrun Press en 2009.

Índice

El Vacío

Un día en el hipódromo

Un espíritu olvidadizo

Hechizada

El indiscreto encanto de la burguesía

¡Brilla, Pamela! ¡Brilla!

Marginalización existencial

Aventura clásica 17: Crimen y castigo

Cachorritos y arcoíris

Génesis

¿Y si…?

Créditos

Créditos

Edición digital: 2025

© Kate Costello Ltd, 2023
© de la traducción: M.ª del Puerto Barruetabeña Diez, 2024
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-10138-71-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.